

Una señorita muy poco victoriana



Los diarios de
EMMA
M. LION vol
2

Beth Brower

Antes de abrir este diario, conviene prepararse.

Una taza de té, un rincón tranquilo y la disposición de dejarse contar una historia con más ingenio que prudencia. Por ser lector/a de *Los diarios de Emma M. Lion*, disfruta de un 10% de descuento en Tea Shop con el código **EMMA-TEA**.

TEA  SHOP



Los diarios de
EMMA
M. LION vol.
2

Beth Brower

Traducción de Ana Isabel Sánchez

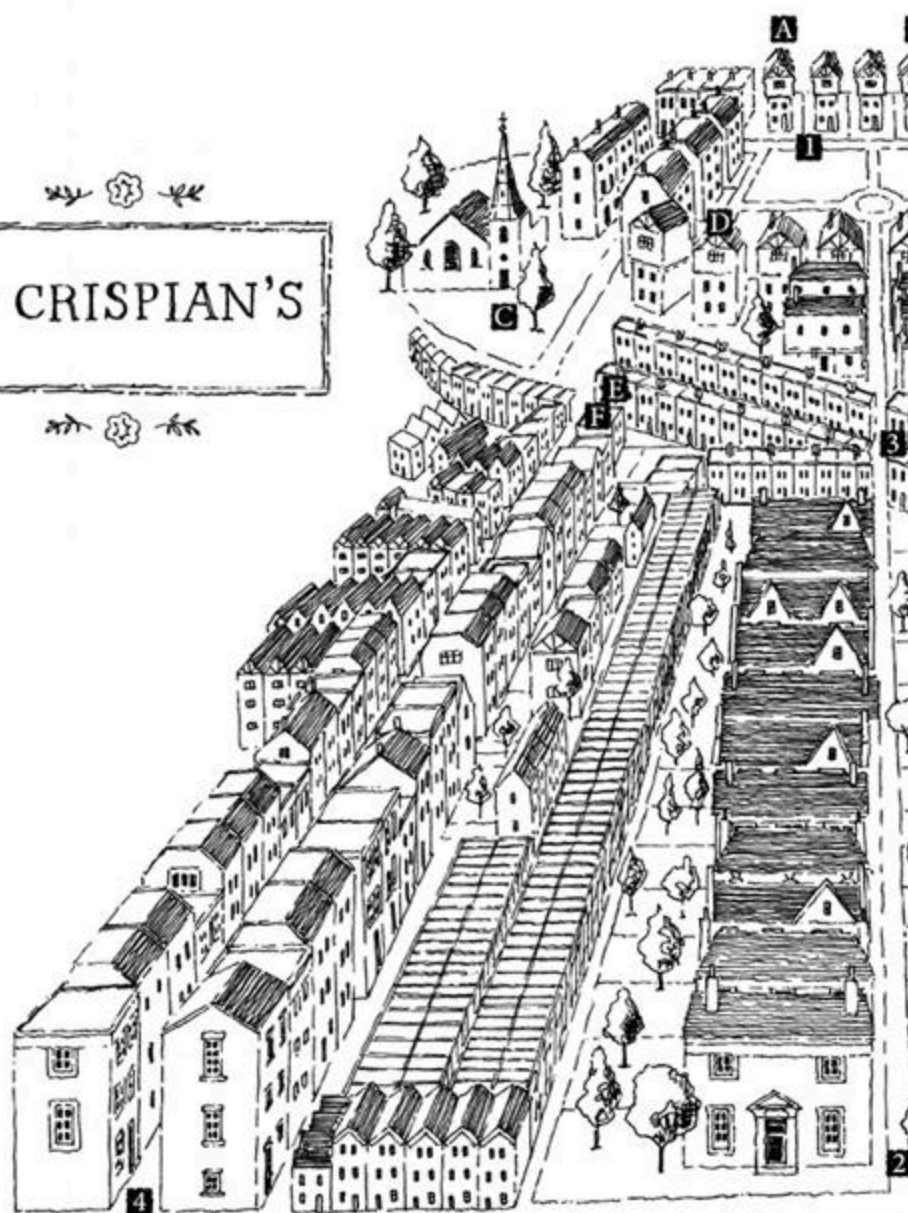


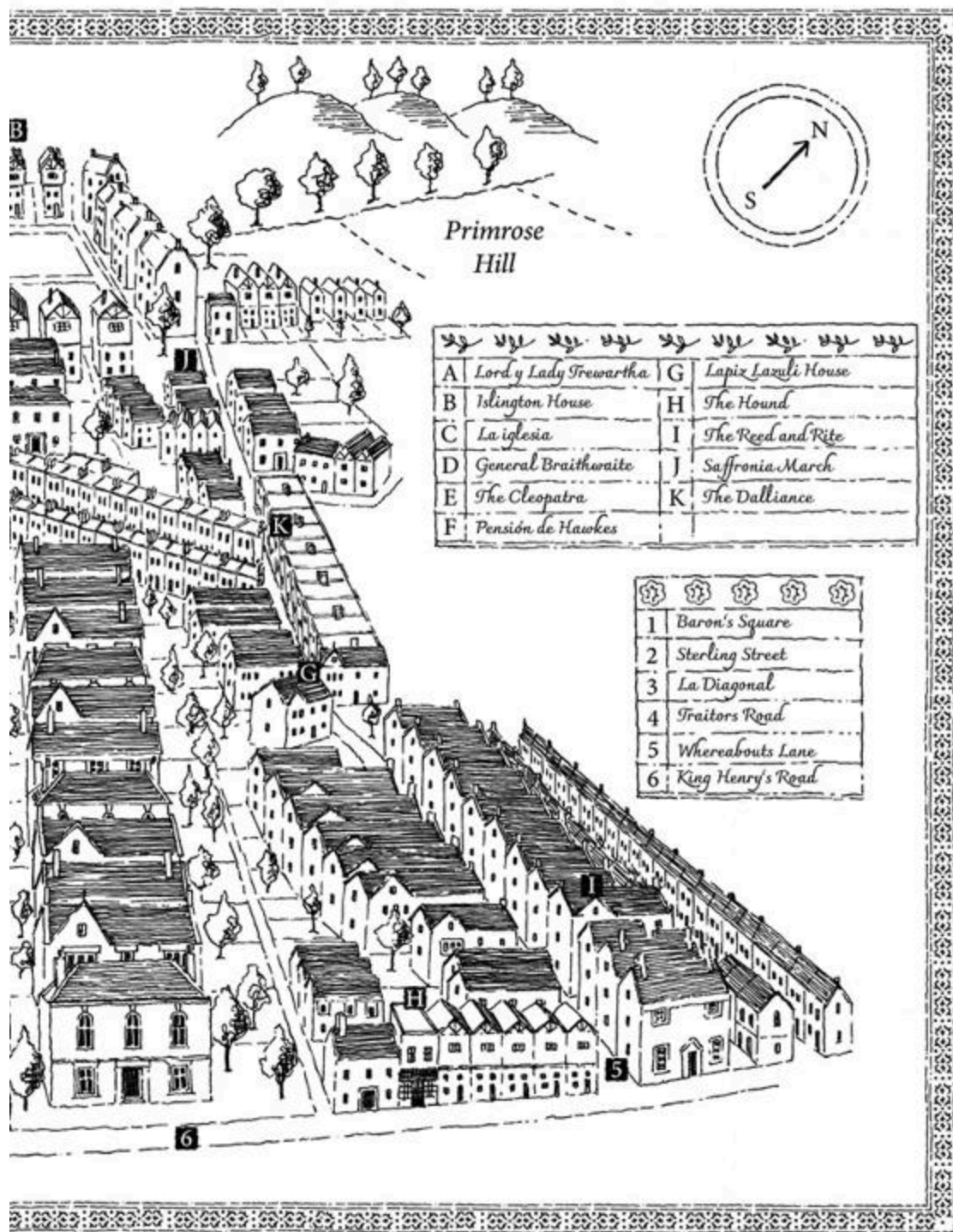
Emma M. Lion

querría dedicar sus diarios a todos aquellos
que tengan la osadía de leerlos.

Comprende la tentación de hacerlo.

ST CRISPIAN'S





Personas de interés mencionadas con anterioridad

Emma M. Lion: *Yo, por supuesto. Exiliada en el desván.*

Archibald Flat: *Tramposo, ladrón, villano. Una plaga universal para la humanidad.*

Prima Matilde: *Hermana mayor de Archibald. Ogresca.*

Lady Eugenia Spencer: *Mi imponente tía. Leal, aunque no cariñosa.*

Damian Spencer: *Mi primo mayor, actualmente escondido en el continente.*

Arabella Spencer: *Diosa divina. Belleza radiante. Mi cómplice.*

Parian: *Ayuda de cámara, mayordomo, hombre insufrible. Encima, haragán.*

Agnes: *Fregona, cocinera. Mal pagada. Opiniones extrañas. Escocesa. Maravillosa.*

El Inquilino: *Rebosante de misterio.*

Joven Hawkes: *«El Formidable Nigel Hawkes». Nuestro insólito vicario.*

Duque de Islington: *El duque. Bien educado, creo.*

El Romano: *Fantasma residente de St. Crispian's al que aún no he visto en persona.*

Mary Bairrage: *Gran amiga. Compañera superviviente de Fortitude, escuela preparatoria para señoritas.*

Jack Hollingstell: *¿Nombre real? No lo creo. Primo ficticio de Mary.*

Saffronia March: *Vieja amiga. Artista. Actualmente está pintando en Italia.*

Evelyn Stuart: *Hermano mayor de Maxwell.*

Maxwell Stuart: *31 de enero de 1861 – 27 de julio de 1880*

1 de mayo

Las órdenes tajantes de tía Eugenia me estaban esperando con cierta impaciencia cuando me desperté esta mañana.

Emma:

Estas son tus tarjetas de visita, que usarás cuando yo lo juzgue conveniente. Ven a verme mañana a las once y hablaremos de las obligaciones sociales que es mi intención asignarte. Quedas avisada.

Algo que puede afirmarse respecto a lady Eugenia Spencer es que, pese a que te reorganiza la vida, nunca lo hace a puerta cerrada. Te invita a ser testigo de las maquinaciones aunque solo sea para obtener un conocimiento preciso de tu destrucción.

Mi padre utilizaba una expresión habitual en los círculos pugilísticos: «Debes estar siempre a punto para el combate, Emma, pase lo que pase. Gran parte de la vida es estar preparada para lo que te venga». Así pues, en el amanecer de mis rigurosas expectativas sociales, me apresté para el cuadrilátero dando un paseo matutino.

Subí la Diagonal, luego bajé por Traitors Road. Todo estaba muy tranquilo, pero, al aproximarme al final de Traitors, me encontré con otro paseante solitario. Observando las reglas tácitas de St. Crispian's, esperé a que él me saludara primero.

—Señorita Lion.

Tenía el pelo alborotado por el viento, los ojos pálidos algo enrojecidos.

—Joven Hawkes. ¿Lleva mucho tiempo fuera? —pregunté.

—Toda la noche. Justo ahora me dirijo a mis habitaciones.

Al no disponer de una respuesta social establecida en cuanto a qué debería decirse cuando el vicario pasa toda la noche fuera de casa, me decidí por:

—Espero que haya arrasado en todas las mesas.

Empezó a asentir; luego se detuvo, se le crispó la boca y frunció el ceño.

—Estaba velando a un moribundo, señorita Lion, no en un club de juego.

No supe si se trataba de un simple dato o de censura moral, así que no respondí.

—A pesar de lo agradable que habría sido esto último —añadió entonces. Miró a su alrededor y, como no vio a nadie, se puso muy serio hasta para ser un hombre de Iglesia y prosiguió—: Señorita Lion, aprovecho esta oportunidad para decirle que conozco algunos detalles de sus circunstancias. Su primo...

—¿Archibald?

—Sí. No suele asistir al servicio dominical, pero, a saber por qué, cree que en la Iglesia anglicana se practica la confesión.

—Qué católico por su parte.

La sonrisa de Hawkes fue como el titilar de una vela.

—Sí. Y lo respeto. Incluso he instalado un confesionario en un despacho trasero para que lo utilice.

Admirablemente, contuve la risa.

—Le cuento esto —continuó— solo para que sepa que estoy al tanto de la complicada situación en la que la ha puesto en lo referente a su seguridad financiera. No dudo, señorita Lion, de su capacidad para rectificar lo que deba rectificar, pero si necesita algún tipo de ayuda...

La oferta me resultó inesperada.

—Yo... Nosotros... Lapis Lazuli Minor se ha alquilado y creo que

eso contribuirá a..., bueno, mejorar la situación. Pero se lo agradezco. Quizá pueda ayudarme con una buena partida de whist y un trago contundente en The Cleopatra cuando surja la necesidad —bromeé.

—Solo tiene que decirme el día —respondió Hawkes, y esa leve sonrisa suya volvió a hacer acto de presencia—. Su primo está muy orgulloso de la cicatriz que le hizo. Me hace examinársela en cada visita, convencido de que ha ido a peor.

—Y yo que pensaba que en los confesionarios había una cortina —respondí con las mejillas sonrojadas a causa de la vergüenza.

—Sí, he mandado instalar una. Su primo confiesa primero sus pecados y luego los de usted, que forman una lista mucho más larga; tras ello, aparta la cortina para que vuelva a estudiarle la cicatriz de la frente.

—¿Confiesa mis qué?

—No tiene nada que temer, señorita Lion. —Hawkes arqueó una ceja—. Se ha convertido en una de mis feligresas favoritas. Sus pecados son sencillamente maravillosos. Bueno, que tenga un buen día.

Y continuó su paseo.

Recorrí el resto del trayecto hasta casa sumida en una peligrosa mezcla de asombro y venganza. Si el primo Archibald no estuviera aún visitando a su hermana Matilde, añadiría el asesinato a mi negro registro. A ver cómo iba a confesarse entonces. Pero, como en estos momentos no se halla en Londres, me limitaré a desarrollar pensamientos maldicientes.

Más tarde

Acabo de volver del té. Me llamarán al servicio de inmediato. Todo

mi precioso y solitario abril ya no es más que un recuerdo al que aferrarme durante las noches de mayo de La Temporada londinense.

—Aquí tienes tu itinerario para los meses de mayo y junio, Emma. Léelo bien. —Tía Eugenia me lo entregó con la severidad de un general despachando órdenes. Estábamos una vez más en el Primer Salón. Una buena señal de que seguía contando con su favor—. Vas a asistir a varios actos livianos aquí, en Spencer House, empezando por un té con unos cuantos Amigos Selectos el jueves; una Cena Exclusiva el sábado, y el próximo día 12, una noche de cartas. Una vez que te haya observado en estos tres escenarios, determinaré si estás preparada para el Baile de lady Salisbury, que es el viernes día 25.

A continuación, se inclinó hacia delante y entornó los ojos para ver si la campaña me intimidaba. No me inmuté.

—¿Puedo tomar un *scone*, tía?

—Puedes comer cuando yo te dé comida.

—Se ha equivocado de vocación en la vida. —Suspiré—. Debería haber sido sargento primero.

—No seas insolente. Bien, tu vestuario estará listo mañana. ¿Pido que lo envíen aquí o a Lapis Lazuli House?

—A Lapis Lazuli, por favor.

—Como prefieras. —Sacudió la mano en dirección a mí—. Espero no volver a ver esto nunca.

—¿Se refiere a la ropa o a mi persona?

—A ambas cosas. Quema la ropa y modifica el carácter. Sin demora.

A lo que no pude evitar responder:

—Ah, pero ahí tiene una muestra del progreso que tanto desea, tía. En el pasado, habrían quemado a las brujas y modificado la ropa.

Casi podría jurar que intentaba no sonreír cuando me dijo:

—Tómate el té, cómete el *scone* y vete de aquí.

2 de mayo

Estaba releendo el tercer acto de *La tempestad*, sentada a mi escritorio con una taza de té y las ventanas abiertas de par en par, cuando oí a El Inquilino entrar en su desván. Atravesó la habitación abriendo cajones, revolviendo —como si buscara un objeto en particular—; luego, el sonido de sus pasos se encaminó hacia la buhardilla oeste. Al regresar, pronunció algo que sonó como una maldición, pero la pared no confirma ni desmiente cuál. Después, se sentó a su escritorio, que, por lo que alcanzo a deducir, está justo al otro lado de la pared en la que se apoya el mío.

Qué par de trágicas almas somos, ambos garabateando en nuestras respectivas buhardillas.

Oí el ruido de su silla al arañar la madera y, entonces, ocurrió algo que no esperaba. A través de los dos tablones sueltos que hay justo a la izquierda de mi escritorio, por donde se cuelga la luz, entró un trozo de papel doblado.

No es habitual que una se tope con momentos de intriga. Sin embargo, ahí estaba.

Esperé un buen rato antes de levantar la mano y sacarlo de la pared.

La nota decía:

TENEMOS RATONES.

Me quedé mirando su caligrafía. Dado que nunca había conocido a nadie de esta manera concreta, no estaba segura de cuál era la etiqueta adecuada para comunicarse a través de una pared. Al cabo de unos instantes de reflexión, saqué papel de escribir del cajón de mi escritorio y arranqué un trocito.

Así es.

No quería que pareciera que estaba conforme con la situación, así que arranqué otro pedazo de papel y añadí:

Lo he intentado todo.

Tras doblar las misivas, las introduje parcialmente en la rendija de la pared y esperé. Desaparecieron y, a continuación, oí que El Inquilino garabateaba de nuevo. Cuando asomó otra nota, tiré de ella para terminar de sacarla.

¿TODO?

A lo que respondí:

Trampas, veneno, tapar agujeros y —siguiendo las indicaciones de mi criada— llenar una botella de migas con la intención de atraerlos al interior, hacerlos engordar y llevarlos al jardín para aplastarlos.

Nuestros roedores resultaron ser demasiado sofisticados para tal ardid. Oh, desventura.

Doblé la nota y volví a deslizarla a través de la pared. Tras contar hasta diez, desde el otro lado me llegaron una carcajada y otra comunicación.

¿PUEDO OFRECERLE UNA SOLUCIÓN INFALIBLE PARA EL TRATAMIENTO DE NUESTRO DILEMA?

Sí, por favor. Excepción hecha de quemar Lapis Lazuli House

hasta los cimientos, puede probar cualquier cosa.

No respondió.

Era todo muy Píramo y Tisbe.

Puede que al final no repare la grieta.

3 de mayo

Todo mi pedido de madame Tasset llegó a media mañana. Es, pensándolo bien, mucha ropa. Agnes se quedó en la puerta con la boca abierta.

—Pero ¿dónde va a poner todo esto, señorita?

—En la buhardilla oeste. He limpiado un armario viejo en el que cabrá la mayoría.

—Estará preciosa —dijo mientras acariciaba con anhelo uno de mis vestidos de día.

—Pasaré de ser una chica con pinta de necesitar caridad a ser una chica con pinta de haber recibido caridad.

—Sí, quién fuera esa chica —replicó Agnes.

—Sí, cierto. Ayúdame a subir estas cajas. Tengo que ir a tomar el té a casa de mi tía dentro de una hora y debo estar preparada.

Más tarde

El té ha sido muy poco estimulante. Me niego a inmortalizarlo en mi diario.

Aunque ha sido maravilloso ver a Arabella. Nos hemos comunicado mucho a través de miradas compartidas; las suyas de diversión, las mías de gran sufrimiento.

—Tengo varias amigas en Londres con las que lo pasarás bien —me dijo después de que los invitados se marcharan y nos escondiésemos en su habitación. Bueno, era yo la que se estaba escondiendo de tía Eugenia. Arabella estaba descansando—. Esta Temporada no será un acontecimiento demasiado trágico, ni siquiera para ti.

Emití un sonido de desaprobación.

—Culpo a tu encantador padre irlandés de tu comportamiento —añadió ella.

—Yo lo culpo de muchas cosas. —Suspiré—. Y morir es una de ellas.

—No me cabe duda de que la sangre portuguesa de tu madre es más que capaz de soportar un verano de tés ingleses —contestó—. Supongo que la península Ibérica debe mejorar la resistencia.

—Era solo medio portuguesa, y la sangre que conservo no quiere más que madeira y el océano. Estoy doblemente maldita.

—Podrías encontrar a un hombre rico que tenga una casa junto al mar —propuso recostada en su diván; la reina de su dominio con una solución para cada problema—. Sería una vida maravillosa para ti.

—Tengo una casa, Arabella.

—En realidad no. Deberías echar al viejo.

—Debería —dije con poca convicción—, pero mi padre me pidió que no lo hiciera.

—Bueno, también lo culpo de eso.

—Igual que yo.

4 de mayo

Agnes ha recibido esta mañana una carta del primo Archibald respecto a mis finanzas. Según el Acuerdo de 1879, jamás debemos escribirnos directamente el uno al otro, sino que debemos emplear un intermediario. Una norma establecida por el lunático recién mencionado.

Eso ha sido demasiado duro. ¿Qué palabra sería más justa? ¿Tonto? ¿Ladrón?

Estoy divagando.

Al parecer, Matilde ha enfermado, y este feliz acontecimiento le impedirá volver a casa durante algún tiempo.

Agnes:

Hazle saber a la señorita Lion que me resulta imposible marcharme ahora y que volveré cuando pueda. La información financiera que solicitó le será enviada al señor Penury, del banco, junto con el salario que le corresponde por haber sido la acompañante de mi hermana durante tres años, por deficientes que fueran sus servicios. Pecamos de caritativos.

Los síntomas de mi hermana son los siguientes...

Me ahorro la obligación de dejar constancia de los cinco párrafos siguientes.

Tras una espontánea celebración en la cocina por el retraso del primo Archibald —que puede que incluyera una tarta—, le envié una nota al señor Penury para comunicarle que recibiría toda la información financiera requerida y, también, para facilitarle la

dirección de Matilde, en caso de que sintiera la necesidad de espolear al primo Archibald para enviar la susodicha información o, ejem, el salario.

5 de mayo

Esta noche ha sido ~~abominable~~.

~~Difícil~~.

~~Dolorosa~~.

¿Peculiar?

Antes de relatar los detalles con precisión, debo confesar algo: tengo cuatro enemigos mortales. El primo Archibald y su hermana, Matilde, son el primero y el segundo, por razones obvias. Pero hay dos más, y, aunque parezca un poco mezquino que una persona tenga cuatro enemigos mortales, ¿qué otra explicación puedo ofrecer, salvo que soy moralmente imperfecta?

La primera es Victoria Braithwaite, llamada así en honor a nuestra querida monarca.

No estoy segura de que se merezcan la una a la otra.

Cuando mis padres murieron, tía Eugenia estaba aún en el extranjero y no volvería hasta al cabo de medio año. Bajo la tutela de nuestro vicario local, me contrataron... para consolar a Victoria de su dolor por la pérdida de un periquito querido. No soy insensible a la muerte de ningún ser vivo, pero, cuando el vicario me acompañó a casa de lord Braithwaite una semana después de la muerte de mi madre —solo once meses después del fallecimiento de mi padre—, me dejó una lista de instrucciones en lugar de sus condolencias, muy al estilo de lo que hace tía Eugenia. Debía ser cordial. Debía ser bondadosa. Debía ser comprensiva, puesto que Victoria había sufrido una Gran Pérdida. No debía mostrarme hosca. No debía hacerme la mártir. Y, para finalizar, el último y dolorosísimo golpe de gracia: no debía ponerme el vestido negro porque despertaría la melancolía de Victoria. Así, me despojaron de mi luto, de mi dolor y de mi ritual por esta favorita consentida de la nobleza británica. Fui su

acompañante, o, más bien, su sirvienta personal, hasta que mi tía regresó del puesto diplomático de su marido.

Debo perdonar a la señorita Victoria algún día; a fin de cuentas, es víctima de sus circunstancias privilegiadas. ¿En cuanto al vicario? Resulta que tengo por norma perdonar en el lecho de muerte.

Por suerte para él.

Mi otro enemigo es Roland. Sí, se llama Roland. Desafortunado pero cierto.

Una vez que tía Eugenia y su familia regresaron a Inglaterra, empecé a pasar las vacaciones escolares en su heredad en el campo, Spencer Court. Mi tío, lord Spencer, aún estaba vivo..., pero no hablaba más que ahora que lleva cuatro años muerto. A menudo, se nos unía también el primo segundo por parte de padre de Arabella, Roland Sutherland.

Era feo, anodino y desagradecido. No me atormentaba dejándome caer roedores y anfibios en el regazo. No, no le interesaban las piezas pequeñas. Le gustaba la caza mayor, y solo le valía un trofeo de tamaño natural. El trofeo era yo. Obviamente, el peligro acechaba en cada esquina. Trampas y cepos, cuerdas que atravesaban los caminos y cubos llenos de agua colocados sobre las puertas. Me pelé las rodillas y me magullé las palmas de las manos incontables veces. Echando la vista atrás, sus trucos eran bastante ingeniosos. Estúpido no era, pero sí cruel.

He tenido el placer de no verlo en estos últimos tres años. Esperaba continuar así para siempre.

Esta noche, en la Cena Exclusiva de tía Eugenia, me encontré no frente a un enemigo, sino frente a dos.

—Emma —dijo Victoria—, qué alegría volver a verte.

—Victoria. Tienes buen aspecto.

—Gracias. Mamá insiste en que luzca la mejor apariencia posible.

Ya sabes que ella es muy meticulosa. Fue como una madre para ti durante los meses que te acogimos.

Creo que parpadeé dos veces sin responder.

Ojalá este feliz reencuentro hubiera terminado ahí.

—Pero eras una niña tan rara... Siempre escondiéndote en los establos como un asqueroso ratoncito. Y con un carácter muy frágil. Te pillé llorando dos veces, si haces memoria. Mi padre te llamaba Morbidia, ¿lo recuerdas? Cada vez que te cruzabas en su camino, decía: «Ahí va Morbidia, el gran padecimiento de la humanidad». Le encantaba bromear. —Soltó una risita—. Veo que te las has ingeniado para cambiar. Parece que estás bastante limpia.

Justo cuando abrí la boca para decirle que había dejado de bañarme de una vez para siempre y que estaba infestada de la peste, Arabella me atajó.

—Victoria, es cierto que estás preciosa con ese tono de morado rojizo. ¿Conoces a Rutherford Crane?

Y con Rutherford Crane se fueron.

Había olvidado que su padre me llamaba Morbidia. Hombre vil. La consecuencia fue que me quedé sin habla durante al menos diez minutos, algo que complació sobremanera a tía Eugenia.

Luego, durante la cena, me encontré sentada justo enfrente de Roland Sutherland. En el salón no habíamos hablado debido a que él había llegado tarde.

—Perdóneme, lady Spencer. Mi caballo ha perdido una herradura.

Poco probable.

Roland, por caprichos del destino, se ha convertido en un hombre atractivo en exceso.

Me habría alegrado por él si no hubiera desarrollado también un gran encanto, por no hablar de la desenvoltura en el trato y la confianza en sí mismo. Este Adonis rubio era muy distinto del Roland Sutherland de mi lista de Enemigos Mortales. El cabello dorado

oscuro le brillaba, los ojos de color azul griego le resplandecían. Hay odas dedicadas a él en Londres, no me cabe duda de ello.

Arabella me dice que es un soltero Muy Codiciado.

Durante el transcurso de la cena, habló cordialmente con sus compañeros de ambos lados y a mí solo me miró dos veces.

La segunda vez, me guiñó el ojo.

Todas las virtudes que ha adquirido podrían haber sido perdonables si no se hubiera vuelto también observador en extremo. Cuando me escondí en el invernadero, fue Roland quien me descubrió.

Es un fastidio tremendo.

—Emma Lion. —Sonrió con un hermoso destello de dientes blancos—. Qué maravilla verte, vieja amiga. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Unos tres años desde la última vez que coincidimos?

Arqueeé las cejas en señal de confirmación.

—Estuve en Spencer Court el verano pasado —prosiguió—. Esperaba verte, pero me dijeron que seguías... ¿en Bournemouth o por ahí?

—Sí, en Bournemouth —respondí, y la voz me traicionó sonando dulce y algo coqueta cuando pretendía que pareciera indiferente.

—¿Con la hermana de tu primo? ¿Cómo se llama?

—Matilde.

Esta vez no sonó dulce y coqueta, sino más bien vengativa.

Su respuesta fue sonreír como un dios griego; una cantidad desmesurada de poder para estar en posesión de un joven.

—Recuerdo a tu prima Matilde como una especie de ogresa mítica.

—Mítica no tanto. Ogresa mucho.

Entonces Roland se echó a reír. Pareció terriblemente humano.

—Me alegro de verte, Emma. Aquí estás, lanzándome miradas asesinas con esos mismos ojos verdes, pero ya sin cara de niña.

Considero que te has convertido en toda una belleza, con ese hoyuelo en la barbilla. Y adoro tu voz. ¿Cuándo dejaste de parecer un ratón y adquiriste el tono de Atenea?

—Roland, no seas calavera. Podrías decir tan solo: «Me alegro de verte, Emma. Sobrevivimos a muchos veranos juntos a pesar de nuestros esfuerzos por matarnos el uno al otro». Ya está. Puedes saltarte los halagos falsos.

Su sonrisa regresó con demasiada facilidad para mi tranquilidad.

—¿Y tú qué me dirías a modo de respuesta?

—Que «sobrevivimos» es la palabra clave.

Los ojos se le iluminaron y un rubor le recorrió la piel dorada, pero no debido a la humildad de ver la imprudencia de su juventud a la luz de la honestidad. Oh, no. Estaba conteniendo la risa. Me tomó la mano y me la besó.

—El día en el que tú te limites a sobrevivir, Emma Lion, será el día en el que yo me vaya a mendigar al parque.

A continuación me dejó sola.

Me entraron ganas de gritar que había tenido que dedicar no pocos esfuerzos a la supervivencia durante los tres últimos años, una pulla por su ignorancia. O por su seguridad. También estuve tentada de preguntarle si lo de mendigar en el parque salía rentable.

Detesto a Roland Sutherland.

Pero me preocupa que pueda llegar a tolerarlo.

6 de mayo

El sermón de esta mañana ha estado bien. El Joven Hawkes ha hablado largo y tendido de la historia de José como metáfora. De que lo vendieron a los egipcios y después salvó a toda su traicionera familia. No sabría decir si los jóvenes que aplaudían y protestaban en la última fila han contribuido al sermón o lo han desmerecido. Puede que sea cuestión de opiniones.

A José le regalan una bonita túnica. *Aplauso.*

A José le roban la túnica, se la desgarran y se la manchan de sangre. *Protesta.*

A José lo venden como esclavo. *Protesta.*

A José lo tienta la esposa de Potifar. *Aplauso.*

José resiste la tentación. *Protesta.*

Fue en este momento cuando el Joven Hawkes interrumpió el sermón y ordenó al carnicero que despejara la última fila. Hubo varias protestas y aplausos adicionales, tanto por parte de los expulsados como de los demás vecinos de St. Crispian's.

Una vez que hicieron salir a toda prisa a los amigos de Cambridge del Joven Hawkes, este se recompuso y empezó de nuevo, pero no sin antes murmurar lo bastante alto como para que todos lo oyéramos: «Cualquiera que piense que lo que hizo la esposa de Potifar fue una buena idea ha demostrado no tener el menor juicio. Que vuelva a probar a ser cristiano la semana que viene».

Me marché sintiéndome bastante animada.

Cuando regresé a casa y subí a mi buhardilla, me quedé estupefacta.

—¿Agnes?! —grité volviendo la cabeza.

Oí sus pisadas en las escaleras mientras corría y corría hasta que llegó sin aliento.

—No hace falta que corras cuando te llamo, Agnes. Puedes caminar. Bien, ¿por casualidad sabes de dónde ha salido?

Y ambas miramos al Gato que se había recostado con un aire bastante engreído sobre mi cama.

—¡Uf! ¡Un gato! ¡El señor Flat odia los gatos! ¡No! ¡Señorita Lion! No sé nada de este minino. No he dejado la puerta abierta, lo juro.

Fue entonces cuando me di cuenta de que había no una, sino dos notas esperando entre los tablones de la pared.

Así que esa era la solución infalible de El Inquilino a nuestro problema.

—No te preocupes, Agnes. Sé por qué está aquí, pero no cómo ha llegado. Gracias.

Una vez que se marchó y cerré la puerta, volví a clavar la mirada en la criatura.

—Tienes unos ojos preciosos —le dije, dando por sentado que la adulación era un camino seguro a la hora de tratar con aquel aristócrata del reino animal.

Parpadeó y apartó la mirada como una bestia mítica.

—¿Entiendo entonces que no debo dirigirme a ti directamente? Vaya, qué importante eres.

Tras sacar la primera nota de la pared, la abrí.

NUESTRA SOLUCIÓN.

Abrí la segunda. Al parecer, El Inquilino sentía la necesidad de ofrecer una explicación más elaborada en cuanto a por qué había un felino recostado en mi cama.

UN AMIGO SE HA MARCHADO DE LONDRES POR NEGOCIOS, PERO NO SIN ANTES ADQUIRIR POR ACCIDENTE UNA NUEVA ESPOSA, QUE ERA DUEÑA DE UN GATO. SE HA LLEVADO A LA

ESPOSA CON ÉL. EL GATO NECESITABA UN HOGAR TEMPORAL. VIENDO QUE SE TRATABA DE UNA SITUACIÓN MUTUAMENTE BENEFICIOSA, HE EMPLEADO A TEOBALDO MIENTRAS DURE EL VIAJE AL EXTRANJERO DE MI AMIGO. CON UN POCO DE SUERTE, NUESTRO PROBLEMA SE HABRÁ RESUELTO PARA ENTONCES.

Releí la nota tres veces y, la verdad, se me pasaron varias preguntas por la cabeza.

Pregunta uno: ¿Cómo se encuentra uno en posesión de una esposa por accidente? El hecho de que fuera o no dueña de un gato es irrelevante.

Pregunta dos: Una repetición asombrada de la primera pregunta. Lo reconozco, el «por accidente» me ha desconcertado. Considero que debo saberlo.

Pregunta tres: ¿Teobaldo? ¿Como el del diálogo de *Romeo y Julieta*?

Teobaldo: ¿Qué queréis vos conmigo?

Mercucio: ¡Noble Rey de los Gatos, solo una de vuestras nueve vidas!

¿Es este, en efecto, el Rey de los Gatos?
Sería extraordinario si fuera cierto.

Pregunta cuatro: De nuevo, concierne a la esposa accidental. ¿Está ella al tanto de que es un accidente?

—Supongo que no sabrás cómo ha sucedido todo esto, ¿verdad?
—le pregunté a Teobaldo.

Él bostezó perezosamente y ladeó la cabeza mientras me observaba con ojos serpentinos.

Teobaldo es un gato atigrado listado. Gris con rayas y manchas negras y, en el vientre, una mancha blanca que le llega hasta el cuello. Parece un joven caballero con deudas de juego. Supongo que era el tipo de criatura que yo esperaba que se mudara a Lapis Lazuli Minor.

Oh, qué divertidas son las Moiras.

Me senté y redacté lo siguiente:

Teobaldo se ha puesto cómodo. Estoy dispuesta a confiar en este experimento, y veremos si no es demasiado perezoso para cazar los ratones. Me gustaría hacerle dos preguntas. La primera: ¿cómo ha encontrado Teobaldo el camino desde su lado del desván al mío? La segunda es bastante indiscreta: ¿cómo se adquiere una esposa por accidente? Reconozco que mi pregunta es irrespetuosa y descarada, pero debe admitir que este esbozo se merece un desarrollo.

Tras ocuparme de la correspondencia, bajé para dedicar un rato a la oración reflexiva mientras intentaba forzar la cerradura de la biblioteca. Mis oraciones fueron en vano, pues la puerta no cedió. Puede que no debiera haberme reído tanto en la iglesia.

Más tarde

El Inquilino se limitó a deslizar una nota a través de la pared.

EL MATRIMONIO FUE UN ACUERDO COMERCIAL INESPERADO.

MIRE HACIA EL SUELO A SU IZQUIERDA.

Los hombres no son unos chismosos tan excelentes como las mujeres. Oh, desventura. Pero no parecen tener ningún reparo en abrirte un agujero en la pared. Puesto que ahora, en la esquina de mi habitación, hay un agujero con la forma de un rectángulo del tamaño de Teobaldo y una tela de cachemira azul y morada —similar a la que se emplearía para hacer un chaleco masculino— colocada en el otro lado, como una especie de cortina. Al arrodillarme para investigar y correr la cortina hacia un lado, me descubrí escudriñando lo que parecía ser un armario. Había botas, zapatos y abrigos colgados.

—¿Qué narices...? —dije en voz alta.

Fue en ese momento cuando otra nota atravesó la pared y flotó con elegancia hasta el suelo. Después de gatear hasta ella —para gran diversión de Teobaldo—, la abrí.

EL GATO DEBE MOVERSE CON FACILIDAD ENTRE LAS CASAS. LA PUERTA ESTÁ EN LA PARTE TRASERA DE MI ARMARIO, DE MANERA QUE NI SU INTIMIDAD NI LA MÍA SE VERÁN INTERRUMPIDAS. SI DESEA QUE DEVUELVA LA PARED A SU ESTADO ANTERIOR, ESTOY DISPUESTO A HACERLO, POR PERJUDICIAL QUE SEA PARA NUESTRO OBJETIVO COMÚN. SI LOS COLORES DE LA CORTINA LA AGRAVIAN, LO SOLUCIONARÉ DE INMEDIATO. EN CUANTO A LA ALIMENTACIÓN Y OTRAS NECESIDADES, NO TIENE QUE PREOCUPARSE DE SU CUIDADO. YO ME HARÉ CARGO DE TODO.

Respondí:

Pese a que me sorprende la puertecita de cuento de hadas en mi habitación, entiendo la lógica. Y no, los colores de la cortina no me agravian. Le advierto que es posible que mi criada le consienta demasiado a Teobaldo una vez que deje de tenerle miedo. Además, conviene que sepa que en St. Crispian's los gatos solo tienen siete vidas, no nueve como en el resto del país.

LOS GATOS TAMBIÉN TIENEN SIETE VIDAS EN BRASIL.

Qué extraño.

A lo que no obtuve contestación.

Sin querer importunar, pero con la sensación de que debía haber alguna presentación más allá de la exterminación de roedores y la esperanza de vida de los gatos según la ubicación, saqué una de mis tarjetas de la caja y la deslicé a través de la pared.

Emma M. Lion

Lapis Lazuli House

Londres

Al cabo de varios minutos, una tarjeta se deslizó en dirección opuesta y cayó al suelo. Era de un blanco frío con letras negras. Sin adornos. Sin calidez.

*Niall Pierce

~~Nueva York~~

LONDRES

La tinta con la que había tachado «Nueva York» y escrito «Londres» estaba todavía húmeda y manché ligeramente la tarjeta. Permanecí a la espera mientras me preguntaba si debía enviarle algo a modo de respuesta. «Gracias» me parecía innecesario. «Encantada de conocerle», lo mismo.

Así que elegí algo menos discreto.

¿Es usted estadounidense?

Y una hora más tarde:

NO.

Y eso fue todo.

7 de mayo

Arabella y yo quedamos en The Langham para tomar el té, de lo que se deduce que pagó ella.

Le conté lo del intercambio de notas y de gato con El Inquilino, para gran entretenimiento suyo.

—Mi madre te arrancaría las vísceras y se las daría de comer a las palomas de Regent's Park si supiera que conversas con un hombre de semejante manera.

—Tu madre haría lo mismo si supiera que utilizas la palabra «vísceras». Además, solo estamos haciendo negocios, resolviendo un problema mutuo de vivienda.

Arabella adoptó un aire suspicaz que le sentaba de maravilla.

Cuando la conversación derivó hacia los muchos hombres que su madre estaba haciendo caer en la red de mi prima, le formulé mi pregunta candente:

—¿Por qué no te molesta que tu madre te organice la vida?

—¿Por qué iba a molestarme? —replicó Arabella, y los labios rosados se le abrieron en una sonrisa agradable y perezosa. Era muy consciente de que casi todos los presentes en la sala la estaban observando—. Mi madre hace todo el trabajo. Solo busca hombres con grandes fortunas y más de dos casas cuyos padres sean tolerables. No acepta a borrachos ni antecedentes familiares de locura, tampoco a nadie demasiado viejo, salvo que la probabilidad de su muerte inminente sea bastante alta. ¿Por qué debería preocuparme por nada más?

—Aun en el caso de que un hombre cumpla con todos los criterios que busca tía Eugenia, todavía puedes encontrarte con muchas cosas desagradables —respondí—. Debe de haber alguien con quien tal vez desees estar, ¿no?

—¿Quién?

—No lo sé. ¿Roland?

—Oh, no. Es rico y guapo, pero su casa de campo es espantosa. Además, sospecho que Roland quiere encontrar una esposa que lo adore. No encajaríamos.

—Tiene que haber alguien.

—¿Quién? —insistió ella al mismo tiempo que me miraba de hito en hito con sus enormes ojos azules—. Llevas años dando por sentado, Emma, que querría casarme por amor. Y te vi enamorarte de Maxwell, y a él enamorarse de ti, casi envidiando que fueras capaz de tal sentimiento. Tú sientes profundamente y amas con todo tu corazón. Pero yo no siento así ni soy capaz de hacerlo. Mi corazón nunca se ha molestado por nada que no sea latir un poco más rápido ante una tela bonita. Ningún hombre me ha conmovido; así pues, ¿por qué ser demasiado quisquillosa cuando mi madre no tardará en encontrar un espécimen adecuado? Ahí tienes, esa es tu razón. Ahora, disfrutemos de esta Temporada antes de que me elijan marido. A ti también te convendría mantener los ojos abiertos. Tienes que encontrar a alguien, como sea, porque no puedes vivir con el fantasma de Maxwell para siempre.

Sus palabras se me clavaron en el pecho y, al instante, se sentó más erguida y perdió todo el color de la cara.

—No debería haber dicho eso, mi querida Emma; las dos lo sabemos. Te pido perdón por hablar de él de ese modo.

Intenté restarle importancia al asunto con un gesto, pero solo conseguí levantar una mano y volver a bajarla. El peso de lo que Arabella no decía me lastraba tanto como el de lo que sí decía.

Maxwell se ha ido.

Maxwell está muerto.

—Emma, di algo. Perdóname ya. Te lo exijo.

—No importa, Arabella. Estoy bien.

—Mentirosa. Es que me preocupo por ti. Por muy doloroso que sea, por muy desesperadamente que lo añoremos, Maxwell lleva tres años muerto. Aun así —ladeó la cabeza de forma apenas perceptible—, juraría que sigues soñando con él, que todavía lo ves por la calle.

—¿Y si es así? —repliqué.

—Permítele marcharse —fue su firme respuesta.

Algo dentro de mí dijo: «Tiene toda la razón».

Algo dentro de mí dijo: «Está muy equivocada».

Lo que dije en voz alta fue:

—Desde luego, no necesito que la mujer sin corazón me aconseje sobre cómo gobernar el mío.

Ante esto, los labios de Arabella recuperaron la sonrisa, y ella se apoyó de nuevo en el respaldo de su asiento.

—Pero somos las mejores para hacerlo, Emma. Confía solo en aquellas que no se ven afectadas por el amor para juzgar con claridad.

—Creo que unos cuantos postres más nos aportarían la claridad que necesitamos.

—Ahí está mi hija de irlandés.

Y Arabella levantó la mano para llamar al ansioso camarero que esperaba en las sombras con la única intención de atender hasta la última de sus necesidades.

9 de mayo

Mary ha pasado por aquí cuando volvía a casa desde el trabajo para tomarse un té tardío y charlar. Aparte de lo maravilloso que es recibirla siempre que puede hacerme una visita, la de hoy ha sido especialmente afortunada, ya que entró en la buhardilla y se estaba quitando los guantes cuando dijo:

—Agnes ha dicho que subirá té y *scones*, lo cual es magnífico, porque estoy muerta de hambre y... ¡Cielo santo! ¿Qué hace aquí Teobaldo?

Teobaldo, que se estaba lavando en el asiento de la ventana, le dedicó un doble parpadeo lento y majestuoso y volvió a sus abluciones.

Mi reacción a la pregunta de Mary no tuvo nada de majestuosa. Tía Eugenia a duras penas me reconocería como pariente suya de haberla visto. (Supongo que ya me reconoce a duras penas como pariente suya. Quizá una negativa rotunda a reconocerme sea más apropiada).

—¿Sabes lo del matrimonio accidental?! —salté.

Mary se rio y tomó asiento.

—¿Te refieres a la misteriosa desaparición de Jane? Sé poco. Solo que Jane, una de mis compañeras de la casa de huéspedes de la señorita Lamb, recibió una visita muy poco ortodoxa por parte de un hombre de negocios. Se dedicaba a los seguros, la banca o algo así. Se vieron dos veces, ella parecía muy inquieta, y luego me la encontré en el vestíbulo con un baúl. Lo único que me dijo fue: «Me ha resultado beneficioso casarme. Pasaremos varios meses fuera, en el continente. Si te dejo una llave, ¿me regarás las plantas?». »

»Y, antes de que pudiera preguntarle por la boda, el marido o el gato, se marchó. Lo espí a través de la ventana del vestíbulo. Al

marido, no al gato. Guapo y egocéntrico, sin pensar más en ella que en una mota de polvo que tuviera en la manga. Soy incapaz de imaginar qué se le pasó a Jane por la cabeza para hacer algo así.

Era una de las cosas más raras que había oído en mi vida, y eso que vivo en St. Crispian's.

—¿Cómo te has hecho con el gato? —preguntó entonces Mary.

—Nuestro inquilino conoce al caballero y acordó que compartiéramos a Teobaldo como gato ratonero mientras su esposa y él estén fuera —respondí—. Hablando de roedores, ¿cómo está tu primo Jack?

—Fuera de la ciudad, me temo. Ha sido una semana aburridísima. ¿Te extraña que haya tenido que venir aquí? La señorita Lamb ha establecido veladas obligatorias en la salita para que perfeccionemos nuestras virtudes. Te he tejido dos bufandas mientras escuchaba *El progreso del peregrino*. No te las pongas o sentirás mi tediosa aflicción en cada punto del derecho y del revés.

Pasamos la siguiente media hora hilando el misterio de Jane y su boda, y luego Mary hizo acopio de valor y se fue a casa.

11 de mayo

Mientras miraba por la ventana hace una hora, vi que la Sociedad DEP llegaba y llamaba a la puerta de Lapis Lazuli Minor. El Inquilino debía de estar en uno de los pisos inferiores, porque respondió enseguida, y, tras un momento de explicación, los dejó entrar. Esperé junto a la ventana hasta que se marcharon; luego, me senté a mi escritorio y garabateé la siguiente nota:

Veo que ha recibido la visita del comité DEP. Si tiene alguna pregunta, no dude en hacérmela. Estoy segura de que la premisa de que las cosas desaparecen y reaparecen en casa de un desconocido resulta incómoda al principio, pero no tardará en acostumbrarse a la idea.

Tras doblarla en dos, la deslicé hasta la mitad por la rendija de la pared, y ahora voy a bajar a preguntarle a Agnes qué hay de cena.

Más tarde

Acabo de volver y me he encontrado la siguiente nota en la pared:

SOY UN HOMBRE DE CIENCIA, SEÑORITA LION. DEMASIADO MAYOR PARA CUENTOS INFANTILES. ESCRIBA TODOS LOS CARTELES DE ST. CRISPIAN'S AL REVÉS SI ASÍ LO DESEA, PERO NO ESPERE QUE CREA EN LA MAGIA.

*Le sonreí con sorna a través de la pared.
Volví a sonreír.*

Y luego escribí:

Aplaudo su erudición. Hay muchos hombres de ciencia —y varios de pseudociencia— en el vecindario. Por desgracia, todos reconocen el fenómeno de los objetos errantes sin ironía. Nadie afirma que sea magia, solo que es lo que hay. Bienvenido a St. Crispian's.

12 de mayo

¿El escenario de esta noche? La partida de cartas de tía Eugenia, en la que nuestra heroína —la impertérrita Emma M. Lion— se quedó plantada a solas con el infame Roland cuando las señoritas Klein se excusaron del juego de bridge para ir a refrescarse.

—Mi querida Emma, cualquiera diría que intentas perder —dijo Roland, que se recostó en la silla con un ademán grácil y exasperante.

—Es que intento perder —admití—. Tengo poca paciencia para las cartas.

—Una lástima. ¿Has apostado alguna vez?

—¿En los juegos de azar? No.

Puso los ojos en blanco.

—No es de extrañar que te aburran las cartas. Las apuestas son la razón por la que se juega. ¿Qué te parece si nos apostamos algo ahora, tú y yo?

—Ya me he descartado.

—Para la siguiente partida, entonces. Si gano, me acompañas a dar un paseo a caballo por el parque.

—Eso se consideraría una pérdida absoluta de mi valioso tiempo.

Entornó los ojos, pero no pudo evitar esa sonrisa radiante, ni lo hermosa que era cuando permitía que se apoderara por completo de su expresión.

—En ese caso, más te vale no perder.

—Blandes tu sonrisa de una forma muy irresponsable —dije.

Es un gran consuelo que no esté encandilada contigo, pensé.

—Gracias. Bien, ¿qué apuestas tú a cambio? —insistió.

—Un libro.

—¿Un libro?

—Sí, querría un ejemplar de...

Pero él levantó la mano y me interrumpió.

—Emma, una hora en el parque no es una ganancia equilibrada con respecto a un libro. Te traeré un folleto.

—¡Por supuesto que no!

—¡Un libro equivale a un mes de salidas!

—¡No es cierto!

—¿Te estás oyendo, Emma?

Tras pensarlo un instante, llegué a la conclusión de que debía mostrarme de acuerdo.

—Tienes razón, y, sin embargo, ese es mi precio.

Toqueteó las cartas que tenía en la mano y respiró hondo.

—Estoy dispuesto a llegar a un acuerdo contigo, Emma Lion, con una condición.

—No puedes poner condiciones a las condiciones —respondí al mismo tiempo que levantaba los ojos hacia los suyos con autoridad.

—Sí puedo. Voy a hacerlo ahora mismo. —Se echó hacia delante y habló en voz baja—. Te traeré un libro solo si... —abrí la boca para hablar, pero él levantó un dedo— se me permite elegir cuál.

—¡Desde luego que no!

—Pero ¿por qué?

—Me traerás algo del estilo de *Tom Jones*.

Esto le hizo soltar una carcajada estruendosa y recibimos La Mirada de tía Eugenia, que se encontraba al otro lado de la sala.

—Emma, si te traigo un libro, será, como mínimo, digno de tu tiempo.

—Tengo una lista de lecturas...

—Ni siquiera has ganado la partida todavía.

Las señoritas Klein regresaron y ocuparon sus respectivos asientos.

Terminamos nuestra mano y comenzamos otra.

Perdí.

13 de mayo

Fiel a su amenaza, Roland ha venido esta mañana a reclamar su premio.

Anoche le dije que, dado que hoy era domingo, tenía que ir a la iglesia, a lo que él respondió:

—No creo que encuentres más diversión sentada en un banco duro que acompañándome a Regent's Park.

—Qué poca idea tienes —repuse para mis adentros.

El Joven Hawkes aún debía terminar su sermón sobre José, y seguro que los chicos de Cambridge se mostrarían en todo su esplendor.

El caso es que tenía una cuenta que saldar. Cambié la primogenitura de St. Crispian's por un paseo matutino con Roland en el parque. Un plato de lentejas, sin duda.

O eso creía yo.

Debo reconocer que fue más interesante y, me atrevería incluso a decir, ¿agradable? de lo que había previsto.

Roland me sorprendió no solo mostrándose cordial, sino también interesado en mí. Desvié la conversación hacia él tan a menudo como me fue posible, pero, aun así, agradecí el gesto. Resulta que Roland es un gran amante de la música.

—Soy un músico pésimo, pero tengo muy buen oído.

—Y firmas cheques cuantiosos para patrocinar las artes, imagino.

—Por supuesto.

Lo más sorprendente fue la cantidad de personas con las que nos cruzamos que no solo conocían y apreciaban a Roland, sino a las que, además, él trataba con auténtica amabilidad. Incluso a una jovencita tonta que paseaba con su hermano y tenía los dientes torcidos, dificultades para pronunciar la ese y tendencia a mover la

nariz de un lado a otro como si le estuvieran haciendo cosquillas con una pluma continuamente. Fue tan atento con ella como con cualquier otra persona de mayor importancia.

—¿Y será la futura señora Sutherland? —pregunté cuando continuamos con nuestro paseo.

—Oh, no creo que seamos compatibles, pero, si limitas toda conversación al ámbito de las criaturas anfibias, es una compañera interesante.

Y lo dijo en serio.

Roland Sutherland es mejor persona que yo.

Cuando nos acercábamos al final de nuestro paseo, vi a alguien a quien no esperaba ver.

El Inquilino.

Vestía un traje negro. La camisa estaba almidonada con esmero, el chaleco era verde. Llevaba el sombrero en una mano mientras se pasaba los dedos de la otra por el pelo. Con la mirada clavada en el suelo y el ceño fruncido, lucía unos andares muy byronianos, a pesar de la cojera. ¿Quizá debido a ella? Era el aspecto que tendría una tormenta si tomara forma humana. Levantó la vista justo cuando nos cruzamos y nos miramos a los ojos.

Creo que supo al instante que yo era la desvergonzada Tisbe de su Píramo, la que le enviaba notas a través de la rendija de nuestra pared, pues un destello de reconocimiento le iluminó los ojos. Estuvimos a punto de pasar sin saludarnos. Pero entonces...

—Disculpe, ¿señorita Lion?

El sonido de su voz fue como un trueno lejano.

—Señor Pierce. Qué sorpresa. —Como si no fuera la figura más llamativa del parque—. ¿Puedo presentarle a mi némesis de la infancia, el señor Roland Sutherland? Roland, el señor Niall Pierce.

Ambos me lanzaron una mirada rápida antes de estrecharse la mano.

—¿Némesis? —añadió Roland casi en un susurro.

No le hice caso y me dirigí al señor Pierce.

—Siento que no le hayamos invitado aún a tomar el té. Quería darle el tiempo necesario para instalarse.

—Por favor, no se moleste. —Se pasó el sombrero de una mano a la otra—. Las galletas que me llevó su criada estaban..., eh..., bastante buenas. —Se quedó callado unos segundos; igualó la seriedad de su expresión a la de su actitud, y de ahí surgió el interrogante—: ¿Puedo preguntarle si le gustó Piccadilly Circus?

—No fui.

—Entiendo.

—Solo Agnes. La criada.

Bajó la mirada mientras jugueteaba con el sombrero, y una sonrisa inesperada amenazó su ademán circunspecto.

—Me pareció que a la mujer le hacía falta distraerse.

—Así es.

—Me alegro de que fuera.

—Yo también.

—Bueno. —Desvió la mirada de mí hacia Roland y, a continuación, con un gesto de asentimiento dijo—: Les deseo un buen día a ambos.

Y, cuando siguió su camino, la tormenta se perdió en la distancia.

No me di cuenta de cuánto tiempo me había quedado mirándolo hasta que Roland carraspeó.

—Un tipo interesante.

—Sí.

—En primer lugar, Emma, presentarme como tu némesis es un tanto injusto.

—He dicho némesis de la infancia. Es muy distinto.

—Ah, ¿sí? ¿Qué te hice que fuera tan terrible?

—¿Empezamos por el día en el que me encerraste en un baúl y

me tiraste al foso?

Roland tuvo la cortesía de considerar lo que acababa de decirle desde la perspectiva de un hombre adulto. Frunció el ceño.

—Comprendo. Aunque, para ser justos, creo que te dejé agujeros para respirar y que no cerré el baúl con llave.

—No sabía nadar.

Extendió las manos.

—Te recuerdo nadando estupendamente bien una vez que te liberaste. Luego me azotaste con una rama de sauce.

—El instinto de supervivencia obra maravillas. ¿Tienes un segundo?

—¿Perdona? ¿Vas a retarme a un duelo?

Puse los ojos en blanco.

—Cielo santo, no. Al menos de momento. Has dicho «en primer lugar». Deduzco que tienes una segunda objeción que plantear.

—Solo preguntarte quién es ese hombre y de qué lo conoces. Me ha provocado un escalofrío que me ha recorrido la columna de arriba abajo.

—Eso, Roland, es porque estás hecho de sol. El señor Pierce te estropearía el buen tiempo.

A lo que él respondió:

—Ja.

—Es El Inquilino. Nuestro inquilino. Ha alquilado Lapis Lazuli Minor.

Frunció un poco el ceño, un gesto que le confirió un aspecto casi tan glorioso como su sonrisa. Los poderes que determinan ciertas cosas como la belleza lo tienen muy consentido.

—¿De dónde es?

—Al parecer, ha pasado algún tiempo en Nueva York. Por lo demás, no sabría decirte.

—Si fueras cualquiera de las otras jóvenes que conozco, te

advertiría que estuvieras alerta.

—¿Oh? —pregunté al mismo tiempo que dejaba de andar—. Pero como no lo soy...

Entonces llegó la sonrisa de Roland.

—San Jorge no es el único capaz de matar a un dragón, Emma Lion. Te he visto empuñar una espada.

Puede que haya sido el cumplido más maravilloso que me han hecho en la vida.

Tengo intención de mantener cerca a Roland.

14 de mayo

He pasado la mañana en el banco con el señor Penury.

El primo Archibald, fiel a su palabra —los prodigios nunca cesan—, ha enviado tanto la información financiera necesaria respecto al gobierno de Lapis Lazuli House como mi salario. La cantidad no era exactamente la Bonita Suma prometida por los tres años completos, sino más bien la correspondiente a dos años y medio.

—Debe de haberse embolsado el resto —me quejé.

—¿Tiene la cantidad prometida por escrito y firmada por un notario?

—No.

El señor Penury esbozó un gesto compasivo y luego dijo:

—Estos son los gastos de la administración de Lapis Lazuli House, incluidos los salarios de su criada y su mayordomo.

Miré las cifras. A Agnes, criada y cocinera, le asignaban dos libras al año, mientras que a Parian el Glorificado, ese que tan poco hace, le pagaban casi treinta.

—Esto no puede ser. Agnes hace la mayor parte del trabajo en la casa. Parian no hace casi nada. Me niego a pagar tales salarios.

—Es lo habitual en el caso de una criada y un mayordomo. Incluso podría decirse que la joven recibe un pago generoso.

—Pero también es nuestra cocinera, señor Penury; trabaja sin descanso y siempre está exhausta. Como mínimo, deberían recibir el mismo salario, y hasta eso me parece escandalosamente injusto.

—Divídalo como quiera, señorita Lion, pero no supere las treinta y dos libras en el pago de entrambos. Sigamos adelante.

Y adelante seguimos. Pero no sin antes sonreír al oír la palabra «entrambos» pronunciada en voz alta.

Entrambos.

Entrambos.

Estoy divagando.

Entre el mantenimiento de la casa, el pago de los salarios, el coste de la comida, los impuestos, etcétera, el señor Penury había elaborado un presupuesto anual para nuestro sustento. Es espartano, pero, aun así, me siento esperanzada. Sobre todo al ver que había incluido una asignación mensual para mí.

—No le valdrá para comprarse un sombrero ni guantes, pero debería poder tomarse una taza de té de vez en cuando. Una joven tiene tanta necesidad como un joven de llevar unas monedas en el bolsillo.

Casi beso al señor Penury.

—Bien, veamos. —Y se recostó contra el respaldo de la silla—. Una vez que su primo, el señor Flat, pague a sus acreedores (y tengo una lista para usted), la renta la mantendrá durante dos años. Después de eso... —levantó las manos como un actor en el escenario—, debe encontrar una fuente de ingresos. Lapis Lazuli House es totalmente suya, así que solo debe preocuparse por los gastos de administración. No me interrumpa, señorita Lion. Cierre la boca. Bien, tiene el salario que le ha enviado el señor Flat. No es mucho, pero podría generar una pequeña cantidad de intereses. Le aconsejo que, de momento, lo deje intacto en el banco. Intacto. Lo he metido en una cuenta distinta, solo a su nombre, en la que su dinero estará a salvo. También propongo que el dinero que gane alquilando Lapis Lazuli Minor vaya a parar a dicha cuenta. A ver si somos capaces de generarle unos ingresos anuales, por escasos que sean. Como acabo de comentarle, le he dado suficiente para tomar el té una vez a la semana. Ese es su capricho. No hay más.

—¿No hay nada para libros?

—No hay nada para libros.

—Pero...

—Utilice una de las muchas bibliotecas.

Así que me vi llevada a admitir mi debilidad.

—Me temo que yo leo despacio y que me gusta escribir en los libros. Las bibliotecas son antitéticas a ambas cosas.

—Parece que tendrá que usar su ingenio.

—El primo Archibald tiene una biblioteca, pero me tiene prohibido entrar.

—Sí. Según los términos del testamento, esos libros, por ley, son suyos.

—¿Y qué hay de que se haya gastado mi dinero? ¿Puedo reclamarle los libros?

—En la ley no hay nada que le permita exigir tal cosa, por injusto que sea. —Entonces se echó hacia delante de nuevo y apoyó los codos en el escritorio antes de entrelazar las manos—. Señorita Lion, voy a darle un consejo que le parecerá grosero y vulgar. Le pido que nunca repita estas palabras ni relacione mi nombre con ellas.

Abrí los ojos como platos, pues imaginé que estaba a punto de sugerirme una vida de mala reputación. Afortunadamente, continuó:

—A lo largo de los dos próximos años, debe buscar cualquier forma de obtener beneficios. ¿Tiene parientes y amigos ricos? Aprovechese de ellos. Cada vez que la inviten a tomar el té, ahorre la cantidad que tenía designada para ello. ¿Si le ofrecen dinero? Acéptelo. ¿Regalos? Véndalos. Traiga el dinero aquí y deposítelo en su cuenta. Busque una vocación respetable. Respetable, escúcheme bien. —El señor Penury había empezado a negar con el dedo delante de mí. Supongo que convertirme en una dama de mala reputación no es una opción—. Meta todo lo que gane en esta cuenta. Sea creativa. Sea audaz. Entonces veremos cuál es su situación. Es imposible, pero no es la primera vez que se logra lo imposible.

Asentí con la cabeza, me sentí inspirada. Fue un discurso tan noble como el que podría haber pronunciado cualquier rey.

—Gracias, señor Penury.

—Buena suerte, señorita Lion.

Buena suerte, desde luego.

16 de mayo

Parian, el heraldo de la fatalidad, ha aparecido hoy.

—El señor Flat regresa mañana y debo ocuparme de que todo esté en perfectas condiciones —dijo, mientras miraba a su alrededor—. Estaré en mis habitaciones si me necesitan. Agnes, tráeme una copa de vino, por favor. Estoy cansado del viaje.

Si tenía algún reparo en cuanto a reducirle el sueldo, salió batiendo las alas por la puerta principal.

17 de mayo

El primo Archibald ha vuelto. Parecía angustiado y atormentado por haber pasado demasiado tiempo en el páramo remoto de la casa de su hermana.

—No estoy en casa para nadie —dijo, mientras se apresuraba hacia sus aposentos con el sudor corriéndole por los lados de la cara—. Ha sido un día caluroso y el tren olía mal. ¡No, no! —Me agitó un dedo delante de la cara—. A ti no puedo verte. Hoy no hablaremos. Acabaría conmigo por completo.

Cerró la puerta de su habitación con firmeza y nos dejó a Agnes y a mí plantadas en el pasillo. Solo queríamos ofrecerle té y pasteles.

—Su familia tiene una manera muy peculiar de mostrar afecto, señorita Lion.

Nunca se ha dicho nada más cierto.

19 de mayo

Hoy era el cumpleaños de mi madre. Después de dar un largo paseo, leer un buen rato los Proverbios y continuar ampliando mi lista de cómo podría adquirir más dinero, fui al Reed and Rite para celebrarlo.

Al entrar en la cafetería, vi una sombra alta en la esquina.

El Inquilino.

Me encaminé hacia él y me fijé en que volvía a tener el sombrero entre las manos, y toqueteaba el ala con los dedos. Parecía desconcertado por algo.

—¿Necesita ayuda, señor Pierce?

Cuando me miró, sus ojos fueron como una bala de plata.

—Señorita Lion. Hola.

—Hola.

Cualquiera habría pensado que se escondía de unos caníbales, de tan incómodo como estaba.

—¿Se encuentra bien, señor Pierce?

—Muy bien. Solo es que echo en falta algo muy importante y...

Pero no fue capaz de obligarse a seguir adelante.

—¿Se pregunta si su objeto podría haber vagado hasta acabar en el Reed and Rite?

—Desgraciadamente.

—¿Es una desgracia que pudiera ser así? En efecto. —No me devolvió la sonrisa—. Entremos en El Recaudo y a ver qué encontramos.

Así fue como me convertí en el ángel guía de nuestro perdido Dante, pues la expresión del señor Pierce era muy similar a la que habría adoptado si estuviera descendiendo al Infierno. Para ser justos, El Recaudo es todo revestimiento de madera oscura y

ventanas polvorientas, aunque, desde luego, no es comparable al reino de los muertos.

—Ahí están las mesas y las estanterías. —Señalé la pared del fondo y la lateral, cubiertas con la más asombrosa variedad de objetos imaginable—. Y aquí está el libro de registro. Se mudó aquí hace solo dos semanas, así que no debería llevarle mucho tiempo. ¿Qué está buscando?

—Una lente.

—¿Una qué?

—Una lente. La había limpiado, la dejé en mi escritorio y después desapareció. No ha habido nadie más en la casa y no creo que Teobaldo se la haya llevado.

Mientras yo inspeccionaba el registro, él les echó un vistazo a todos los objetos extraviados, lo cual hizo aumentar su asombro y su agitación. Estuve a punto de comentarle que el avestruz de la esquina era una donación permanente para la sala, pero me pareció que en tal estado de ánimo no le resultaría divertido. Finalmente, encontré una entrada que decía: «Lo que parece ser una especie de lente. Colocado en la estantería A para su custodia».

—¡Aquí hay algo! Mire en la estantería A, señor Pierce.

Dado que se encontraba detrás de la mesa de la esquina, llena de muñecas de porcelana perdidas, parecía un poco abrumado.

—¿Cuál es?

Señalé la pared.

—La de arriba del todo. Es la de los objetos de gran valor. Necesitará el taburete.

Refunfuñando, encontró el taburete y, cuando se encaramó a él, levantó la barbilla para ver mejor el estante oscuro.

—Aquí arriba hay una pistola. Con la empuñadura de diamantes y perlas.

—Oh, debe de pertenecer a uno de los caballeros de Traitors

Road. A ese grupo le siguen divirtiendo las pistolas de duelo ornamentadas. ¿Algo más?

—Un anillo.

—¿El rubí?

—Sí.

—Lleva ya un mes ahí.

—Me sorprende que no se lo haya llevado nadie.

—Somos raros, señor Pierce, pero honrados.

—¡Ahí está!

Levantó la mano y agarró un objeto de latón alargado y circular de la estantería. El alivio que se le reflejó en el rostro fue como un claro en medio de la tormenta. A juzgar por el ademán tan protector con el que sostenía la lente, cualquiera habría pensado que había rescatado a un niño.

Tras bajarse del taburete, dijo:

—Gracias por su ayuda, señorita Lion.

Y se dio la vuelta como si fuera a marcharse.

—Señor Pierce, he venido a celebrar el cumpleaños de mi madre con un té. ¿Le gustaría acompañarme?

Buscó cualquier excusa para rechazar mi oferta.

—No creo que a su madre le parezca bien que me sume a los invitados. No soy muy buena compañía.

—Mi madre lleva siete años muerta, así que no creo que le importe. Los muertos no son demasiado exigentes respecto a las compañías que frecuentan. —Pretendía que fuera una observación frívola, pero se le emblanqueció el rostro, así que añadí a toda prisa —: Es una fiesta solo para mí, y creo que me gustaría estar acompañada.

En cualquier otro lugar de Londres, habría sido inaceptable que nos sentáramos solos, pero las normas del Reed and Rite son más flexibles, puesto que gran parte del vecindario debe acudir allí con

frecuencia. Se considera que es un territorio neutral. Nadie le daría importancia a que tomara el té con el señor Pierce. Creo que se lo expliqué de manera aproximada mientras El Inquilino deliberaba. Se sacó un trapo suave del bolsillo y envolvió la lente.

—En ese caso, acepto.

—Estupendo.

Nos acomodamos en un rincón, en mi mesa favorita, desde la que, alzando la vista, veíamos la calle.

—Al zapatero le gusta sentarse aquí, señor Pierce, para ver quién necesita zapatos nuevos. Se gana muy bien la vida. Sobre todo cuando las ventanas están limpias.

—Niall, por favor.

—¿Perdone?

Desvié la mirada hacia él.

Estaba sacudiendo la servilleta y colocándosela sobre el regazo sin mirarme cuando dijo:

—Niall. No hace falta que me llame señor Pierce. A todos los efectos, compartimos la custodia de un gato.

Entonces alzó la mirada. Puede que fuera por el traje gris que llevaba puesto o por la luz que entraba por la ventana, pero tenía los ojos muy... Bueno, eran como un relámpago. Contuve el aliento sin pretenderlo.

—Si mi informalidad la ofende, señorita Lion, le pido disculpas. He pasado gran parte de mi vida viajando y tengo poca paciencia con las formalidades. Llámeme señor Pierce si lo prefiere.

—Niall está bien.

El deje irlandés de mi padre salió a relucir cuando pronuncié su nombre.

Y sentí curiosidad por saber cómo sonaría si él pronunciara el mío. Cuando estaba a punto de darle permiso para hacerlo, nos sirvieron el té y los pasteles y el momento se desvaneció.

Al principio, se hizo el silencio. Algo inusual. Hablo mucho cuando estoy nerviosa. Pero él permanecía callado y pensativo, observando la calle mientras se tomaba el té.

Aprecié la quietud, creo, por desconcertante que resultara.

—Es gracioso, lo que ha dicho sobre el zapatero —comentó después de que nos rellenaran la tetera. Su voz grave untó las palabras de manera uniforme, como la mermelada en una rebanada de pan—. Me siento como si me hubiera mudado a un libro de cuentos.

—Ni yo misma podría haberlo expresado mejor. La descripción perfecta de St. Crispian's. —Luego, dado que Niall había roto el silencio, le pregunté—: ¿Su lente estaba en buen estado?

—Sí. Quienquiera que la encontrase la ha cuidado mucho.

—El libro de registro dice que la encontró el señor Garret. Es platero de profesión, así que sabe cuidar las cosas. ¿Para qué sirve la lente?

—Pertenece a una de mis cámaras de campo. Soy fotógrafo.

—Qué interesante. ¿Qué captura?

Se recostó en la silla como si fuera una pared contra la que lo hubiera acorralado.

—Me dedicaré a los retratos mientras esté en Londres, pero durante mucho tiempo mi tema ha sido otro.

—¿Puedo preguntar cuál?

—La guerra.

El tenedor se me resbaló de los dedos ridículamente. Y repiqueteó contra el plato.

Una sombra le titiló en el gris de los ojos.

—Perdone si la he asustado.

—No, no. No me malinterprete. Solo se me ha caído el tenedor.

Mientras jugueteaba con la servilleta, miré por la ventana y me

vinieron a la cabeza las absurdas palabras que El Romano le había dicho a Agnes. «Un hombre de guerra viene a esta casa».

—¿A quién ha perdido, señorita Lion?

—Emma, por favor. Si debo llamarle Niall. —Entonces caí en la cuenta de lo que había dicho. Lo miré a los ojos—. ¿Qué me ha preguntado?

—Mi trabajo consiste en capturar la pérdida y la devastación. Veo cuándo se ha producido una o ambas. —Entonces esbozó una mueca que no estoy acostumbrada a ver: el reconocimiento sincero de un paso en falso. Sin ninguna fachada entrenada y atemperada que ocultara sus pensamientos internos—. No quiero presionarla. Una vez más, lo siento.

Y, por la forma en la que se reacomodó en su asiento, mirando primero hacia abajo y luego hacia otro lado, fue como si se estuviera disculpando por el mero hecho de existir.

—Fue en Afganistán —dije—. Hace tres años.

Y se quedó quieto. A la espera.

—¿Estuvo usted allí? —pregunté, y que me aspen si mis palabras no terminaron en un tono agudo y cayeron temblando sobre la mesa que nos separaba.

Emma M. Lion no tiembla en público. Y, sin embargo, allí estaba. Perdiendo la compostura en un rincón del Reed and Rite con un cuasidesconocido.

Todavía no puedo pensar en ello sin querer arrancarme la piel.

Con un movimiento tan rápido que fue prácticamente imperceptible, me tendió su pañuelo..., por si la voz temblorosa desembocaba en cosas menos deseables.

—Gracias —dije mientras me recomponía y reunía el valor necesario para mirarlo a la cara. Mi intento de sonrisa me produjo la misma sensación que un paso inestable—. Pensaré que carezco por completo de modales por hablar de estas cosas. Reconozco que voy

en contra de la mayoría de las normas sociales, pero no hago manifestaciones públicas de sentimientos, al menos no de los que se expresan con lágrimas. Ya me han acusado antes de lanzar una tetera, como sin duda no tardarán en contarle.

Cambió de posición; apoyó el codo en el brazo de la silla y posó la barbilla en la palma de la mano en un solo movimiento. No tenía aspecto de viejo, pero sí de agotado.

—Pensé que carecía por completo de modales cuando respondió a mi nota a través de la pared. Eso no significa que lo desaprobaba.

Me reí. Y las nubes que, sin que me diera cuenta, habían oscurecido la calle al otro lado de la ventana se abrieron y dejaron que la luz del sol se derramara sobre los utensilios para el té que había entre nosotros. Por mucho que aquel té No Fuera Aceptable en circunstancias educadas, fue un momento muy cálido y humano.

—¿Era un hermano? —preguntó.

—Un amigo —respondí, y detesté lo vacía que la palabra «amigo» podía sonar cuando intentaba abarcar algo mucho más profundo—. No es algo de lo que suele hablar.

—Yo no hablo de la mayoría de las cosas, pero he descubierto que se debería hablar de la guerra. Incluso diría que *hay* que hablar de ella.

—¿Por qué? —pregunté, poniéndolo en duda—. ¿Por qué hablar de ella cuando es tan dolorosa, tan cruel?

—Para que podamos ponerle fin.

—¿Acaso hablar pone fin a algo?

Y lo que apenas era capaz de confesarme a mí misma era que temía que, si hablaba de Maxwell, si pronunciaba su nombre en voz alta, él me abandonara. Que dejase de invadir mis sueños. Que no volviera a aparecerse en los movimientos de quienes veía por las calles.

Sin embargo, me sorprendí diciendo:

—Fue en la batalla de Maiwand.

El señor Pierce hizo una mueca de dolor.

—¿Sirvió bajo las órdenes de Barrows, entonces?

—Sí, eso creo. ¿Sacó fotos de aquella guerra?

La esperanza y el miedo me formaron un nudo en el estómago.

—Estuve allí durante la batalla de Kandahar, pero es posible que mi amigo John Burke tenga alguna imagen de Maiwand...

Empleó un tono de invitación cautelosa. Una invitación que yo no deseaba.

—Es tarde. Creo que debo volver a casa —fue mi respuesta.

—Por supuesto.

Se levantó, esperó a que yo hiciera lo mismo y echó a caminar detrás de mí cuando me dirigí hacia la puerta. Una vez en la calle, comenzamos a subir por Whereabouts Lane. Se me había medio olvidado que tendríamos que volver a la misma casa.

Me até la lengua con firmeza al fondo de la boca y no dije ni una palabra. Él tampoco.

Caminábamos a paso lento. No resultaba incómodo.

Al menos no mucho.

Cuando llegamos a nuestras respectivas puertas azules, sonreí cuando me dijo:

—Gracias por invitarme a tomar el té, señorita Lion.

—Emma —lo corregí.

Él apartó la vista al decir:

—Creo que no. Me he tomado demasiadas libertades con usted, como si fuéramos coetáneos intercambiando historias bélicas. Le pido disculpas, señorita Lion. No estamos acampados en un campo de batalla en Afganistán o Sudáfrica. —Volvió a posar la mirada en mí—. Estamos en Londres, y los caballeros no se permiten tales informalidades con las jóvenes. Ha sido una gran irresponsabilidad

por mi parte. Perdóneme por haberla puesto en una situación comprometida.

Vaya.

—Dice el caballero que intercambia notas a través de una pared —contesté.

—Eficaz para los asuntos necesarios. —Una sonrisa complicada le cruzó el rostro—. Los secretos solo comprometen si salen a la luz.

—Esa no es una filosofía sensata.

Él lo reconoció con una inclinación de la cabeza, pero se limitó a responder:

—Buenas tardes, señorita Lion.

Y subió las escaleras y entró en Lapis Lazuli Minor antes de que yo también pudiera desearle las buenas tardes.

Existe la insidiosa posibilidad de que mi madre no hubiera aprobado su té de cumpleaños.

20 de mayo

Hoy he ido a la iglesia y no he oído ni una sola palabra.

Al salir, volví a casa e intenté leer, primero a Isaías y luego *Como gustéis*. Cabría suponer que, entre la Biblia y Shakespeare, una encontraría algo que captara su atención. No conseguí pasar de la primera página de ninguno de los dos.

Abrí mi diario y releí la entrada que escribí anoche.

Me inquieta. En parte, porque no parecía del todo yo misma. Y, en parte, porque me pregunto si este señor Niall Pierce me hace sentir que puedo abrir una puerta que suelo mantener bien cerrada, incluso para mí.

En un intento por levantar el ánimo, le envié a Mary una nota con diez observaciones absurdas.

Dos eran a propósito de Teobaldo.

Tres eran a propósito de cosas que ha dicho la madre de Agnes.

Cuatro eran a propósito de las idas y venidas por Whereabouts Lane tal como se entienden desde mi buhardilla.

Y la última era un comentario sobre el horario a todas luces predecible y corriente de El Inquilino, también conocido como señor Pierce, pues el uso de Niall ha quedado Firmemente Revocado.

Considerando que es domingo, tuve que esperar hasta que vi a Toff corriendo Whereabouts arriba para llamarlo a gritos por la ventana y rogarle que entregara mi misiva.

En ese momento, Teobaldo entró en la habitación por su acceso privado y me miró como si lo hubiera despertado de la siesta. Luego se apropió de mi cama para reanudar su descanso del Día del Señor.

Siento curiosidad por saber si sería capaz de reconocer un ratón si lo viera.

21 de mayo

—No has rendido a la altura de mis Expectativas. Esperaba que estuvieras en Mejor Forma, Emma. Puede que, a fin de cuentas, dejarte con Matilde fuera un error.

Desde luego.

—Es una lástima que esté decepcionada, tía.

Me miró con aire expectante, esperando una disculpa como un gato esperaría un pez. En lugar de ofrecérsela, bebí un sorbo de té.

Me habían mandado que acudiera directamente a Spencer House mediante una orden tajante escrita en papel color melocotón y había respondido a la convocatoria De Inmediato.

(Gran parte de mi premura tuvo que ver con que Agnes había quemado el desayuno, el primo Archibald estaba en la planta baja gritando acerca de todos los agravios imaginables —oí mencionar mi nombre no menos de cinco veces— y Parian no aparecía por ninguna parte).

—Has asistido a un té, a una cena y a una velada de cartas. Todo ello con días de preparación entre medias. —Agitó la mano mientras decía esto, como si hubiera dedicado mi tiempo a encerrarme en la buhardilla y estudiar las listas de invitados—. ¿Y qué he obtenido de todo ello? Fuiste grosera con Victoria Braithwaite. Te reíste A Carcajadas de algo que te dijo Roland Sutherland y Steward de Preiss te encontró encantadora.

—¿Es un delito ser agradable?

—Steward de Preiss está en la Lista de hombres que se enamorarán Con Locura de Arabella. Por supuesto, jamás consentiría que se Casara con ella, pero deseo que toda su atención sea para mí. O, mejor dicho, para Arabella. Cuando vuelvas a verlo, te ordeno

que hagas que eso suceda. Bien, vendrás a tomar el té mañana, el miércoles y el jueves.

—¿Tres téseguidos, tía? ¿No parecerá un poco desesperado cuando se corrala voz?

Lanzó una mirada asesina en mi dirección.

—El primer té es solo con Arabella y conmigo. El segundo es con mi amiga Viviana y su hermano, un soltero adinerado y bien educado con tres heredades en el campo, una casa en Belgravia y aversión hacia los perros y los niños. Él cree que es incurable en su soltería. Ya lo veremos. El tercero incluye una Cena Ligera con Amigos Selectos. Ninguno de ellos es un Marido Potencial para Arabella, pero todos están relacionados con uno. Si no ves la diferencia entre unos y otros, no me queda ninguna esperanza para ti.

Sonreí.

—Que aún conserve alguna es un pequeño milagro.

—Solo un milagro me impide lanzarte al Támesis con mis propias manos, querida. La *crème de la crème* es el Baile de Salisbury este viernes. Por fortuna, tu principal tarea será Flotar. Debes causar Poco o Ningún impacto. Quiero que la gente piense en ti como... —levantó la vista en busca de inspiración— un insecto en una ventana. Modesta, casi invisible, algo que la gente percibe, pero en lo que no se detiene. Bailarás una vez, quizá dos. No más. A lo largo de los tres bailes siguientes, te irás convirtiendo Gradualmente en una Presencia hasta que se te vea Conmigo, y no solo merodeando a mi lado con disposición obediente. Todo esto es para que te integres en tal compañía con facilidad, de modo que verte no sea nada Especial cuando necesite que Maniobres. ¿Debo suponer que serás capaz de hacerlo?

Tras abrir y cerrar la boca varias veces, me las ingeníé para decir:

—Un insecto en la ventana seré, tía.

Recordé el consejo del señor Penury y estuve a punto de preguntarle cuánto iba a pagarme por cada aparición. Reconociendo, no obstante, que iba vestida con su caridad, no lo hice.

Más tarde

Me estaba preparando para acostarme cuando me llegó una nota a través de la pared.

LE COMUNICO QUE TEOBALDO HA CAZADO UN RATÓN.

Su noticia resulta ser el principal triunfo de mi día.

SIN ÁNIMO DE INJURIAR A NADIE, ME PREGUNTO: ¿CÓMO ES POSIBLE QUE ESO SEA EL TRIUNFO DE TODO UN DÍA?

Té con mi tía, lady Eugenia Spencer, en el que se me ha instruido acerca de cómo comportarme en público; a saber, como un discreto insecto en la ventana.

RETIRO MI PREGUNTA ANTERIOR.

22 de mayo

Esta mañana me ha despertado una lluvia abundante. El ruido que hacía, para ser más precisa. Al abrir los ojos, reconocí ante mí misma y ante el mundo que estaba despierta. Me envolví en el chal de mi madre, me acerqué a la ventana y me acurruqué en el asiento. Había una luz fría y azul, y las hojas nuevas de los árboles languidecían bajo el ataque acuoso. Un torrente ininterrumpido de agua de lluvia bajaba por la calle siguiendo su curso, lo cual me recordó a cuando era pequeña y mi padre me hacía barcos en los días lluviosos. Caminábamos hasta la parte más alta de Whereabouts, los poníamos en marcha y los perseguíamos hasta King Henry's Road.

Con la frente apoyada en el cristal, estaba empezando a adormilarme cuando vi dos figuras que se acercaban desde el otro extremo de la calle, inmunes a la lluvia. Una era mi propio Inquilino, el señor Pierce. La otra, un hombre al que no recuerdo haber visto antes. El pelo de un rojo intenso, el ceño aún más fruncido que el del señor Pierce, ligeramente más bajo que El Inquilino, pero de movimientos fuertes. Solo había dos cosas fuera de lo común y, ahora que lo pienso mientras lo registro, podría suponerse que he visto a un pirata. El hombre tenía un parche en un ojo y lo que parecía ser una pierna de madera de la rodilla para abajo en el lado izquierdo. Al principio no estaba segura, pero el viento sopló y allí había un palo en lugar de una pierna de verdad.

Considerándolo una especie de presagio y tomándomelo como uno de los buenos, me aparté de la ventana y afronté el día; me vestí, escribí unas cuantas cartas y ahora me estoy preparando para el té.

Más tarde

El té. Fatigoso. Debo descansar. Pero antes anoto varios Comentarios Escogidos hechos por tía Eugenia.

«Esa expresión vacía está bien si estás hablando con el conde de Halton, Emma, pero, si se trata de lord Newbury, espero Reverencia».

«Muéstrame tu sonrisa de lady Ashburton. Bien. Ahora muéstrame tu sonrisa de lady Ashfellow. Necesita una pizca más de trabajo. Muéstrame tu sonrisa de lady Ashton. Impresionante. Bien, ya casi hemos terminado con las aes».

«Recuerda carraspear. Sí. (Silencio. Sonido extraño). Así. Ahora hazlo tú. Lord Stringham siempre prestará más atención si cree que vas a atragantarte. Es un buen hombre».

«Soy lord Tavish, Emma. ¿Cómo posarías tu mano en mi brazo? No, no, no. ¿Me tomas por el señor Winters? ¡Lord Tavish! ¡Soy lord Tavish!».

«Mañana debes ser experta en cartografía y en guisantes de olor. George West no hablará de otra cosa».

Mientras tanto, Arabella se reía de mis padecimientos al fondo.
Lloro.

Más tarde

Hace solo un momento, he oído a El Inquilino entrar en su desván. Le he enviado lo siguiente:

¿Conoce algún dato insólito sobre cartografía capaz de captar la atención de un hombre cuyo único interés aparte de ese son los guisantes de olor?

¿DEBO SUPONER QUE ES UNA PREGUNTA SERIA?

Lo es.

EL MAPAMUNDI DE HEREFORD ESTÁ ORIENTADO HACIA EL ESTE. ¿QUIZÁ UN COMENTARIO SOBRE LA TRASCENDENCIA DE ESTO? SI ES UN AFICIONADO AL TEMA, CUALQUIER EMPLEO DE LA PALABRA «MAPAMUNDI» DEBERÍA OBRAR A SU FAVOR.

Luego, me envió otra:

NADA MÁS LEJOS DE MI INTENCIÓN QUE ENTROMETERME EN SUS ASUNTOS PERSONALES, PERO ¿ESTÁ SEGURA DE QUE SE TRATA DE UN HOMBRE AL QUE DESEA IMPRESIONAR?

Me eché a reír.

Es pudiente, tiene una buena cantidad invertida en fondos públicos, tres heredades en el campo y se pasaría la vida consumido por la cartografía y los guisantes de olor, de modo que se le considera un buen partido. Oh, desventura, no para mí, sino para mi prima, una realidad que acepto plenamente.

UTILICE LA PALABRA «TEORÍA» SI PUEDE. LOS HOMBRES QUE

*CREEN SABER MUCHO ENCUENTRAN SATISFACCIÓN EN ESE
TÉRMINO.*

LO POQUÍSIMO QUE SÉ DE SU VIDA ME AGOTA.

23 de mayo

Hoy ha sido el segundo té en el plan de tía Eugenia.

Llegué temprano, ataviada con mi vestido azul verdoso. Tía Eugenia se sorbió la nariz en señal de aprobación. Las tres nos sentamos de tal manera que, cuando la amiga de mi tía, Viviana West, y su hermano menor, George, entraran, resultase natural que Viviana se acomodara junto a tía Eugenia, mientras que George debía sentarse a mi lado. Arabella estaba frente a nosotras, y la luz de la ventana creaba un halo de belleza a su alrededor.

Una diosa separada del resto.

—No debes asustarlo, Emma. Casi nunca habla con mujeres. Debes inspirarle, Inspirarle, una falsa sensación de seguridad. Un sentimiento de hermandad, por así decirlo. Hacerle creer que contigo está a salvo.

Y así fue como me encontré sentada al lado de un hombre que parecía una cochinilla de la humedad. Tenía la cabeza muy... redonda. Era de trato reservado y, al mismo tiempo, distraído, de esos que dan la impresión de tener mucho en lo que pensar y de contentarse con dedicar su tiempo a tal ocupación.

—Lord West —dije casi en un susurro—. Quizá podría ayudarnos a Arabella y a mí a hallar la respuesta a una pregunta. ¿Lord West? ¡Lord West!

Sus ojos vidriosos, dos platos de un azul anodino, por fin encontraron el camino hacia mi rostro.

—Lord West, ahí está. Arabella me preguntó justo el otro día si el hecho de que el *Mapamundi de Hereford* esté orientado hacia el este tiene algún significado especial.

Las palabras tardaron lo que me pareció media hora en llegarle al

cerebro, pero, cuando lo hicieron, abrió aún más los ojos, si es que eso era posible.

—¿El *Mapamundi de Hereford*?

—Sí, el simbolismo de su orientación. ¿Tiene alguna opinión o *Teoría* al respecto?

Al oír la palabra, enderezó la espalda.

—De hecho, tengo una teoría, pero, en primer lugar, señala a Claudio Ptolomeo.

—Arabella. —Sonreí a mi prima, levanté la mano hacia ella y guie la mirada de mi interlocutor—. ¿Has oído? ¡Lord West tiene una Teoría que incluye a Ptolomeo! ¿No me dijiste algo sobre él el otro día?

Y, por fin, lord West elevó la mirada hacia la elegante ninfa sentada en su halo de luz. Arabella estaba recostada en la silla y alzó la mano con languidez.

—Sí, mencioné algo acerca de Ptolomeo.

—Cuando estábamos disponiendo las flores el otro día —añadí—. Tía Eugenia quería rosas, pero le diré, lord West, que Arabella solo quería guisantes de olor. Son más... Oh, ¿cómo lo expresarías tú, Arabella? Se te da tan bien el lenguaje...

Los labios de Arabella formaron el encantamiento de una sola palabra.

—Frescos.

—Frescos. Eso es. —Volví a centrar mi atención en el pobre George West—. ¿No le parece que es posible que sean las flores más frescas?

Lord West, embelesado ante una diosa que había hablado no solo de Ptolomeo, sino también de los guisantes de olor, mostraba una expresión de absoluta perplejidad. Lo interpreté como una señal de que estaba sopesando una Nueva Idea. Después de hablar —muy despacio y con gran detalle— sobre su Teoría de la orientación del

Mapamundi de Hereford, su hermana anunció que era hora de marcharse. El hombre se puso en pie, miró una vez más a Arabella, que para entonces estaba entretenida concentrándose en sus propias meditaciones, y salió de la habitación sin despedirse de nadie.

Tía Eugenia se volvió hacia mí en cuanto se cerró la puerta.

—Emma. ¡Emma!

—¿Sí?

—Has superado Todas las Expectativas. Nunca había visto a George West tan cautivado por Alguien como lo estaba por Arabella.

—Válgame Dios.

Y mi preocupación era genuina.

La risa perezosa de mi prima me llegó desde el otro lado de la habitación.

—Estaba totalmente desconcertado. Tardará tres días en entender lo que ha sucedido. Bravo, Emma. Has hecho muy bien tu trabajo.

—¿Y ese es el tipo de hombre con el que esperas casarte? —dije con cierta mordacidad después de que tía Eugenia se marchara de la habitación con aire triunfal—. ¿Un hombre chinchilla con Teorías?

Arabella se encogió de hombros sin inmutarse.

—Podría hacer lo que me apeteciera. Es un buen trato.

—Un buen trato que incluye conversaciones penosas, por no hablar de las expectativas de que le des hijos.

Con una picardía que su madre no aprobaría, Arabella cerró los ojos y dijo:

—Mi querida Emma, ese hombre estudia los patrones reproductivos del guisante de olor. Dudo bastante que entienda un proceso más complicado.

Debo reconocer que me sonrojé.

—Bueno, esperemos que piense que solo tenéis que sentaros juntos en una habitación para germinar, por tu bien —respondí.

Ante lo cual Arabella se echó a reír.

24 de mayo

Charles Goddard estaba en la Cena Ligera.

Es el hijo de la Querida Amiga de tía Eugenia, Cynthia Goddard, y, pese a todos mis esfuerzos por pensar como lo haría un insecto, se apegó muchísimo a mí. Fue muy entomológico.

Nos habíamos visto en dos ocasiones anteriores. La primera, cuando éramos niños, teníamos la misma altura. La segunda, tuve que echar la cabeza hacia atrás para poder verle la cara. Es imposible atisbar lo que tiene por encima del cuello, puesto que es Muy Muy Alto.

Bien por suerte, bien por desgracia, su altura no llegó acompañada de una musculatura digna de mención. Larguirucho como el mástil de una bandera y casi igual de patriota, quiso hablar conmigo sobre el Triunfo del Imperio Británico durante nada menos que veinte minutos. Le hice un gesto de impotencia a tía Eugenia, suponiendo que, si iba a ser un insecto en la ventana durante el baile, debía empezar a practicar ya, pero no pareció mostrar objeción alguna respecto a que el hombre se hubiera fijado en mí.

Arabella, consciente de mi situación, se limitó a mirarnos con elegancia y a sonreír mientras cautivaba con facilidad al resto de los invitados.

Al final, diría que ha sido una cena bastante pesada.

Más tarde

Al volver a casa, abrí de par en par mi ventana y media y busqué refugio en el Shakespeare de mi padre. En lugar de leer, como pretendía, me descubrí pasando las páginas y estudiando todas y

cada una de las ilustraciones pintadas a mano. Cansada como estaba, al darme cuenta de que anoche —siendo día 23— había olvidado encender una vela por mi padre, me vencieron las emociones. Y, cuando Agnes me subió un té, tuve que girar la cara hacia el cristal y secarme unas cuantas lágrimas antes de que entrara.

—He pensado que a lo mejor le apetecía una taza de té, señorita Lion, con estas galletas con mermelada de frambuesa que he hecho.

—Gracias, Agnes.

Dejó la bandeja sobre el escritorio y miró hacia la pared del desván.

—¿Lo oye, señorita?

—¿Te refieres al señor Pierce?

Asintió con la cabeza.

—Un poco.

Se estremeció.

—No me importa —añadí—. A veces, por extraño que parezca, resulta reconfortante.

Con los ojos como platos, susurró:

—¿Es un «Hombre de Guerra», señorita?

—No exactamente, Agnes —le contesté también en un susurro—. No creo que tengas nada que temer, y tampoco oye lo que decimos, así que no hay necesidad de susurrar.

Se estremeció otra vez.

—Lo vi en la calle el otro día. Me saludó llevándose la mano al sombrero.

Cuando se quedó callada a la espera de una reacción, dije:

—Ah, ¿sí?

—¿Cree que ahora estoy maldita con la maldición de la guerra?

Me eché a reír y la melancolía que había ido apoderándose de mí

salió volando por la ventana para escapar de los disparates de Agnes.

—No, Agnes, no creo que ahora estés maldita con la maldición de la guerra.

25 de mayo

El Baile de Salisbury ha sido un éxito en casi todos los sentidos. A mí no me ha impresionado tanto, pero no por falta de comprensión en cuanto a la planificación y el gasto que ha supuesto una velada así. Oh, no. Eso lo he visto con absoluta claridad. Se ha debido más bien a que Charles Goddard también ha asistido.

Sigue siendo extraordinariamente alto.

Una habría esperado que el problema se hubiera corregido.

Lo peor no ha sido que merodeara en torno a mi persona. Ha sido que bailamos no una, sino dos veces. Mi cuota de toda la velada si quería seguir siendo un insecto de la clase más humilde.

—Ah, Emma —me dijo tía Eugenia la única vez que me habló—, veo que has hecho una conquista. Mi amiga Cynthia Goddard siempre es bienvenida en el Primer Salón. Apruebo que frecuentes la compañía de Charles. A pesar de que bailar con él dos veces resulta Descarado cuando quiero que pases Lo Más Desapercibida Posible.

Le mencioné que, más que su compañía, frecuentaba la de su chaleco, y ella, sonriendo para no fruncir el rostro en público, me dijo que no fuera ridícula.

La música era muy buena. Aunque tampoco es que nadie lo notara.

Los bailes son divertidos justo por eso. Todo el mundo comenta los vestidos, el gentío, las damas, los caballeros. Nadie menciona la música jamás. Bien, pues a mí me gusta la música. Disfruto buscando un rincón oculto tras una palmera y escuchando a los músicos tocar un hermoso vals. Y, cuando una jirafa altísima de proporciones extremas descubre tu escondite, siempre hay una biblioteca a la que hacerle compañía. Como fue el caso anoche.

Con la ayuda de un complaciente lacayo, me escondí de Charles

Goddard en la biblioteca y abrí el primer libro que saqué de la estantería. Plinio. El Viejo, no el Joven. Como no había leído a ninguno de los dos, decidí que el Viejo era un punto de partida prudente.

Tras acomodarme en el asiento de una ventana, me percaté de que las cortinas de la biblioteca hacían juego con mis ojos, lo cual me distrajo y me llevó a imaginarme como la encantadora protagonista de un cuadro. Chica Leyendo Junto a la Ventana. El artista, un joven, quedaría encandilado por el resplandor de mi vestido a la luz de las velas. Levantaría la vista, con el pincel suspendido sobre el lienzo.

Como es lógico, me serené y volví al romano que estaba a mi alcance.

Apenas había leído dos párrafos cuando la puerta de la biblioteca se abrió. Pero no se abrió sin más, se ABRIÓ como si anunciara que a quienquiera que fuese a entrar había que considerarlo en mayúsculas. Cuando levanté la vista, vi a un hombre que cerraba la puerta a su espalda, se sacaba el reloj de bolsillo del chaleco, miraba la hora y luego se pasaba la mano por su atractivo rostro como si estuviera exhausto. Fue la muestra de agotamiento social más elegante que haya presenciado en la vida.

No me cupo duda sobre su identidad. Aunque no lo había visto nunca tan de cerca, me resultó obvio que estaba mirando al duque de Islington, un convecino de St. Crispian's. Por desgracia, fue en medio de mi indiscreta mirada cuando él reparó en mí.

Me puse en pie de forma abrupta y, con el libro aún abierto ante mí, dio la sensación de que estuviera preparando una clase y él fuese mi alumno.

—Ah —fue lo único que dijo.

«Ah».

No fue un sonido de consternación, tampoco de complacencia; no

fue más que una forma de decir: «Veo que la habitación está ocupada».

Yo no dije nada.

Es más joven de lo que pensaba. Llevaba el pelo, oscuro, peinado hacia atrás y no apartaba los ojos color avellana de mi persona. Reconozco que la limitada visión que tenía de él cuando era niña me había convencido de que llevaba toda la vida rondando los cuarenta y cinco, pero, desde mi nueva perspectiva, a la grandiosa edad de veinte años, me doy cuenta de que no debe de tener muchos más de treinta. Quizá justo treinta.

Si no recuerdo mal, es posible que comprara uno de los cuadros de mi padre.

Las arrugas de alrededor de los ojos se le acentuaron mientras observaba el libro abierto, como si quisiera preguntarme qué se me había ocurrido ponerme a leer a aquellas horas de la noche.

—Plinio —dije en voz alta.

Su rostro manifestó una leve sorpresa, lo cual debió de ser el catalizador para que me explayara:

—Plinio el Viejo, quiero decir, el amigo del emperador Vespasiano.

—Jamás se me habría ocurrido que alguien quisiera esconderse en una biblioteca durante un baile por Plinio el Joven —respondió él.

—No estaba a la altura de su padre como compañía.

El duque le echó otro vistazo a su reloj de bolsillo y se lo guardó al mismo tiempo que decía:

—En realidad, Plinio el Joven era su sobrino. Creo.

Su última palabra tenía como intención hacerme sentir menos tonta. Creo.

Cerré el libro de golpe y farfullé:

—Qué desperdicio de educación.

El duque de Islington, sorprendido por mis palabras, estuvo a

punto de reírse, que es lo que supongo que hace un duque cuando parece divertirse. Luego dijo:

—Como casi todas las educaciones.

—No la que imparte la señorita Prim.

Y ambos nos quedamos inmóviles como piedras durante varios tictacs del reloj de la biblioteca, hasta que él respondió:

—No tengo ni idea de qué significa eso.

—Lo trágico es que yo tampoco. —Respiré hondo y dejé a Plinio el Viejo sobre la mesa—. Estoy comenzando mi propio *grand tour* —declaré, como si le interesara saberlo—. Es decir, me estoy educando para contradecir la educación que ya he pagado.

—Y por eso está en la biblioteca en lugar de en el salón de baile.

—No tengo muchos libros propios. Se vendieron.

A qué humillaciones me someto. Jamás sabré por qué sentí la necesidad de explicar mi situación.

Benditos sean los excelentes modales que se le imponen a la nobleza, pues el duque de St. Crispian's respondió con naturalidad:

—Entonces ha tomado una decisión inteligente al retirarse aquí. Ahora, si me disculpa, debo volver con las masas ineducadas.

—Plinio le desea lo mejor —contesté.

—Plinio está demasiado interesado en los fenómenos naturales como para preocuparse por mis entretenimientos nocturnos.

Resoplé.

—Su escuela le enseñó mucho más que bordado.

Sonriendo a modo de respuesta, se marchó.

26 de mayo

Dentro de cien años, la gente leerá que nos pasábamos media noche en vela como tontos, bailando en salones abarrotados, y pensará que estábamos locos. Y, de algún modo, alguien encontrará este diario y verá que sabíamos que era abominablemente estúpido despertarnos con un martilleo en la cabeza y los pies doloridos.

Qué sociedad tan bárbara somos.

27 de mayo

Hoy, cuando he ido a la iglesia, tenía mi canica de la buena-mala suerte en el bolsillo del abrigo. Ahora ha desaparecido y temo que quizá se me haya caído en el banco.

Es algo que siempre llevo encima cuando siento que he tenido una racha de suerte sospechosa. Fue Maxwell quien me la regaló, y tiene la extraordinaria capacidad de cambiar el rumbo de la suerte en cualquier dirección. Suelo dejarla guardada en una caja, pues tentar al destino es peligroso para una joven de poca fortuna. Sin embargo, mi conversación con el señor Pierce no solo me ha hecho pensar mucho en Maxwell, sino que, además, el desafortunado encuentro con el duque no augura nada bueno. Parece que las cosas se le están poniendo delicadas a Emma M. Lion.

Sé que la señora First siempre revisa los bancos y deja cualquier objeto aleatorio que encuentre en una cesta junto a la puerta, así que espero poder recuperarla dentro de uno o dos días y que todo vaya bien. Las afortunadas fuerzas de una canica de la buena-mala suerte deberían beneficiarse de pasar unas cuantas noches en la iglesia, así que no interfiero.

28 de mayo

El primo Archibald ha abandonado hoy su confinamiento autoimpuesto.

Nos reunimos, con cita previa, en el salón de recibir.

—Me he recuperado casi por completo de mi terrible calvario. Necesitaré mucho caldo de ternera antes de que todo esté, por fin, bien —dijo.

—Me alegra saberlo —repuse—. Bien, primo, tenemos que hablar del estipendio de Parian. —Los labios de Archibald formaron la habitual mueca de desprecio, pero yo endurecí la expresión—. Si va a quedarse, hay que reducirle el salario para que podamos pagarle a Agnes todo el trabajo que hace.

—¡Parian es un recurso inestimable para Lapis Lazuli House!

Por desgracia, el hombre eligió ese momento tan propicio para entrar en el salón con una tartaleta de crema a medio comer —el relleno le chorreaba por la barbilla— y una botella de vino abierta. Al vernos, abrió mucho los ojos. La retirada fue rápida.

Desvié la mirada hacia el rostro del primo Archibald. Las mejillas se le habían teñido de un rubor avergonzado.

—Tal vez deba tener un gesto de buena voluntad para con Agnes. Es cierto que hace unas tartaletas de crema pasables. ¿Cuál es su salario actual?

—Dos libras al año —respondí.

—¿Y el de Parian? —preguntó.

Solté una exhalación por la nariz para enfatizar la injusticia.

—Treinta libras al año.

—Démosle cuatro libras a Agnes, así los igualamos un poco.

—Diecisiete.

Archibald se quedó horrorizado.

—Pero ideo solo le dejaría quince libras a Parian! ¿Cómo va a vivir así un hombre?

—Primo Archibald, Parian es un parásito y gana un buen salario por serlo. Agnes trabaja hasta quedarse sin fuerzas todas las noches. Estoy siendo generosa al no exigir que todo vaya a parar a Agnes y que pongamos a Parian de patitas en la calle. ¿Quién te organizaría entonces los batines?

Los batines, al parecer, fueron los que me aseguraron la victoria.

Jaque mate.

—Haz lo que consideres, ahora que has derribado el orden de esta casa. ¿Hemos terminado ya?

—Sí. Por ahora —dije.

Mientras subía las escaleras, el primo Archibald gritó:

—Desde que el Parlamento aprobó la Ley de Propiedad de las Mujeres Casadas el año pasado, el mundo entero se está yendo al traste!

¡Vaya!

29 de mayo

Emma:

Mañana por la noche asistiremos a una cena Exclusiva, seguida de conversación y cartas. Asistirás con Arabella y conmigo. Te mostrarás educada y encantadora. No expresarás tus opiniones sobre política, religión o la vida en general. Sonreirás. Jugarás a las cartas cuando te lo ofrezcan. Perderás si te hago un gesto para que pierdas.

Tu tía

30 de mayo

No me encontraba bien cuando me desperté al amanecer y me costó levantarme y vestirme para empezar el día.

No obstante, me sobrepuse.

Salí de casa y subí a la cima de Primrose Hill.

No fue tanto para ejercitarme como para sentir que había logrado Algo Grande.

Al principio, estaba gris y las nubes bajas ocultaban cualquier tipo de vista, pero se oían muchos cantos de pájaros. Me senté en la hierba y escuché mientras contemplaba la luz del amanecer, que iba pasando del azul al rosa a medida que el sol reunía el valor necesario para disipar cuanta niebla pudiera.

Disfruto de la compañía, pero también disfruto de la soledad, del espacio para caminar, pensar y leer, por muy vaga que sea mi autoeducación en este momento. Disfruto de la libertad, supongo.

Y St. Crispian's ofrece todo esto. Tanto la familiaridad como el anonimato.

Ay, ahora me estoy poniendo introspectiva. La introspección siempre me lleva a la pequeña cuestión de la supervivencia. Un gran fastidio.

¿Tan imposible es vivir aquí, quedarme en el lugar y en la casa que amo?

No, digo yo. Nunca es imposible.

El camino se mostrará.

Solo desearía... sentirme más segura.

Ahora estoy en casa para dedicar el día a fingir que no tengo que asistir a una cena Exclusiva esta noche.

Más tarde

La cena ha sido exclusivamente estúpida.

31 de mayo

Esta tarde acababa de salir de la iglesia —con la recuperada canica de la buena-mala suerte a buen recaudo en el bolsillo— y estaba cruzando la calle hacia la Diagonal cuando vi que El Inquilino se acercaba a la misma esquina. Mientras avanzaba con su actitud oscura y byroniana, parecía más cómodo en St. Crispian's que consigo mismo. Al verme cruzar la calle, esperó.

Y tuve la sensación de prepararme para enfrentarme contra algo de lo que disfrutaría sobremanera. Como caminar contra el viento.

—Señorita Lion.

Su voz, como siempre, sonó como un trueno lejano.

—Señor Pierce —dije. A su lado, me sentí más pequeña de lo que suelo sentirme con la mayoría de la gente. Fiel a mi costumbre, expresé en voz alta una versión del pensamiento antes de haberlo pensado hasta el final, un hábito del que debo desprenderme—. Usted es, creo, la persona más alta de todas las que conozco, salvo una. Charles Goddard le saca al menos un palmo, pero él es desgarrado y poco atractivo, mientras que usted... no. Me refiero a que... Sí, bueno. Hoy la Diagonal está muy concurrida. ¿Va a casa? Yo también.

Echamos a andar y la medio sonrisa que esbozó mientras me miraba con los ojos entornados me resultó embarazosa y extrañamente agradable a la vez.

«Muérdete la lengua, Emma», me decía mi madre cuando era pequeña y decía algo del todo inapropiado.

Un consejo que debería haber seguido. Ay.

Empezamos a bajar por la Diagonal, y yo continué siendo un verdadero ejemplo de dignidad.

—¿Viene de una cita? —le pregunté.

—Estaba en The Cleopatra con un amigo.

Me entraron ganas de preguntarle si se trataba del amigo que parecía un pirata, pero mis buenos modales —si no mi buena naturaleza— prevalecieron.

—¿Y usted, señorita Lion? —prosiguió.

—Yo, ay, no estaba en The Cleopatra, sino en la iglesia. El domingo me dejé allí una canica de la buena-mala suerte y he ido a recuperarla.

—¿Una canica de la buena-mala suerte?

—Sí. Se me cayó del bolsillo.

Aunque supongo que perder una canica de la buena-mala suerte en una iglesia es poco habitual, no considero que llevarla en un bolsillo sea una rareza tal que justifique el arqueo de ambas cejas, acompañado de un único gesto de afirmación con la cabeza. Sin embargo, eso es justo lo que hizo el señor Pierce.

—¿Y esa canica de la buena-mala suerte cambia el curso de los acontecimientos a su favor o en su contra?

—Las dos cosas, pero ahora mismo estoy intentando que se decante a mi favor.

—Puede que el tiempo que ha pasado en la iglesia la ayude —dijo en tono sarcástico.

—Eso mismo pensé yo —respondí con una sonrisa que hacía frente a su mordaz diversión.

Interesante.

Seguimos caminando por la Diagonal en silencio hasta que, cuando nos acercamos a la esquina de Whereabouts, el señor Pierce dijo:

—¿Sería muy descortés por mi parte aceptar su invitación a cenar en persona, señorita Lion? Me ahorraría el tiempo de preparar una respuesta formal.

Invitación a cenar.

¿Mi invitación a cenar?

Me descubrió antes de que me diera tiempo a enmascarar mi confusión.

—Oh. Entiendo. Había dado por sentado que la invitación los incluía tanto a usted como al señor Flat.

Por supuesto que no me incluía, pensé.

—Estoy segura de que al señor Flat solo se le ha olvidado avisarme —respondí—. Allí estaré.

—En ese caso, ¿podría comunicarle a su..., eh..., al señor Flat que acepto con mucho gusto su invitación a cenar?

—Con mucho gusto.

Tenía una pregunta rondándole la cabeza, pues vi que iniciaba el esfuerzo de formularla y luego lo abortaba dos veces. Al final, inquirió:

—¿Cuál es exactamente el parentesco que guarda con el señor Flat?

—¡No de sangre, se lo aseguro! —Las palabras me brotaron de lo más profundo del alma antes de que me diera tiempo a detenerlas. Sentí la culpa de haber injuriado por insinuación al primo Archibald y me di cuenta de que aquello requería una explicación más detallada. Si van a injuriarlo a uno, que sea a la plena luz del día de más de una frase—. La tía de mi padre, en cuyo honor me pusieron el nombre, era la prometida del señor Flat. Murió tres semanas después de su boda.

—Qué tragedia.

—¿Eso cree? Es decir, sí. Sí, es una tragedia. Por supuesto. A menos que el prometido sea tonto de remate.

Y, así, he aprendido la verdad de que, lo que uno piensa, puede llegar a decirlo. Nunca consideré una gran tragedia que mi tía abuela se librara del melancólico estado de tener que vivir con Archibald

Flat durante mucho tiempo. ¿Puede que entonces él fuera un hombre distinto?

Puede.

—Pero la dueña de Lapis Lazuli House era ella —continuó—. Quería dejarle la casa a mi padre, así que, sin decírselo a su marido, la puso a su nombre antes de casarse, con el requerimiento de que, si el señor Flat le sobrevivía, se le permitiera quedarse tanto tiempo como deseara. Y así se hizo. Cuando su esposa murió de manera inesperada, Archibald Flat se quedó. Mi padre, mi madre y yo lo visitábamos cada mes de junio. Ahora que mis padres han fallecido, la casa ha pasado a ser mía.

—Un golpe de suerte para usted. —Un silencio, y luego—: Me refiero a lo de la casa, no a lo de sus padres.

—Exacto. Una casa preciosa que viene con un... un... Bueno, un primo Archibald. Jamás conocerá a una criatura más singular.

—Oh, no lo sé. Viví en Estados Unidos durante quince años.

Me reí.

Habíamos llegado a casa y, tras dedicarnos un gesto mutuo de despedida, nos separamos.

En cuanto entré, me dirigí sin perder ni un instante a las habitaciones del primo Archibald.

—¿Primo? ¡Primo Archibald! Tengo que hablar contigo.

No obtuve respuesta hasta mi tercer intento de hacerlo salir a golpes.

—¡No has concertado una cita! —gritó a través de la puerta.

—Sí, ya lo sé, pero acabo de hablar con nuestro vecino, el señor Pierce.

—¿Qué? ¡¿Qué, qué?!

La puerta se abrió de repente.

Allí estaba Archibald, con un batín rosa y verde y el pecho hinchado de una forma bastante imponente.

—¿Por qué has estado acosando a nuestro inquilino? ¿Quieres que se busque otro alojamiento?

Sentí que las cejas se me aplanaban en una sola línea.

—No estaba acosando al señor Pierce. Nos hemos encontrado en la calle por casualidad. Te lo aseguro, él no me considera la amenaza que, al parecer, tú piensas que soy.

Una mirada hosca hacia un lado, combinada con el gesto de llevarse la mano a La Cicatriz de la sien, fue la única respuesta que dio.

Yo, por mi parte, levanté mi propia sufrida mirada hacia los cielos. Sin duda, Dios se estaba riendo.

—El señor Pierce ha aceptado tu invitación a cenar con nosotros.

—A cenar conmigo —recalcó él.

Qué desastre.

—Con nosotros —exigí.

—Conmigo —insistió.

—Primo Archibald, si el hombre no está interesado en la moda, en los batines de seda o en cómo se fabrican los ladrillos, ¿de qué crees que vais a hablar durante dos horas?

Abrió la boca para refutar mis palabras, pero me di cuenta de que la realidad hacía mella en sus pensamientos. El pecho se le desinfló y apretó los labios mientras exhalaba por la nariz.

—¿Qué propones?

—Unirme a vosotros.

—Pero va a celebrarse en el comedor.

Como si hubiera una clara línea de demarcación entre el comedor y yo.

—Cierto. Ahora, recordemos que el comedor es mío por derecho legal. Igual que la comida que tomaremos. En la mayoría de las casas, eso es motivo de sobra para que una pueda entrar.

Archibald se pasó la mano por la cabeza y se alisó con aplomo su

ralo cabello gris.

—Supongo que podrías unirte.

—Gracias. ¿Qué noche?

—La del 7 de junio.

—Maravilloso. ¿Necesitas que haga algo?

—No —repuso de inmediato—. Aparte de actuar como anfitriona en todos los aspectos.

A pesar de las ganas que tenía de dar la conversación por zanjada, me obligué a preguntar:

—¿Significa eso que deseas que organice el menú con Agnes, que prepare la presentación con Parian y que me ocupe de cualquier otro detalle que pueda ser parte de una cena formal?

—¿Qué va a significar si no? —preguntó.

Luego, con toda la fuerza de su cuerpo, me cerró la puerta en las narices de una forma exquisita.

Vaya.

Me estremezco de veras al pensar en qué habría ocurrido si no hubiera descubierto esta cena cuando lo hice. El señor Pierce podría haber acabado irremediablemente tocado de la cabeza tras cenar a solas con Archibald.

Más tarde

Hace unas horas, mientras el señor Pierce y yo nos movíamos de un lado a otro por nuestras respectivas habitaciones, me llegó una nota a través de la pared. Aunque durante las primeras semanas me resultó extraño oír los ruidos de la vida de otra persona, noto que me he acostumbrado al consuelo de captar sus pasos en la escalera, al leve chirrido cuando abre la puerta de un armario o una ventana. Estos sonidos, que al principio me parecían estruendosos, ahora son

sosegados, como el runrún de fondo que sube desde la calle.
Disfruto de su cadencia.

Estoy divagando.

¿POR QUÉ LA BUHARDILLA?

Las casas de Londres suelen tenerlas.

*¿POR QUÉ, COMO PROPIETARIA DE ESTA CASA, RESIDE EN LA
BUHARDILLA?*

Me debatí entre asegurar que por preferencia y contar la verdad.
La sinceridad prevaleció.

Me desterraron.

¿FUE EL SEÑOR FLAT?

*Él argumentaría que fue el destino, pero sí, el señor Flat. ¿Por qué
reside usted en la buhardilla?*

*PORQUE TODAS LAS DEMÁS HABITACIONES SON DEL TAMAÑO
DE UN SELLO POSTAL.*

ADEMÁS, ME GUSTAN LAS VISTAS.

A mí también.

1 de junio

Mary me ha enviado una nota frenética esta mañana.

Ven a casa de la señorita Lamb a las seis de la tarde. ¡URGENTE!

Mi única obligación con tía Eugenia era un almuerzo, que resultó ser casi indoloro. Roland estaba allí con un primo suyo, así como un hermano y una hermana, los Hunt. Al señor Hunt lo sentaron frente a Arabella para que pudiera contemplar su gracia en todo su esplendor, mientras que a la hermana la pusieron entre Roland y yo. Este parecía bastante prendado de ella.

Una vez que los Hunt se marcharon, Roland se sentó a mi lado con despreocupación.

—Querida Emma, mi dulce némesis, la señorita Hunt ha mencionado que casi todas las mañanas sale a pasear en carruaje por Hyde Park. ¿Me acompañarías mañana hasta allí para hacer que parezca un soltero muy codiciado?

Ya parecía un soltero lo bastante codiciado por las dos sin tener que recurrir a nadie.

—Me han encomendado la tarea de hacer lo mismo por Arabella.

—Lo sé. He visto tu trabajo y eres muy buena. Haz lo mismo por mí mañana por la mañana y te llevaré al teatro.

—¿Qué están representando?

—Será *Romeo y Julieta* si no me ayudas —suspiró—. No tengo ni idea de qué se está representando. Está la ópera. Tengo un palco.

—Iré contigo al parque mañana a condición de que me traigas un libro que sea solo mío para que pueda escribir en los márgenes.

Su mirada serena consideró la propuesta.

—Veo que aún te escuece haber perdido nuestra última apuesta.

—Paseo o no paseo, Roland. Tú decides.

Se arrellanó en el sofá e hizo un gesto desdeñoso.

—De acuerdo, pero yo elegiré el título, tal como estipulamos la vez anterior. No, calla, Emma Lion. No me harás cambiar de opinión. Te traeré un libro que sea solo tuyo para que escribas en él todo lo que quieras a cambio de que le muestres mi mejor cara a la señorita Hunt.

No pude evitar sonreír.

—Todas tus caras son tu mejor cara, Roland.

Me lo agradeció concediéndome la gracia de una sonrisa.

—Estaré en Lapis Lazuli a las diez de la mañana.

Y así es como Emma trueca un bien por otro. El señor Penury estaría orgulloso.

Más tarde

A las seis de la tarde, tiré de la campanilla de la casa de huéspedes de la señorita Lamb. La propia Mary me abrió la puerta.

—¡Rápido! ¡A mi habitación! Están a punto de empezar a leer en la salita y no quiero que me atrapen. Ya tengo demasiadas virtudes.

Con una presteza monumental, subimos las escaleras y cerramos la puerta de Mary a nuestra espalda. Intercambiamos una mirada cómplice —una de las que perfeccionamos en Fortitude, escuela preparatoria para señoritas—, y luego me indicó que me sentara en su desgastada silla verde.

—Ha pasado algo horrible, Emma.

—¿Qué ha hecho Jack?

—¿Jack? No. Sigue sin aparecer, para gran disgusto mío. Me aburro como una ostra. No, no. Es mucho peor. Me lo comunicaron ayer mismo. Prepárate para lo peor.

Sus palabras hicieron que me diera un vuelco el corazón.

—Mary, ¿se trata de tu hermano?

—Cielos, no. —Soltó una carcajada—. Mi hermano no se preocupa en absoluto por mí. Que estuviera herido no sería lo peor.

—¿Entonces qué?!

—La señora Wade, de Fortitude, ha descubierto y confiscado los tres volúmenes de *Jane Eyre*.

Pude sentir que un crujido estruendoso me atravesaba el alma.

—¡No!

—Sí. Por lo visto, una alumna de tercero estaba enfadada con la actual Jane y lo reveló todo. La señora Wade tomó medidas inmediatas.

Me quedé sentada con la mano en el pecho durante lo que debieron de ser cinco minutos enteros. Era una idea desgarradora: Fortitude, escuela preparatoria para señoritas, sin Jane Eyre para brindar consuelo.

—Todos los nombres, Mary. ¡Todos los nombres escritos en la contraportada!

—Es una violación de lo más sagrado.

—¿Qué se puede hacer?

—Mañana enviaré cartas, pero primero quería preguntarte si, en caso de convocar un cóncave de todas las Janes, podríamos celebrar la reunión en Lapis Lazuli House.

—¡Por supuesto!

Mary se relajó físicamente.

—Me preocupaba que tu primo...

—Oh, ¡a paseo con el primo Archibald! Yo me encargaré de él.

—Sería una ayuda inestimable. Debemos salvar a las chicas de Fortitude.

Entre las alumnas de Fortitude, escuela preparatoria para señoritas, corre el rumor de que alguien introdujo una primera

edición de *Jane Eyre* de contrabando en los Dormitorios A. El libro estaba impreso en tres volúmenes, y la propietaria de dicho alijo pegó páginas adicionales en el último tomo para escribir el nombre de cada lectora. Comenzaron a llamarla Jane Eyre. Cuando llegó el momento de que abandonara la escuela, le confió los volúmenes a una chica más joven de los dormitorios y le dijo que ella sería la siguiente Jane. Y así se ha divulgado, leído y estudiado —con las páginas cada vez más finas y sucias— desde que llegó a la escuela en 1847. Leímos *Jane Eyre* hasta desgastarlo. Era maná en el desierto.

Ha habido trece Janes. Mary fue la undécima.

—¿Cómo lo lleva la decimotercera Jane? —pregunté.

—Como cabe imaginar —respondió Mary, y, abatida, se recostó contra el respaldo de la silla y estiró los pies—. Escribe que ha fallado a toda la orden. Ahora, los nombres de todas las lectoras están en manos de la señora Wade. A todas las chicas que aún asisten a la escuela y cuyo nombre aparece en el registro de lectoras las han azotado.

—¿Sabe dónde han guardado los volúmenes?

—En el Cajón con Cerradura.

—Dios mío.

El Cajón con Cerradura, el lugar donde se reúnen las pruebas incriminatorias, ha sido la perdición de muchas chicas. Solo hay una llave, y la señora Wade la lleva alrededor del cuello, donde cuelga como un pájaro negro y muerto, una amenaza para las prisioneras de Fortitude.

—¿Y la soplona? —pregunté.

—La decimotercera Jane escribe que la soplona se ha ido a casa bajo el pretexto de tener neumonía. —Mary resopló—. Chica lista. Imagino que su vida en la residencia no resultará muy agradable después de haber traicionado a sus compañeras de armas.

—No, imagino que no.

—Entonces está decidido. Convocaré una reunión en Lapis Lazuli a finales de este mes.

—¿Crees que vendrán todas las Janes?

—Espero que sí. Tenemos que pensar en las generaciones futuras. ¿Te lo imaginas? ¿Fortitude sin Jane Eyre? ¿Sin el señor Rochester?

Me estremecí.

Era uno de los medios de supervivencia en Fortitude. Y, gracias a la conveniencia de que la novela se hubiera impreso en tres volúmenes, muchas chicas la leían de manera simultánea. Siempre existía el riesgo de empezar justo después de una Lectora Lenta; la espera causaba un dolor inmenso, pero, en cuanto el volumen deseado caía en tus manos y quedaba un cabo de vela junto al que leer, se perdonaba todo. (Y, aunque yo leo despacio, desde luego no soy una Lectora Lenta).

Cada Jane tenía su Currer Bell, el alma cándida que la ayudaba a mantenerse al tanto de quién tenía cada volumen en cada momento. Yo serví como Currer Bell de Mary. Las Currer Bell no mantienen correspondencia como las Jane Eyres; no, nosotras solo somos leales a nuestra Jane.

Tras debatir durante una hora acerca de los méritos de *Jane Eyre*, citando varias frases en voz alta, volví a casa con ganas de que llegara el final del mes, cuando las Janes se congregarían por primera vez en la historia en Lapis Lazuli House.

2 de junio

La conversación con Mary me perturbó los sueños.

Soñé que estaba en Lowood. Y luego pasaba mucho tiempo explicándole al señor Rochester por qué era tan catastrófico que hubieran descubierto los libros. Él, en lugar de hacerme caso, se dedicaba a coquetear descaradamente con lady Ingram, que se parecía mucho a mi némesis Victoria Braithwaite. Después, seguía a la señora Wade hasta los páramos para intentar conseguir la llave del Cajón con Cerradura mientras el primo Archibald descendía sobre mí volando como un cuervo e intentaba arrancarme la nariz de un mordisco.

Me desperté cuando aún era de noche y ya no pude volver a dormir.

La alfombra del suelo silenciaba mis pasos, pero debí de hacer más ruido del que pensaba, porque, mientras miraba por la ventana hacia la oscuridad sin luna, oí un ruido. Volví la cabeza hacia atrás y, a la luz de una única vela, vi que El Inquilino había enviado una nota. Me senté a mi escritorio y la saqué de la pared.

LLEVA UNA HORA CAMINANDO DE UN LADO A OTRO.

Le pido disculpas si le he despertado.

LLEVO DESPIERTO CASI TODA LA NOCHE. NO SOY DE BUEN DORMIR.

He tenido unos sueños bastante góticos esta noche.

PREFIERO NO SOÑAR.

TEOBALDO ESTÁ ACURRUCADO EN MI CAMA. ¿QUIERE QUE SE LO MANDE PARA QUE LE HAGA COMPAÑÍA?

Gracias, pero no. No creo que molestar a un gato dormido dé mucha suerte.

¿Y QUÉ HAY DE SU CANICA DE LA BUENA-MALA SUERTE?

Desafortunadamente, no funciona con los sueños.

*VERDADERAMENTE DESAFORTUNADO.
QUIZÁ NECESITE UNA NUEVA.*

Eso me hizo sonreír.

Los sueños no son reales.

HASTA QUE EMPIEZAN A SERLO.

Y, mientras cavilaba con esta última línea suya en la mano, sintiendo la textura del papel con los dedos, me di cuenta de que en mis sueños el señor Rochester se parecía mucho a El Inquilino. Solté la nota sobre el escritorio. Luego, como si necesitara la sombría protección que solo la oscuridad podía proporcionarme, apagué la vela.

Me desperté tarde, con el sol entrando a raudales por las ventanas. Y ahí estaba mi buhardilla: paredes blancas, alfombra colorida, sillas cubiertas de cojines —una de ellas con un gato dormido encima—. Reinaban la luminosidad y la calma, ni rastro de la larga noche pasada. El escritorio estaba lleno de papeles y me levanté para leer las notas que El Inquilino había enviado la noche

anterior. Ya no había brujería en sus palabras. Al contrario, me hicieron sonreír. Alcé la última y la clavé en la pared, encima del escritorio.

HASTA QUE EMPIEZAN A SERLO.

Cuando Agnes subió una hora más tarde para decirme que Roland Sutherland había llegado y estaba esperándome en el salón de recibir, vio la nota y, sin ningún respeto aparente por la intimidad, la leyó.

—Pero ¿qué significa, señorita Lion?

—Eso —respondí— aún está por determinar. Ayúdame con la parte trasera del vestido. Así, perfecto. Sí. Bien, ¿puedes ofrecerle un té al señor Sutherland mientras me arreglo el pelo? Bajaré enseguida.

Agnes hizo lo que le pedía y yo me tomé mi tiempo. Roland podía esperar.

Y, sin duda, esperó.

Cuando llegué al salón, lo encontré acorralado nada menos que por el primo Archibald, que se había plantado ante él con un batín de seda y le estaba explicando la historia del patrón de puntos utilizado en la solapa. Ni siquiera la gracia que Dios le ha concedido a Roland podía ocultar la alarma de tal episodio.

—¡Roland! Hola. Primo Archibald. Qué amable por tu parte haberle hecho compañía a mi invitado.

El primo Archibald se dio la vuelta de golpe al oír mi voz.

—¿Es tu invitado?

—Sí. Vamos a dar un paseo en carruaje.

Archibald parecía sinceramente decepcionado.

—Me ha dicho que tiene un batín, un batín de gran calidad. Supuse que quería hablar conmigo.

Roland, de pie, se encaminó hacia mí mientras decía:

—Ha sido un verdadero placer, señor. Creo que tiene razón en que la calidad de la seda es más importante que el lugar de origen, y la próxima vez que me ponga el batín no podré pensar en nada que no sea su ferviente pasión por ellos.

Algo que no había visto en mi vida asomó al rostro del primo Archibald. Parecía complacido.

—No todos los jóvenes de hoy en día son unos filisteos —afirmó.

—Desde luego que no, primo. —Cogí a Roland de la mano y lo guie hacia la puerta—. ¡Adiós!

Una vez en la calle, Roland me ayudó a subir al carruaje y tomó las riendas.

—Tengo por norma no apurar nunca a una dama, Emma Lion, pero me has dejado solo demasiado rato.

—Acepto toda la culpa.

Pobre muchacho.

Hacía una mañana preciosa mientras el carruaje avanzaba por el parque. Roland conocía a todo el mundo. A Todo el Mundo.

Y todos se complacían mucho de verlo. Lo digo en sentido literal. Creo que también disfrutaban hablando con él. Pasó una hora y, justo cuando toda esperanza parecía perdida, el señor Hunt apareció con su hermana, la señorita Hunt, la belleza de cabello azabache que aparentaba ser la dueña del mundo.

Su estilo no está a la altura del de Arabella, pero tampoco lo está el de nadie.

Nos detuvimos junto a ellos e intercambiamos las cortesías habituales. Roland no dejaba de lanzarme miradas, a la espera de que dijera algo que dejase estupefacta a la señorita Hunt. No tenía ni idea de qué pretendía que hiciera.

Al final, cuando ambos grupos parecían estar a punto de seguir su camino, dije:

—¿Les gusta la ópera? Roland, que es como un hermano para mí, me ha ofrecido un asiento en su palco privado. ¿Les gustaría a ambos acompañarnos en alguna ocasión?

El señor Hunt, un hombre joven con los intereses propios de su edad, esbozó una mueca de dolor. La señorita Hunt sonrió con frialdad y desvió la mirada a toda velocidad de mí hacia Roland y de nuevo hacia mí.

—Le agradezco la invitación —repuso—. Hace una eternidad que no voy.

—Maravilloso —contesté.

—Espero con ilusión recibirlos a ambos —dijo Roland, y, luego, con elegancia, sacudió con las riendas a sus caballos y nos marchamos.

—¿No te ha parecido un poco prematuro lo del palco en la ópera, Emma?

—La verdad, no se me ocurría nada más —respondí con franqueza—. Además, debes reconocer que me he sacrificado en el mismo altar que tú, porque ahora me he comprometido a asistir. Para gran consternación de la señorita Hunt. Creo que no le caigo bien.

—Me importa un bledo lo que piense de ti. Lo que quiero saber es lo que piensa de mí.

Me mordí la lengua. Como en realidad no conozco bien a la señorita Hunt, no tengo motivos para criticarla. Aunque tampoco es que eso me haya refrenado en el pasado.

—Invitaré a Arabella para que se una al grupo —dijo Roland.

—Huy, sí, eso será todavía más del agrado de nuestra querida señorita Hunt...

Cuando regresamos a Lapis Lazuli, Roland me entregó un libro envuelto en papel.

—Fiel a mi palabra.

Y sonrió.

Me produjo un entusiasmo absoluto —el libro, no la sonrisa— sentir su peso en las manos. Lo acaricié con cariño hasta que Roland se indignó.

—Quítale el envoltorio, Emma. Si sigues adorándolo sin siquiera saber qué es, voy a echarte a la calle de un puntapié.

Abrí el papel y me encontré un volumen bastante grueso encuadernado en cuero morado. El corazón comenzó a latirme a una velocidad tremenda y le di la vuelta. ¿Qué podía ser?

Ver el título fue la mayor decepción de mi vida:

Las comedias de Shakespeare
Íntegras

Y, en la esquina inferior, mi nombre —Emma M. Lion— inscrito en las mismas letras doradas.

—Oh, Roland. Eres un encanto.

—Entonces ¿por qué pareces tan decepcionada? Eres Emma Lion. Es Shakespeare. Cualquiera habría pensado...

—Y con razón. Es solo que ahora mismo poseo dos libros. Uno es la Biblia.

—Y el otro es el igualmente sagrado Shakespeare —respondió, y el deje burlón que intentó imprimir a su tono no ocultó toda la magnitud de su decepción. A pesar de su esfuerzos, un poco se dejó entrever.

—Las Obras Completas. Mi padre me leyó todas las obras tres veces, y yo las he leído otras tantas.

—Debería haberlo pensado. Dámelo. Te traeré otro.

En ese momento, me sentí como si me estuviera reclamando a mi primogénito. Me apreté las comedias contra el pecho.

—¡Está grabado con mi nombre!

—Te traeré otro libro con tu nombre. Ya tienes a Shakespeare. Es redundante.

—Tengo las obras completas, no las comedias solas. Además, pone «Íntegras».

—Es una forma tonta de vender más libros. Dámelo, Emma.

Fue entonces cuando se me ocurrió una idea genial.

—Quería un libro en el que pudiera escribir, ¿verdad?

—Eso dijiste.

—Bueno, mi Shakespeare es la edición ilustrada de mi padre. Está estrictamente prohibido escribir en ella. En esta puedo escribir todo lo que quiera. Mira qué márgenes. Tienen el tamaño perfecto para tomar notas. Dentro de nada, seré una erudita.

Tardé cinco minutos más en apaciguar a Roland, pero lo apacigüé.

—No me cabe duda de que habrá otra razón para traerme un libro —añadí—. Puedes planearlo bien, ahora que sabes de sobra lo que tengo en la estantería. Tráeme a Milton, si quieres. Acababa de empezar *El Paraíso perdido* cuando el primo Archibald me lo robó.

La cara se le arrugó como una servilleta usada.

—¿Milton? Detesto a Milton.

—Filisteo.

Y lo golpeé en la cabeza con *Las comedias de Shakespeare. Íntegras*.

3 de junio

Hoy, al volver de la iglesia, me he encontrado con que Roland había dejado su tarjeta de visita.

Agnes también tenía un mensaje de su parte.

—Cuando le he dicho que estaba en la iglesia, me ha pedido que le advierta que quizá vaya al cielo, pero que será aburrido sin él.

—¿Eso te ha dicho, Agnes?

4 de junio

Hoy me ha llegado una carta de Saffronia March, mi mejor amiga de St. Crispian's. Ya no está en Venecia, sino en las colinas de la Toscana, y va dejando tras de sí una estela formada por una impresionante cantidad de condes italianos.

Las fechas de mi viaje siguen siendo flexibles. Estoy haciendo una serie de retratos en la Villa Médici. Puede que no me veas hasta el otoño. Saluda a St. Crispian's de mi parte.

Hola, St. Crispian's.

5 de junio

Según la sabiduría popular, es mejor no alborotar el avispero.

Cuando era pequeña, pensaba que eso significaba literalmente que había que dejar a las avispas tranquilas para que no te picaran. Y, aunque estoy de acuerdo en que, si hay que elegir, las avispas tranquilas son las mejores, en realidad se refiere a dejar las cosas tal como están.

Oh, desventura, esta noche he alborotado el avispero.

En lugar de dejarlo tranquilo, he recurrido a la violencia; el libro, una vez más, mi arma preferida.

Esta noche me han llamado a filas para asistir a una cena obra de mi tía Eugenia. Allí había una nueva tanda de hombres, ya que era una Gran Reunión, y yo tenía que cumplir penitencia por decirle a mi tía que no estaba disponible para asistir a una partida de cartas con Arabella y con ella el día 7 debido a un Compromiso Previo. Cuando se lo comuniqué, se percató de que había utilizado mayúscula tanto en la ce como en la pe. Lo respetó y frunció muchísimo el ceño antes de decir:

—No tienes derecho a concertar una cena sin mi intromisión.

No creo que «intromisión» fuera la palabra que quería emplear, pero, como era adecuada, lo dejé pasar.

—Solo debe decirme qué quiere que haga esta noche, tía, y le demostraré que su confianza en mí no es injustificada.

—¿Quién ha dicho que Yo tenga confianza en Ti?

Arabella, que había estado ausente, entró en la habitación en ese momento. Se echó a reír.

—Mamá, eres tremendamente graciosa. Ven, Emma, necesito que me aconsejes sobre qué ponerme esta noche.

Cumplí todas y cada una de las órdenes de tía Eugenia, incluso la

de entretener a un anciano con las manos largas que no había sido Invitado, sino al que había Llevado una comensal.

—La señora Carleton ha traído a su tío sin mi permiso, y ya sabes lo que eso significa —me susurró tía Eugenia desde detrás de una sonrisa.

Estoy segura de que puse cara de no entender nada.

—¿Qué significa?

—En su próxima visita, será recibida en el Segundo Salón. Invitar a alguien a Mi cena. ¡Menuda ocurrencia! Ocúpate de ese hombre, Emma. Lo quiero lejos de Arabella cueste lo que cueste.

Fue una batalla. Hacer que dirigiera todas sus atenciones hacia mí me resultó insoportable. Hay cosas que estoy dispuesta a hacer por tía Eugenia y hay cosas que no. Así que, cuando intentó tomarse ciertas libertades, salí victoriosa estampándole un libro sobre los dedos errantes. Me llamó descarada y se pasó la última hora sentado en un rincón con gesto mohíno.

Cuando por fin volví a casa, Agnes me trajo agua caliente con limón y una galleta.

—Creo que he vuelto a ver a El Romano, señorita Lion. Estaba al otro lado de la calle mirando la casa.

—¿De verdad? Ojalá hubiera estado aquí. ¿Sigue ahí?

Una ojeada por la ventana me confirmó que no.

Es de lo más fastidioso. Cualquiera pensaría que me está evitando.

6 de junio

Anoche me quedé leyendo hasta tarde: *El sueño de una noche de verano*. Después, cuando apagué la vela, me senté en la ventana.

Ni rastro de El Romano.

Esta mañana, le he enviado una carta a Mary para pedirle que me pusiera al día sobre las Jane Eyres, y luego he procedido a examinar cuidadosamente todos mis vestidos para decidir cuál me pondré mañana por la noche para la cena con El Inquilino.

Me he decidido por el de color rojo vino.

O por el dorado.

Puede que ambos sean demasiado formales.

Ay, Dios.

Más tarde

Acaba de llegarme una nota de Mary.

Las Jane Eyres se reunirán la tarde del 27 de junio.

En lugar de firmar con su nombre, solo ha puesto: «Prepárate».
Lo haré.

7 de junio

No había oído a El Inquilino en todo el día. Regresó a Lapis Lazuli poco antes de las siete. Lo oí apresurarse de un lado a otro en su lado de la buhardilla haciendo quién sabe qué.

A las ocho en punto, llamaron a la puerta.

Parian no aparecía por ninguna parte, así que Agnes, asustada y temblorosa, la abrió mientras yo bajaba las escaleras.

~~No soy de supersticiones, como Agnes...~~

Eso es mentira y lo borro del registro.

Soy muy de supersticiones, pero no en lo que respecta a El Inquilino ni a nada de lo que El Romano podría o no podría haber insinuado. Aun así, me resulta imposible negar lo extraño que fue que, justo cuando Agnes abrió la puerta, una ráfaga de viento soplara por Whereabouts Lane e hiciese que un remolino de polvo y hojas y tormenta inminente pasara por detrás del señor Pierce mientras este permanecía plantado en el porche como una sombra oscura.

Lo admito, me estremecí.

—Señor Pierce —dije mientras Agnes retrocedía. El Inquilino se había quitado el sombrero y estaba intentando dárselo. En la mano llevaba una carpeta que se reservó para sí—. Agnes, cógele el sombrero al señor Pierce.

Obedeció —bendita sea por su valor— y echó a correr hacia la seguridad de su cocina.

—Si no me equivoco, señorita Lion, creo que Agnes me tiene miedo.

Le hice un gesto para que me siguiera hacia el salón de recibir mientras le decía:

—Usted es muy alto y ella es muy baja.

—Creo que tiene preocupaciones más siniestras que la diferencia de altura. Es más bien como si me tuviera por el villano de una obra de teatro.

La gravedad de su voz hizo que la palabra «siniestras» sonara... Bueno, muy siniestra.

Qué palabra tan rara.

—Me aseguraré de que no le haya envenenado la sopa —repuse.

El salón, debo admitir, tenía muy buen aspecto. Agnes y Parian, increíble pero cierto, lo habían limpiado a fondo, y aunque los tejidos y los muebles son viejos, están en excelentes condiciones, puesto que han permanecido a solas con las cortinas echadas durante décadas. (En Lapis Lazuli House jamás hay polillas). La madera estaba pulida; las alfombras, recién sacudidas, y la plata, reluciente. Las cortinas de las ventanas son de damasco amarillo, y pese a que no suelo escoger el amarillo, son de ese tono imposible que queda bien. El sofá es de terciopelo verde, el sillón está tapizado en un rosa intenso y la chimenea y el hogar son de mármol italiano color crema.

Nos sentamos, yo en el sillón y el señor Pierce en el sofá verde que miraba hacia mí, con la chimenea entre ambos a mi derecha. Iba muy elegante, vestido con el traje más negro de todos los trajes negros y una camisa blanca limpia y almidonada. Llevaba el cabello oscuro mejor peinado de lo que se lo había visto nunca. Se recostó, colocó la carpeta a su lado y extendió un brazo a lo largo del respaldo del sofá mientras apoyaba el codo del otro en el brazo y levantaba la mano para poder descansar la sien sobre los nudillos. Todo muy masculino y *laissez-faire*.

Puesto que en Fortitude nunca había conocido a un hombre como el señor Pierce, y dado que jamás había visto a un hombre conquistar un sofá con tanta facilidad durante el té en casa de tía Eugenia, quedé debidamente impresionada. El señor Pierce, con su

voz de nube de tormenta y sus ojos cansados, era una criatura extraña.

Debo reconocer que me mostré un tanto distraída.

—Creo que el primo Archibald bajará en cuanto elija un chaleco. Y eso significa que es posible que pasemos mucho tiempo aquí —anuncié.

Confieso ahora que Emma M. Lion se alisó las inexistentes arrugas de la falda porque no sabía qué otra cosa hacer. Muy de debutante por mi parte.

—No me importa esperar —respondió—. Ha sido un día arduo y sentarse es un alivio.

Me sentí aliviada cuando Parian entró en el salón. Tenía el ceño fruncido, pues su rostro había adquirido una expresión de desconsuelo desde que le habían comunicado que iban a bajarle el salario.

—Señorita Lion, me envían a decirle que el señor Flat ha reducido sus opciones de chaleco a solo unas cuantas...

—¿Tan rápido? Qué extraordinario —respondí en tono de satisfacción.

—A unas cuantas decenas —concluyó Parian.

El señor Pierce, hay que reconocerle el mérito, ni siquiera pestañeó. Yo, en cambio, pestañeé dos veces.

—Esperar normalidad era demasiado, supongo —murmuré—. Muy bien. Parian, ¿podría servirnos algo de beber al señor Pierce y a mí?

—¿Cuál es su *aperitif* de preferencia? —preguntó Parian con los hombros hacia atrás y una expresión arrogante por haber utilizado la palabra «*aperitif*».

—¿Le apetecería un vino de Madeira, señor Pierce? —inquirí.

—Estaría bien, señorita Lion —contestó él.

—Ya lo tiene, Parian.

Pero el hombre no se marchó. Se quedó allí plantado mirándome

con reproche.

—¿Tiene algo más que decir, Parian? ¿Necesita algo? —le pregunté.

—Estaba esperando su bebida, señorita Lion —respondió con desdén—. Un madeira para el caballero y ¿para usted? ¿Un licor de ginebra y endrinas?

—¡Cielos, no! —contesté demasiado rápido—. No me cabe duda de que el madeira nos irá bien a ambos.

El señor Pierce parecía estar pasándoselo bien.

—Mi abuela era portuguesa —dije una vez que Parian salió de la estancia. Como si eso zanjara el asunto de mi elección—. Además, sentarse a cenar con el primo Archibald sin fortificarse es tan estúpido como aullar a la luna. Licor de ginebra y endrinas, ¿en serio?

Ahora el señor Pierce sonrió.

—¿Ha hecho algún retrato? —dije para cambiar de tema.

—No —respondió—. Necesito una habitación grande para utilizarla como estudio. Aunque algunos retratos puedo hacerlos en casa de los clientes, la mayor parte de mi obra requiere de un estudio. Prefiero que esté cerca, pero todavía no he encontrado nada que me convenza.

—¿Cuáles son sus requisitos?

—Grande. Techos altos. Ventanas altas. Cortinas que puedan abrirse o cerrarse según la necesidad de luz.

—Si se me ocurre algún lugar adecuado, le enviaré la información.

Parian regresó con las bebidas y me entregó la mía con una mirada de desaprobación de regalo antes de dejarnos solos de nuevo.

—Le he traído una cosa, señorita Lion —anunció el señor Pierce—. Iba a esperar hasta después de la cena, pero, si quiere, se lo enseñaré ahora.

—¿Qué es?

Cogió la carpeta y, cuando se dispuso a entregármela, se vio atrapado en un momento de indecisión, como si quisiera mirar el contenido conmigo. Me levanté y me trasladé hasta el sofá para sentarme a su lado. El señor Pierce abrió la carpeta y me entregó una imagen. Era preciosa. Ante mí, delante de la elevación entrecruzada de unas montañas coronadas de nieve, se desplegaban unos fértiles bancales en blanco y negro. Era un lugar que transmitía paz; extraño, lejano y maravilloso. Levanté la vista hacia el rostro del señor Pierce y descubrí que él estaba estudiando el mío.

—Es una fotografía bellísima. ¿La ha hecho usted?

—Sí —contestó—. He pensado que, puesto que perdió a su amigo en Afganistán, tal vez le gustaría ver que, en muchos aspectos, es un lugar hermoso.

Maxwell.

Su nombre me retumbó contra el pecho como un tambor.

—No tiene por qué quedársela.

—No, me encantaría. —Las palabras me brotaron de la boca como una plegaria—. Gracias.

—De nada.

La contemplé durante un instante más y, cuando estaba a punto de añadir algo, la puerta de doble hoja se abrió de golpe y por ella entró el primo Archibald. Llevaba nada menos que tres chalecos de seda sobre la camisa. Tanto el señor Pierce como yo nos pusimos de pie. Él, a juzgar por las apariencias, muy cómodo; yo, sintiendo que las mejillas me ardían a causa de nuestra proximidad y con la fotografía en la mano.

—¡Bienvenido! ¡Bienvenido, señor Pierce! Lamento mucho haberlo dejado con una compañía tan hosca durante tanto tiempo, pero un hombre debe presentarse como es debido.

Le estreché la mano al señor Pierce sin darme tiempo a intervenir.

Dejé la fotografía en una mesita auxiliar y me sentí aliviada cuando, apenas un momento después, Parian entró para anunciar la cena.

La velada fue tan espantosa como divertida. A diferencia de Roland, cuyo primer encuentro con el primo Archibald lo dejó temeroso de un segundo, el señor Pierce demostró tener más temple. No se inmutó. Al contrario, permaneció sentado con aire sereno mientras sopesaba con los ojos grises al primo Archibald, que se pasó casi toda una hora despotricando sobre los sastres londinenses y las perversidades de las carreras de caballos.

No mencioné que mi renta se había perdido por culpa de ambas cosas, pero el esfuerzo por contener la ira me pasó factura, pues doblé el tenedor de tanto apretarlo.

Cuando Archibald se tomaba la molestia de hacerle una pregunta al señor Pierce, recibía una respuesta de una sola palabra, como «Sí» y, de vez en cuando, «No».

La posible redención llegó por partida doble. En primer lugar, la señora Green, la cocinera de un vecino, había preparado un increíble despliegue de comida. Había acudido para ayudar a Agnes, para enseñarla a cocinar para una cena formal. Reconozco sobradamente las habilidades de Agnes, pero la señora Green elevó la cocina de Lapis Lazuli House a un nivel extraordinario. El resultado fue que tanto el señor Pierce como yo disfrutamos mucho de la cena. Creo.

¿En cuanto al segundo acto de redención? De vez en cuando, el señor Pierce y yo nos mirábamos a los ojos desde lados opuestos de la mesa. Por sencillo que parezca, y a pesar de que no se intercambiaron sonrisas completas —parece que no es un hombre que le falte al respeto a su anfitrión (iqué admirable!)—, existía una fuerza tangible de camaradería entre nosotros. Estábamos juntos en esta campaña y llegaríamos hasta que concluyera, pasara lo que pasase.

Hacia el fin de la velada, justo cuando el primo Archibald —que

había comido muchísimo, embutiéndose la comida en la boca en tremendas cantidades— me miró con intención de despedirme —los caballeros deben tomarse el oporto—, lo que fuera que había abierto la puerta mal cerrada captó su atención y gritó.

Yo di un respingo y el señor Pierce se puso de pie.

—¡Monstruo! ¡Villano! ¡Arañador infestado de pulgas!

Por esta retahíla de palabras, y varias más, deduje que Teobaldo había bajado a visitar el comedor. Debía de haberme dejado entreabierta la puerta de mi buhardilla.

El animal, por razones obvias, había huido, y el primo Archibald hacía aspavientos desaforados en la silla a la que se había encaramado.

—¿Lo ha visto, señor Pierce? ¡¿LO HA VISTO?!

Para entonces, yo también me había levantado y, en un momento de total desconcierto, el señor Pierce y yo nos miramos fijamente por encima de la mesa.

Fue entonces cuando Agnes gritó.

Y, a juzgar por cómo sonó, no gritaba por un gato.

Tras abrir de golpe la puerta del comedor, corrí hacia el lugar de donde procedía su segundo grito: por el pasillo en dirección al gran salón formal que no utilizamos.

Ella salió disparada de la estancia.

—¡Agnes! —grité, y la agarré por los hombros.

—¡Está aquí! ¡Está aquí!

En cuestión de un instante, el señor Pierce pasó a mi lado como una exhalación y entró en la habitación oscura, y me pareció como si una fuerza de la naturaleza hubiera venido a luchar contra el demonio.

—¿Quién está aquí? —pregunté.

Pero Agnes, con los ojos como platos, temblaba demasiado para hablar.

—La habitación está vacía —dijo la voz del señor Pierce mientras regresaba al pasillo.

—¿Agnes?

Después de respirar hondo varias veces para recobrar fuerzas, negó con la cabeza.

—Lo siento, señorita Lion. Sé que es una tontería, pero no esperaba verlo dentro de la casa.

El señor Pierce frunció el ceño y miró hacia el salón oscuro. A mí, sin embargo, se me hundieron los hombros en cuanto supe de quién hablaba.

—Agnes, ¿estaba El Romano en el salón?

—¡Sí!

Oh, qué fastidio. Había vuelto a perdérmelo.

Entré en la estancia y eché un vistazo en derredor. Los muebles estaban tapados con sábanas. Las cortinas estaban echadas. Había polvo por todas partes. Ni rastro de El Romano.

Ay.

—¿Por qué no le has pedido que se quedara? —pregunté en un tono que tía Eugenia habría calificado de Lamento.

—¿Quién dice que estaba en el salón? —quiso saber el señor Pierce a mi espalda.

—El Romano —contesté, mientras me acercaba a una de las ventanas y abría la cortina; la luz de gas de la calle le dio más forma a la habitación—. El fantasma de St. Crispian's.

Agnes, que permanecía junto al umbral, se había calmado lo justo para recuperar el habla.

—Me pareció oír un ruidito, así que abrí la puerta y, cuando entré, ¡ahí estaba él! De pie, pálido como la luna, mirándome. Me asusté demasiado como para hacer nada que no fuera observarlo. Entonces, me habló. Dijo: «El hombre de guerra acabará con esta casa». Y grité, porque el señor Pierce estaba en el comedor, y era a

él a quien se refería El Romano. ¡Y el señor Flat estaba gritando! ¡Y se supone que El Romano no entra en las casas! Eso lo sabe todo el mundo. ¡Todo el mundo!

Atisbé la sombra de un Parian curioso en el pasillo.

—Parian, ¿puede llevarse a Agnes a la cocina y prepararle una taza de té, por favor? Venga, Agnes. Vete con él. El Romano es un buen fantasma. El mejor fantasma que cualquier casa podría tener. Y te ha hablado. ¡Dos veces! ¡Eso debe de significar buena suerte! Ve a tomarte un té y échate a dormir. Parian ayudará a la señora Green a recoger el comedor y la cocina.

Se oyó un resoplido en el pasillo y empujé a Agnes hacia él.

Tras despedir finalmente a la criada angustiada y al ayuda de cámara contrariado, me volví hacia mi invitado.

—Señor Pierce —dije al mismo tiempo que exhalaba un profundo suspiro—, me gustaría pedirle disculpas por las dos últimas horas de su vida.

El Inquilino, al que supongo lo bastante inteligente como para haber oído lo que Agnes había referido sobre él, caminaba despacio por la habitación. No me respondió de inmediato, sino que abrió las cortinas de todas las ventanas y examinó sus cerraduras; luego, caminó desde un extremo hasta el otro del salón y solo respondió una vez hubo terminado.

—Señorita Lion, ¿está segura de que no había ningún intruso?

—Lo había. Solo que era un fantasma. Uno al que llevo tiempo haciendo todo lo posible por conocer, pero en vano. Él no parece tener ningún interés en conocerme a mí, aunque se rumorea que cada poco habla con la señora Claybourne acerca de su huerto, algo que no logro entender.

Mis palabras sonaron un poco amargas al final.

Después de mirarme de hito en hito, de volver a echar un vistazo

en torno a la estancia y de pasarse los dedos por el pelo con desconcierto, el señor Pierce dijo:

—Señorita Lion, ¿se está divirtiendo a mi costa? ¿O debo creermelo sin más que lo del señor Flat, el gato, su criada y el fantasma romano son solo casualidades, como si todo esto fuera una experiencia normal en Lapis Lazuli House?

Me habría gustado consolarlo diciéndole otra cosa.

—Señor Pierce, estoy segura de que ni siquiera Archibald Flat habría utilizado la palabra «normal» al describirle Lapis Lazuli con vistas a su alquiler con nosotros. Dicho esto, no me estoy divirtiendo a su costa, y tampoco estoy loca. Lo de mi primo no tiene explicación. Ya se lo advertí. Le hemos ocultado la presencia del gato, lo cual hace que su reacción, por exagerada que sea, resulte más comprensible. Agnes es muy excitable y los fantasmas la ponen nerviosa. Y sí, hay un fantasma romano que vive en St. Crispian's. Es muy afable. Por lo general, se muestra bastante retraído. Y era el responsable de las ruinas que hay en lo alto de Whereabouts Lane, así que ya sabe que en su época no era un mendigo parásito, sino alguien de prestigio. Todos le tenemos mucho cariño. Bien, ¿le gustaría volver al salón de recibir para tomarse una copa de oporto?

Me di la vuelta y salí de la gran sala vacía, confiando en que el señor Pierce o bien me seguiría o bien se marcharía por donde había llegado. Me siguió. Parian había dejado una botella de oporto en el aparador del vestíbulo; supongo que iba camino del comedor para llevarla cuando ocurrió El Suceso. La cargué hasta el salón. Las copas vacías del madeira que nos habíamos tomado seguían allí, así que pedí perdón y volví a usarlas. Le pasé una copa medio llena, y luego me serví una para mí y me senté en el sillón. El Inquilino apuró su copa de un trago, se sirvió una segunda y luego tomó asiento en el sofá verde frente a mí.

—Es usted la mujer más singular que he conocido en mi vida, y

he conocido a bastantes.

Sentí que se me enrojecían las mejillas y bebí un trago de oporto, pero solo conseguí romper a toser. No me esperaba que estuviera tan fuerte. Tía Eugenia solo me deja beber el ya mencionado licor de ginebra con endrinas.

—No entiendo por qué —respondí al fin—. Soy la persona más normal de esta casa.

No supe si la media risa que soltó mostraba acuerdo o discrepancia respecto a mi afirmación.

Permanecemos sentados un buen rato sin decir nada. Yo había renunciado a mi fruta prohibida, pero el señor Pierce disfrutaba de su oporto con lentitud, mirando el fuego y frotándose los ojos de vez en cuando. No es un caballero, pues se muestra demasiado cómodo, demasiado capaz de forjar su propia actitud.

Culpo a los estadounidenses de este exceso de confianza.

También creo que me gusta.

Mientras estaba allí sentada, era inútil negar que no dejaba de pensar en la rapidez con la que El Inquilino había entrado en el gran salón. Sin miedo, sin inquietud. Sin detenerse a preguntar. Solo acción.

Cuando por fin rompió el silencio, fue para abordar la cuestión de El Romano.

—Este fantasma suyo ¿es similar a las demás peculiaridades de St. Crispian's?

—No lo sé. Los fantasmas no son tan raros, si uno debe darle crédito a la ficción. Pero en St. Crispian's parecemos mantener una relación más sólida con nuestros muertos.

Emitió un sonido de desaprobación y se levantó mientras dejaba la copa, vacía por segunda vez, en el aparador.

—Agnes. Me ha mencionado. Ha dicho que yo estaba en la casa y que este..., este fantasma suyo..., ¿ha hablado de mí?

Me llevé la mano a los ojos un momento, cansada.

—Sí.

—Por absurdo que me resulte aceptar la veracidad de tal idea, ¿puedo preguntar qué dijo el fantasma?

Una petición incómoda en cualquier situación, preguntar qué ha dicho o ha dejado de decir el fantasma local sobre uno mismo. Titubeé un momento antes de decidir que la cobardía era la mejor forma de actuar.

—Puede que no fuera sobre usted —contesté. Pero, como se mantuvo a la espera, no me quedó más remedio que continuar—: El Romano le dijo a Agnes que un hombre de guerra iba a venir a esta casa.

—Entiendo.

Levanté la vista hacia él. Tenía una mano en el aparador y la otra en el bolsillo, la mirada clavada en mí, en el fuego o en ambos.

—No creo que quisiera decir nada en particular, señor Pierce. Puede que no fuera a usted a quien se refería. Y, si era a usted, que así sea. Se dedica a fotografiar la guerra. —Entonces levanté las manos en un gesto que significaba que todo aquel terrible asunto era bastante ridículo—. Desde luego, no hay nada de malo en ello.

Él bajó la mirada, frunció el ceño y dijo:

—Según las palabras de Agnes, el fantasma ha dicho que el hombre de la guerra acabaría con esta casa. Suena a que sí es bastante malo.

Siniestro.

Y ridículo.

Quizá.

—Es una sandez dar crédito a una criada asustada que repite lo que sea que haya dicho o dejado de decir un fantasma. A mí no me ha asustado. La verdad, no le he dado ninguna importancia.

Era una mentirijilla, pero encajaba muy bien, y me daba la

sensación de que él necesitaba oírlo, como si le diera miedo tener dentro algo capaz de causar destrucción. Para aparentar tranquilidad, añadí una sonrisa a mi falsedad. Pero el señor Pierce no me estaba mirando a mí, sino a la hermosa fotografía que descansaba sobre la mesa: Afganistán, un lugar salvaje y lejano marcado por la guerra.

—Señorita Lion, es tarde. Gracias por la cena. Será... memorable. Si le parece bien, no es necesario que me acompañe.

Lapis Lazuli House no ha caído tan bajo como para permitir que sus invitados deambulen a ciegas por el pasillo, un hecho del que lo informé. Además, necesitaría su sombrero.

Estaba oscuro y Parian no aparecía por ninguna parte, pero localicé dicho artículo y regresé para entregárselo y abrirle la puerta principal. La calle desprendía un dulce aroma a junio y ambos respiramos hondo por instinto.

—Señor Pierce —dije—, tengo comprobado que en ocasiones de gran absurdidad se descubre o bien a un gran amigo o a alguien a quien no volver a dirigirle la palabra jamás. Ahora que ha experimentado una velada desastrosa en Lapis Lazuli House, dejo que sea usted quien decida qué prefiere.

Con el sombrero en la mano, jugueteando con él mientras miraba hacia el otro lado de la calle, bajó las escaleras despacio y no volvió a mirarme hasta que llegó a la acera.

—Amigos —respondió, y añadió—: Si no le doy miedo.

—Amigos —repetí—. Buenas noches. Gracias por la fotografía.

Pasé un largo rato sentada junto al fuego, dejé que se consumiera mientras contemplaba la copa vacía del aparador. Y ahora, de vuelta en mi buhardilla, consciente del silencio ensordecedor que reina al otro lado de la pared, no he conseguido conciliar el sueño.

8 de junio

La cabeza me retumba como un tambor.

Me desperté tarde, con la buhardilla inesperadamente calurosa y húmeda, y me quedé tumbada en la cama un buen rato. La casa estaba en silencio y, cuando Agnes me subió agua fresca en una palangana y me la dejó en la mesita, mantuve los ojos cerrados para no animarla a hablar.

Una vez que se marchó, me obligué a sentarme y me froté los ojos para librarme del sueño, como si eso fuera a servirme de algo. Anoche fue un desastre. Todo habría ido bien si a Agnes no se le hubieran escapado las funestas profecías de El Romano.

Puede que Emma M. Lion disfrute de lo inesperado, pero Emma M. Lion no participa en episodios. Y lo de anoche se pareció mucho a uno.

Pobre señor Pierce.

Amigos, claro.

La fotografía que me regaló está en el escritorio. Es preciosa y debería enmarcarla. Por ahora, está apoyada contra la pared, justo debajo de sus propias palabras:

HASTA QUE EMPIEZAN A SERLO.

Más tarde

Después de abrir de par en par la ventana y media, me he puesto ropa limpia y me he arreglado el pelo. Mirándome en el espejo, me he evaluado. Parezco joven, pero no ignorante. Importante solo para

unos pocos. Desde luego, no parezco la mujer más singular que alguien haya conocido en su vida. Lo cierto es que no quiero serlo.

He practicado expresiones frente al espejo durante un cuarto de hora hasta lograr un aspecto bastante anodino.

Quizá las use en el próximo té de tía Eugenia.

9 de junio

—Mi querida Emma, haces cosas verdaderamente espantosas — me ha dicho Arabella esta noche con aire perezoso después de que terminara de confesárselo todo.

Me había ~~metido~~ embutido en la boca ~~la mitad de~~ un pastelito relleno de ciruela, así que me limité a arquear las cejas con tristeza ante sus palabras de censura.

Nos estábamos preparando para asistir al baile de lady Carlyle.

—Uno de los PRINCIPALES acontecimientos de La Temporada, Emma. Uno de los PRINCIPALES —me había dicho tía Eugenia nada más entrar por la puerta. También había añadido con un resoplido—: Hoy tienes un aspecto ordinario.

—¿Qué sabes de ese tal señor Pierce? —continuó Arabella—. ¿Cuántos años tiene? ¿A qué familia pertenece?

—No tengo ni idea de a qué familia pertenece. Nunca la ha mencionado. Es posible que carezca de parientes. ¿En cuanto a la edad? Recuerdo que el primo Archibald dijo que tenía entre... —arriesgué una suposición— ¿treinta y treinta y cinco años?

—Una buena edad, Emma. Una edad peligrosa. Mamá no lo aprobaría.

Una afirmación ridícula.

—Soy su casera y somos amigos, lo cual es algo que ocurre en St. Crispian's. No espero traerlo a tomar el té, así que tu madre y él están del todo a salvo el uno del otro. Además, lo que tía Eugenia No Sabe no puede hacerle daño.

Arabella esbozó una sonrisa depredadoramente encantadora.

—Mi madre sigue pensando en encontrarte a alguien que merezca la pena conocer una vez que yo esté establecida. Si empiezan a circular rumores sobre una sola historia así, estás acabada.

—¿Una historia cómo?

—Tú y él. A solas en el salón de recibir. Por la noche. Bebiendo oporto.

Me pareció que aquella era una representación injusta de los hechos. Se lo dije.

—Además, no me terminé el oporto.

Ella adoptó una expresión de divertida superioridad.

—No, pero aceptaste un regalo suyo. Ni siquiera yo soy tan tonta como para hacer eso.

—Una fotografía no es un regalo. Y él tampoco pretendía que lo fuera. Arabella, hoy estás muy pesada.

—Para nada, Emma M. Lion. Bien, ¿cuándo voy a conocerlo?

—Nunca.

Su risa fue como un rayo de sol.

—Entonces ¿no te da miedo encontrarte con él esta noche en casa de lady Carlyle?

—Ninguno.

—Una lástima. Siento mucha curiosidad por tu hombre de guerra. Yo también.

El baile de lady Carlyle fue, en todos los sentidos, un gran éxito. Y no lo digo a la ligera. Incluso yo disfruté de una velada perfecta. Aunque podría suponerse que la ausencia de Charles Goddard contribuyó a ello —no niego que así fuera—, el ambiente, la música y los refrigerios fueron de lo más exquisito.

La casa de Belgravia en la que residen lord y lady Carlyle es una maravilla arquitectónica, con grandes columnas de mármol y líneas elegantes. En lugar de aspirar a ser italiana, griega o francesa, la decoración era, sencillamente, un reflejo de sus gustos variados, todo clase y belleza atemporales. Me puse el vestido verde oscuro, una maniobra brillante, ya que las largas cortinas que flanqueaban las ventanas eran de un tono similar. Podía batirme en retirada hacia

la oscuridad perfecta cada vez que lo deseara. Pese a que bailé alguna que otra vez cuando me lo pidieron —desde luego, no hice nada para brindarme a ello—, floté con mucho gusto entre las sombras y solo salí para saludar con cortesía a los hombres y a las mujeres que figuraban en la lista de Personas Cuya Atención Debo Dirigir Hacia Arabella de mi tía. Una tarea fácil, puesto que todos los presentes en la sala estaban pendientes de ella desde el principio. Arabella, Diosa Divina, vestida del azul de los nomeolvides, era la más deseada.

Como no podía ser de otra manera, Roland estaba allí, así como la señorita Hunt. Mientras los veía bailar, no pude evitar fijarme en que ella nunca lo miraba «a él». Más bien miraba a todos los demás y se pavoneaba por estar «con él».

Emma M. Lion frunció el ceño.

Poco después, Roland bailó con Arabella y luego me pidió un vals.

—Emma Lion —dijo, y su sonrisa refulgió en el salón de baile—. Esta noche en el club me felicitarán por haber bailado con todas las bellezas radiantes de la sala, tú entre ellas.

—Lo de radiante es para Arabella.

—Arabella Spencer es una de las mujeres más bellas de la historia de este mundo, Emma, pero a ti se te ve más de lo que crees.

—¿La luna del sol de Arabella?

Roland me lanzó una sonrisa magnífica.

—Me gusta la luz de la luna.

Bailar con Roland fue como ponerse una seda de calidad o comerse un dulce cremoso. Suave y placentero. Le hice jurar que bailaría un vals conmigo en todos los bailes durante el resto de nuestra vida.

—Con mucho gusto. Tú me ves. No muchas lo hacen.

—Roland, pedazo de calavera, todo el mundo te ve. Puede que Arabella sea Afrodita, pero tú eres Adonis.

Su sonrisa pasó de la elegancia a la tensión.

—Ven mi aspecto, Emma. Ven mi dinero y mi posición. Pero tú..., tú me miras a mí. No soy una estatua de la que quieras alardear. Mientras bailábamos, no has mirado ni una sola vez a los demás para ver si se fijaban en nosotros. La señorita Hunt, por desgracia, no podría decir lo mismo. Estoy tratando de decidir si, al final, sería de muy mala educación no invitarla a la ópera. A ti te invito de buen grado.

La sinceridad puede resultar especialmente aterradora durante un vals.

—Roland, yo... No debes...

—No pongas esa cara de susto, Emma. Tú y yo nunca hemos estado destinados a acabar juntos. No iba a pedirte matrimonio. Te estaba dando las gracias. Estaba intentando decirte que quiero encontrar una esposa que me tenga en la misma consideración que me tiene Emma Lion. —Se sonrojó—. Que me tiene Emma Lion ahora. A los doce años me habrías ensartado de buena gana.

Mi respuesta fue acorde al gran cumplido que me había hecho.

—Si de pequeño hubieras sido más atractivo, quizá yo también te habría querido solo por tu riqueza y por tu belleza.

Roland se echó a reír y el vals terminó.

—Acompáñame, voy a buscarte algo de beber. Quiero que me cuentes qué has estado haciendo últimamente.

—Tía Eugenia espera presentarme a un barón rico que esté a punto de morir.

—Te reto a que la desafíes.

Volví la cabeza por encima del hombro y me fijé en que tía Eugenia estaba con lady Carlyle. Al ver que el general estaba ocupado, accedí a desertar de mi puesto.

—Tú ve a buscar las bebidas —le ordené a Roland—. Te espero en

el balcón. Es el lugar más seguro. Tía Eugenia no cree en los balcones. Considera que le restan valor a la ley de la gravedad.

Se rio.

Cuando salí al frescor de la noche, encontré un banco solitario. Un alivio dichoso y bienaventurado. Era agradable estar al aire libre. Había antorchas colocadas en los márgenes herbáceos y, al mirar hacia el jardín, vi a varias parejas paseando juntas y a unos cuantos hombres que formaban un círculo distendido y fumaban cigarrillos.

Cuando volví a oír la voz de Roland, no me estaba hablando a mí.

—Ah, Islington. ¿Irás a Brooks's esta noche?

—No lo he decidido —fue la respuesta que recibió, teñida de esa aristocrática mezcla de cortesía y aburrimiento—. ¿Y usted?

—Diría que sí. Hoy me siento osado. Brooks's ha estado mucho más animado que White's durante estas últimas semanas. Ahora mismo, el juego de los hombres mayores es bastante conservador.

—Eso me han dicho.

—No he vuelto a verlo por ahí desde que me dejó sin blanca. ¿Ha estado apostando en los infiernos?

—He estado en el campo. Veo que lleva dos copas, Sutherland, así que lo dejo en compañía de quienquiera que lo esté esperando.

—Estaré atento por si lo veo en Brooks's. Mi mesa empieza en cincuenta mil.

—Si decido ir, lo buscaré.

Oír a dos hombres adultos hablando con tanta naturalidad de jugarse una verdadera fortuna a las cartas me resultó, bueno, exasperante. También me hizo preguntarme si debería casarme con Roland.

—Emma, aquí estás. Disculpa mi retraso. —Me pasó una copa y se sentó a mi lado—. Un brindis por tu huida.

—¿Eres amigo del duque de Islington? —pregunté.

—Islington es más un conocido que un amigo. ¿Lo conoces?

¿Que si lo conozco? No, solo le había revelado mi ignorancia en la biblioteca de un desconocido.

—No. Pero sé quién es. Es el único duque que vive en St. Crispian's.

—Pues es un demonio jugando al whist.

Y disfrutamos de nuestras respectivas copas en silencio: Roland escapando de las numerosas mamás y de las hijas de estas; yo, pensando que quizá disfrazarme de hombre, como había hecho Mary, y apostar en Brooks's fuese la mejor manera de salvar Lapis Lazuli.

Al revelarles mi nuevo plan financiero a Arabella hacia el final de la velada, me informó de que jamás conseguiría engañar a nadie. Su confianza en mí es inspiradora.

10 de junio

Después del servicio de hoy, me he encontrado al Joven Hawkes esperándome.

No era algo que hubiera previsto, pero allí estaba. Me invitó a alejarme del gentío y, cuando estuvimos a salvo de que nos oyeran, me preguntó:

—Señorita Lion, ¿sigue necesitando mi ayuda?

Una mejor educación me habría impedido abrir la boca dos veces y luego volver a cerrarla antes de decir:

—¿Perdone? ¿Ayuda con qué?

—El exorcismo.

—El... Ah... ¿Yo...? ¿Perdone?

—Me han informado de que en Lapis Lazuli House se produjo un incidente que requeriría de tales medidas.

Los detalles de mi cena fallida me vinieron rápidamente a la cabeza.

—Ah, ya entiendo. No. Mi criada Agnes solo se puso nerviosa porque vio a El Romano dentro de la casa. Estoy segura de que por eso le pidió ayuda. Prefiere que no pase del jardín.

La expresión de Hawkes reflejó un humor sutil que yo aún no alcanzaba a entender.

—No ha sido su criada quien me ha pedido ayuda. Ha sido el señor Flat.

—¿El primo Archibald quiere exorcizar a El Romano? Qué absurdo.

—Creo que en realidad quería que eliminara otra cosa.

—¿A mí?

—Esa petición se ha hecho, sí, pero esta vez se refería a un gato.

—El gato. ¿El primo Archibald quiere que venga a expulsar al gato de Lapis Lazuli? Qué bíblico por su parte.

—Lo que su primo no entendió es que yo no hago exorcismos. He pensado en proporcionarle... —se quedó callado unos instantes y miró hacia arriba con donaire— cualquier consuelo que pudiera requerirse en tal ocasión, si lo consideraba necesario.

Me llevé la mano a la cara. Qué degradante es ser pariente del primo Archibald.

—Joven Hawkes, el gato es mío, en cierto sentido, y vive solo en mi buhardilla, en otro cierto sentido. Usted tiene cosas más importantes que hacer que apaciguar la paranoia desbocada de un viejo amargado.

—Sí, también se me encargó hablar con usted respecto al hecho de que bebiera tanto madeira como oporto cuando, y cito textualmente, «un licor de ginebra con endrinas habría sido suficiente para cualquier mujer, pues son criaturas con poco gusto y sin necesidades reales». Fin de la cita.

Ojalá la muerte no tarde en llegar.

A por el primo Archibald, claro.

—Por favor, dígame que se lo está pasando en grande a mi costa en este momento.

—Así es, señorita Lion —respondió con serenidad—. Más de lo que puedo transmitirle con propiedad, siendo un hombre de Iglesia.

—¿Acaso va mi primo a difamarme así todas las semanas?

—No tema, señorita Lion, sus secretos están a salvo.

¿Secretos? ¿Qué más le ha dado por confesar a ese viejo tonto?

Antes de que pudiera siquiera sonrojarme como es debido, el Joven Hawkes desapareció y me dejó rezando para que mi decisión de matar al primo Archibald se atenuase antes de que me diera tiempo a llegar a casa.

No se atenuó.

Por desgracia, Agnes estaba inquieta y eso me distrajo de mi propósito.

—Ayer estaba haciendo pan, señorita Lion, y entonces lo vi justo ahí, en la alacena.

Me entregó un libro de cuero negro. Lo abrí y me mordí la lengua para no maldecir en domingo. Parecía un diario.

—Qué terriblemente inconveniente —dije—. ¿Tenemos algo más que deba llevar al Reed and Rite?

Negó con la cabeza.

—Justo ayer llevé una cesta, pero esto parece bastante íntimo, así que lo he guardado para dárselo a usted.

—Muy bien. ¿Dónde está mi primo? —pregunté entonces.

—Cuando le dije que estaba usted a punto de volver de la iglesia, puso cara de susto y gritó que no se le debía molestar. Luego, cerró con llave la puerta de su habitación.

—Un hombre sensato. ¿Agnes?

—Sí, señorita.

—Me apetecería tomarme un té.

Y té tomé.

12 de junio

Creo que ahora soy yo quien debe ir a ver al Joven Hawkes para confesar un pecado. Siendo mi pecado que me he pasado casi toda la noche despierta leyendo.

¿Qué?, cabría preguntarse.

No *Las comedias de Shakespeare. Íntegras*. He estado leyendo El Diario.

Incluso ahora, sentada a mi escritorio, me tapo la cara de vergüenza. ¡Vergüenza! No hay nada nada inada! que le proporcione a nadie una excusa para leer los pensamientos íntimos de otra persona. Sin embargo, aquí estoy, perfectamente consciente de que voy a leer más.

Ayer, cuando volví del té en casa de tía Eugenia, ayudé a Agnes a limpiar el salón de recibir, trabajé en la disposición de mi buhardilla oeste y, al ver el estado del jardín, salí para llamar al orden al mundo salvaje. Lo único digno de mención es que juraría que vi movimiento en la ventana de la buhardilla oeste mientras trabajaba. Puede que el señor Pierce se estuviera asegurando de que no era un fantasma. Él, sin duda, lo ha sido desde que cenó con nosotros.

Amigos, claro.

Después de mi inusual visita al jardín, volví al interior de la casa y descubrí que Agnes me había preparado un baño. Cuando Archibald y Parian estaban fuera de la ciudad, ambas empezamos a usar el cuarto de baño del cuarto piso. Evidentemente, es una comodidad a la que no estamos dispuestas a renunciar.

Satisfecha, limpia y cansada, regresé a mi buhardilla. El sol del atardecer brillaba a través de mi ventana y media, las paredes blancas resultaban reconfortantes, los cojines acogedores y cómodos, y allí, descansando sobre mi escritorio, estaba el grueso

volumen de cuero negro con los bordes dorados. El diario. Me recogí el pelo húmedo en un moño, me senté y lo coloqué justo delante de mí. Había una marca extraña en la cubierta, pero no la reconocí. Pidiéndole perdón, lo abrí y busqué un nombre.

No había ninguno.

Pasé la primera página.

De nuevo, sin nombre. Solo una fecha y la primera entrada.

La caligrafía era una arquitectura única en sí misma y me recordaba a los cuadros italianos de la señorita March. Los caracteres estaban contruidos con trazos fuertes, altos, con curvas elegantes que transmitían el efecto de las cúpulas y las ventanas en los palacios y las villas nobles. En ese momento, le entregué una parte de mi corazón a aquella persona desconocida. Estudié la contraportada, pero allí tampoco encontré pista alguna sobre la propiedad del diario. Tras cerrarlo, ponderé mi dilema. Podía llevarlo al Reed and Rite. Pero ¿y si alguien lo leía? ¿No preferiría el dueño del diario que se lo devolvieran directa, discretamente? La posibilidad de que un lector indeseado, o varios, accediera a él se agravaba de manera significativa en un lugar tan público. Dicho esto, ¿sería capaz de deducir a quién pertenecía sin fisgonear yo misma en unas cuantas páginas?

Lo dejé allí quieto durante al menos un cuarto de hora, pero luego lo abrí y, cuando eché un vistazo a la primera página, descubrí que había adoptado el ritmo reverente de la lectura de poesía. El estilo es bello, las confesiones sinceras y humanas. Parece haber un gran conflicto, pero, en cuanto a qué, no sé decirlo. Las fechas sitúan este diario en 1878, hace cinco años. Es obra de un hombre, un hombre joven si estoy interpretando bien las pistas. Ha redactado una exposición sobre los pájaros que visitan su jardín trasero — pista: hay una fuente—. Ha viajado al campo para visitar a una hermana mayor —pista: esta se casó bien—. Mientras estaba en el

campo, describió todos los árboles nuevos con los que se topaba — pista: nada significativo, salvo que sabe mucho de árboles—.

Por aburrido que pueda parecer todo lo anterior, me tiene completamente cautivada. Yo, que nunca he sido una gran horticultora, me sorprendí en Jacob's Well, el parquecito de St. Crispian's, contemplando la flora, por no hablar de la fauna. ¿Por qué? Porque él no ve solo hasta la última línea de la belleza, sino que la plasma de tal manera que transforma su sujeto en algo fantástico. Pero no es un soñador. Muchas de sus entradas son bastante prosaicas. «He ido a echarle un vistazo a la nueva camada de Red, he liquidado cuentas, he contestado la correspondencia», registra un día. Sencillo, corriente, nada de lo que tomar buena nota. Pero entonces la siguiente entrada dice: «Llovía y llovía, y no podía dormir por el ruido que hacía contra la ventana. Puede que un dios antiguo y olvidado estuviera derramando cuentas de cristal desde las nubes cansadas y yo fuera el único despierto en el mundo para verlas caer».

Dio la casualidad de que anoche hubo una tormenta, así que apagué las lámparas y me senté en la oscuridad a observar la lluvia y... ¡allí estaban! Cuentas de cristal que caían del cielo, golpeaban la tierra, corrían hacia los charcos. Estuve a punto de salir a la tempestad para recoger las que pudiera en las faldas. Donde yo siempre he visto lluvia, él ve algo muy distinto. Nada es sencillo y directo para este hombre, sino más bien intrincado.

Aun así, no hay pistas sobre su identidad.

Ahora me imagino la escena de mi confesión.

—Perdóneme, Joven Hawkes, porque he pecado.

—En realidad no somos católicos, señorita Lion.

—Ya. Pero, en aras de aliviar mi culpa, digamos que lo somos.

Suspiro.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Estoy leyendo el diario íntimo de un hombre y no tengo intención de parar.

—Es usted una persona horrible.

—Estoy de acuerdo. Una desvergonzada.

—¿Hay alguna esperanza de que se enmiende?

—Seguramente no. A menos que descubra su nombre. Y entonces le pediré matrimonio.

—¡No, señorita Lion! ¡No habrá llegado a ese punto!

—Se ha convertido en algo muy serio, de hecho.

—Usted se cuenta entre los más degenerados de los pecadores.

—Así es, Joven Hawkes.

Tras releer mi posible confesión, creo que esta es una carga que debo soportar sola.

14 de junio

Sé quién escribió el diario.

Fue un descubrimiento tan espantoso que tapé mi espejo con crespón para no tener que mirarme a la cara.

Emma M. Lion, eres una canalla de primera, y de segunda y de tercera.

15 de junio

El sueño no me ha favorecido, lo cual me parece injusto. Hay muchos villanos que disfrutan de un descanso reparador. Hay asesinos que gozan de un reposo feliz. Pero yo, por haber cometido esta indiscreción, por haber leído el diario, no duermo.

El duque de Islington. Ya está, lo reconozco. El diario es suyo.

¿Tenía que ser suyo, precisamente?

¿Cómo voy a enfrentarme al duque de Islington con mi confesión?

Y, lo que es más, ¿cómo es posible que un duque se atreva a llevar un diario tan maravilloso? ¿No se supone que debe ser un libertino? ¿No le oí decir que juega y apuesta en Brooks's? Es de una irresponsabilidad enorme. Hay Órdenes que deben Mantenerse.

Ahora empiezo a parecerme a tía Eugenia.

16 de junio

TENGO UNA PROPUESTA DE NEGOCIO PARA USTED, SEÑORITA LION. ABANDONO LONDRES ESTA NOCHE Y NO VOLVERÉ HASTA EL 28 DE ESTE MES. ¿PODRÍAMOS HABLARLO ENTONCES?

UN AMIGO HA ACCEDIDO A ALIMENTAR A TEOBALDO EN MI AUSENCIA. NO DEBE PREOCUPARSE POR ELLO.

Acabo de reparar en las notas del señor Pierce, justo después de regresar de una fiesta al aire libre en la que mi principal tarea era asegurarme de que ninguno de los invitados tomaba más sándwiches de cordero de los que le correspondían.

De todas las que tía Eugenia me ha encomendado, esta ha sido, con diferencia, la más difícil.

Eran unos sándwiches de cordero buenísimos.

Estoy intrigada. Desde luego que podemos hablarlo a su regreso.

Le he pasado la nota a través de la pared, aunque sospecho que ya se ha marchado. Está anocheciendo y en la calle sopla el viento. Cuando Niall Pierce actúa, parece dejar el mal tiempo atrás.

Y ¿una propuesta de negocio?

Vaya.

Dado que no había visto al señor Pierce ni había hablado con él desde La Gran Debacle, empezaba a preocuparme que el habernos prometido ser amigos solo significaba que intentaría no encerrarnos a todos en un manicomio. Al contemplar ahora su característica caligrafía, siento curiosidad por saber qué podría querer

proponerme. Esta curiosidad tiene la ventaja añadida de distraerme del diario que hay en mi escritorio.

Lo he leído entero.

Dos veces.

La culpa me devora poco a poco por dentro.

Ojalá el duque hubiera colocado una pluma blanca sobre su diario. Se crio en St. Crispian's. ¡Seguro que conoce el truco! Cada vez que termino de escribir en mi diario, lo guardo en un cajón con una pluma blanca encima. Aunque no es empíricamente demostrable, desde hace mucho tiempo se cree que una pluma blanca evita que ciertos objetos se extravíen. Siempre me he atenido a dicha regla y mi diario nunca ha terminado en casa de un vecino.

Visto de ese modo, es solo culpa suya que haya acabado leyendo su diario.

17 de junio

Al despertarme, sentí un silencio.

O un espacio vacío.

Me turbó hasta que recordé que El Inquilino no estaba. Es extraño lo rápido que una se acostumbra a algo. O a alguien, según sea el caso. Me pregunto adónde habrá ido. Y por qué.

Fui a la iglesia con tía Eugenia y con Arabella. Tía Eugenia solo asiste a los servicios de St. Paul's.

«Si no puedo rendir culto en un edificio majestuoso, no me interesa la práctica», explicó tajante.

Lo cual, supongo, no es una cita directa del Nuevo Testamento.

El verdadero sermón se centró en el siguiente mandamiento: No Robarás.

Sin embargo, yo solo oía: No Leerás el Diario de Tu Vecino.

Basta.

Por la mañana, iré a la casa del duque, diario en mano, para confesar mi delito.

Si no regreso con vida, sepan que yo, Emma M. Lion, he vivido una vida plena y valiosa.

18 de junio

Hay que decir que el duque tiene un mayordomo muy educado.

Puesto que espero que la mayor parte de los mayordomos sean gélidos por naturaleza o ancianos seniles —un prejuicio injusto que me siento bastante cómoda manteniendo—, me pareció que este estaba en sus cabales, a pesar de su edad. El hombre miró a mi alrededor en busca de mi acompañante, a lo que estuve a punto de responder que mi visita se debía a asuntos de St. Crispian's y, por tanto, no era necesaria la presencia de una acompañante. Pero, dado que quizá el duque no deseara que se supiese que su diario personal había estado circulando por la ciudad, me contuve.

—El duque está atendiendo a una visita en el salón de recibir. Terminará en breve. ¿Desea la joven señorita esperar en la Sala del Conejo?

—Perdone, ¿la Sala del Conejo?

—Es una sala de negocios que está justo aquí, al lado del vestíbulo.

Y abrió una puerta.

Era una habitación que no se parecía a ninguna en la que hubiera estado. Entré por la puerta del vestíbulo y vi una segunda puerta al fondo, así como una mesa con capacidad para seis personas en el centro de la estancia. Las paredes eran de color verde oscuro, al igual que las cortinas de las altísimas ventanas. Había dos cuadros en la pared.

Uno, entre las ventanas que me quedaban a la espalda, de un conejo.

El otro, en la pared opuesta, de un sabueso.

No miento.

Debajo de las ventanas se extendía un banco largo y acolchado.

Útil, pero no excesivamente acogedor.

No me senté. En lugar de eso, miré por una de las ventanas, con el diario aferrado entre las manos. Renunciar a él, aunque era lo correcto, hacía que me sintiera como si estuviese regalando mi libro favorito para siempre. Se me encogió el pecho al pensarlo.

Esperaba que el duque apareciera por la puerta por la que me habían hecho pasar, pero, cuando llegó la hora de mi destino, fue la puerta del fondo de la sala la que se abrió. Me volví a toda prisa, escondiéndome el diario a la espalda.

Allí estaba el duque de Islington. Su rostro impassible no mostró reacción alguna al verme plantada en su Sala del Conejo.

Y, entonces, me pregunté: ¿habrían despachado allí a alguien alguna vez, lo habrían eliminado tras contrariar a uno de los duques de Islington? La probabilidad de tal suceso me pareció altísima en ese momento. Esto conlleva la pregunta: después de cometer el cruel acto, ¿el duque fue capaz de dormir tranquilo? Supongo que sí. El duque de St. Crispian's parecía bien descansado. No como yo.

No fui creada para la vida criminal.

El duque estaba tan impecable como cuando lo vi en la biblioteca de Salisbury: el pelo peinado hacia atrás, una apariencia inmaculada en todos los aspectos. Mi Gran Esperanza era que no se acordara de haberme conocido.

—Buenos días —dijo.

—Para algunos, estoy segura de que lo son —respondí.

Caminó hasta la silla que había en su extremo de la mesa y colocó las manos en el respaldo. El retrato del sabueso quedaba sobre su hombro, el del conejo quedaba sobre el mío.

Empecé a caer en la cuenta de que quizá lo hubiera hecho a propósito.

—¿Estoy en lo cierto al suponer que no ha venido a visitarme para continuar nuestro debate sobre Plinio? —preguntó.

Ah.

Esperanzas frustradas. Se acordaba.

—Nada de Plinio, me temo. He venido por otro asunto.

El duque dio tres golpecitos con el dedo en el respaldo de la silla y arqueó una ceja, la forma aristocrática de decir: «Vaya al grano».

Y al grano fui.

—Tengo algo que es suyo. Apareció en una alacena de mi casa y mi criada me lo entregó para que averiguara a quién pertenecía. — Un comienzo bastante normal para St. Crispian's—. El problema es..., era, mejor dicho, que no había ningún tipo de marca distintiva, como lo habría sido un nombre. Y me vi en la necesidad de investigar una pequeña parte del contenido para descifrar quién era el propietario.

Me saqué el diario de detrás de la espalda.

Se le afiló la mirada, apretó los labios.

—Al parecer, se trata de su diario —observé; con qué frecuencia mi necesidad de decirlo todo en voz alta se convierte en mi ruina.

—Sin duda lo es —fue la abrupta respuesta—. Puesto que tiene mi monograma personal estampado en la cubierta.

La marca en la cubierta. ¡Era un monograma! Entonces lo vi. La de y la i entrelazadas. Jamás sabré cómo pudo ser que no lo entendiera antes. Aunque tampoco es que resultara obvio que se referían al duque de Islington, ni siquiera en el caso de que hubiera descifrado las letras. Podrían haber sido los elevados pensamientos de Duncan Ivers, que vive en Traitors Road, por ejemplo.

—Permita que le pregunte qué quiere decir con que investigó una pequeña parte del contenido —inquirió entonces.

Ahí estaba, el momento ineludible de mi deshonrosa confesión.

—Lo he leído de principio a fin.

El duque cerró los ojos un momento; volvió a abrirlos con un autocontrol admirable.

—La privacidad personal es muy importante para mí —expliqué

con premura—, sobre todo desde La Gran Quema de 1882.

Aquí gané un punto por ser de lo más desconcertante. O debería haberlo ganado. Su expresión pasó del disgusto controlado a la furia gélida.

—Su propia privacidad significa mucho para usted, querrá decir; porque, sin duda, la mía le da igual.

Así que iba a ser una batalla. Levanté la barbilla.

—Si hubiera sabido que era su privacidad la que estaba invadiendo, mi tarea habría sido más sencilla, pero el truco de feria de ver el futuro todavía supera, por desventura, mis capacidades. Tal vez, si me hubiera educado en Eton y luego en Cambridge, habría adquirido la habilidad que usted supone tan extendida. Aquí le devuelvo su diario. —Y lo dejé sobre la mesa—. Me avergüenzo de mi comportamiento e hice cuanto pude por descubrir un nombre. Pero ya era demasiado tarde. No podía separarme de él. Era tremendamente hermoso. Me disculpo y mi intención es encerrarme en una cripta y esconderme durante un mes por mis pecados, pero debe creer que, con que se hubiera tomado la molestia de escribir «El duque de Islington» en la parte interior de la cubierta, habría evitado una gran cantidad de confusión y de lecturas ilícitas.

—O sea, ¿que escribir mi nombre en la parte interior de la cubierta no habría despertado ningún tipo de curiosidad indebida por ver lo que había escrito allí? Tiene una opinión muy elevada del honor humano, considerando su confesión de hace un momento.

—¿Hubiera preferido que lo quemara? ¿En la anonimia?

—¡Sí!

Y lo dijo casi con violencia.

—Tonterías —repliqué, y todos mis antepasados muertos gimieron al unísono ante tal comportamiento—. Sabe muy bien que es un diario precioso y, si no hubiera descubierto su nombre, lo habría leído tres veces con mucho gusto.

Se estremeció de una forma muy sutil, clavó la mirada en mí. Solo su buena educación lo mantuvo agarrado a la silla que tenía delante y no a mi cuello. Debió de contar con una institutriz formidable, a juzgar por su excelente adiestramiento.

—Debería guardar sus antiguos diarios en un lugar más seguro que St. Crispian's y colocar una pluma sobre el que esté escribiendo en este momento. Puede que sea un truco de viejas, pero observará que mi diario nunca ha aparecido en su casa.

Entonces el duque saltó.

—Y, si alguna vez lo hace, ¿soy libre de hurgar en sus pensamientos personales a mi antojo? ¿Tal vez con una copa de oporto junto al fuego? Me encantan los dramas.

¿Los dramas?

Aquello equivalía a retarme a un duelo.

—Si mi diario llega a caer alguna vez en sus manos —le repliqué—, puede estar seguro de que encontrará alusiones poco halagüeñas a su persona.

—Espero con impaciencia la difamación de mi carácter bajo su pluma.

A lo que contesté:

—Hágalo. Porque todas las demás entradas son una difamación bastante contundente del mío.

Y, por increíble que parezca, la fría fachada se le resquebrajó. Estuvo a punto de sonreír, lo juro.

—¿Puedo preguntar si mi invitada tiene una tarjeta?

Ay, Dios.

No pude hacer nada, salvo, con las mejillas sonrojadas a causa de la vergüenza, sacar una tarjeta del ridículo. Caminó a lo largo de la mesa y tomó la tarjeta que le tendía. El león fue el primero en saludarlo.

—Por qué será que no me sorprende —murmuró antes de darle la

vuelta—. Emma M. Lion, Lapis Lazuli House. —Guardó silencio unos instantes y luego dijo—: Ah.

Ahí estaba otra vez. «Ah». No era un ah de «Esta es una tarjeta de calidad». Tampoco un ah de «Ahora ya sé quién es». No. Era un ah de «Tendría que haberlo sabido».

Nunca hay que confiar en un hombre capaz de decir tantas cosas con una sola sílaba.

—Señorita Emma M. Lion, gracias por devolverme lo que me pertenece, aunque un poco usado. Permítame que la acompañe a la salida.

Y abrió la puerta que daba al vestíbulo. El mayordomo apareció como por arte de magia y me encontré fuera de la casa antes de que me diera tiempo a decir nada más.

No fue hasta mucho más tarde, aquel mismo día, cuando me di cuenta de que aquella sala estaba construida para intimidar.

Yo era el conejo.

El duque era el sabueso.

La Sala del Conejo, claro. Qué indignidad. Era peor que el Tercer Salón de tía Eugenia. Tengo la intención de pasarme una semana entera furiosa en cuanto pueda dejar de estar totalmente fascinada por su existencia.

19 de junio

Esta mañana he subido a lo más alto de Primrose Hill, me he sacado la canica de la buena-mala suerte del bolsillo y la he lanzado lo más lejos que he podido.

Buena suerte, desde luego.

25 de junio

Durante la última semana, he evitado escribir en mi diario a modo de penitencia.

Tía Eugenia me ha mantenido ocupada con eventos casi cada día, Mary ha dedicado todo su tiempo libre a preparar el cónclave de las Janes, y, con el otro lado de la buhardilla en silencio, mi vida me ha parecido un tanto monótona.

Tía Eugenia, Arabella y yo íbamos esta mañana por Hampstead Heath en el carruaje descubierto de la primera cuando me sorprendió al preguntarme:

—Emma, ¿qué tal es la acompañante que te buscó tu prima Matilde? ¿Cómo dijiste que se llamaba?

Sus palabras me dejaron tan desconcertada que, aunque abrí la boca, no emití ningún sonido. Tuve la sensación de que me hallaba bajo una maldición bíblica.

—Se llama Agnes, mamá —respondió Arabella mientras miraba con aire perezoso a su alrededor.

—Sí, Agnes —repetí.

—Agnes. Me resulta familiar. Un nombre rotundo y bonito. Debe de andar ya cerca de los cuarenta. Las Agnes siempre rondan esa edad. Me gustaría conocerla. ¿Hay algún día en el que puedas traerla a Spencer House?

Arabella ladeó la elegante cabeza para ver cómo me enfrentaba a este ataque inesperado.

—¿Pasarnos por su casa? ¿Llevarla a Spencer House? Bueno... Verá...

Tía Eugenia entornó los ojos; empezaba a albergar sospechas. Fue en ese momento cuando una genialidad me iluminó el camino.

—Agnes me ha dicho que su madre no aprueba a los

portugueses.

Utilizar los prejuicios de tía Eugenia para distraerla de la cuestión que nos ocupaba era una apuesta arriesgada. Se me quedó mirando durante un largo rato y, tras coger una bocanada de aire, negó ligeramente con la cabeza.

—Eso me resulta muy reconfortante —repuso al fin mientras contemplaba el paisaje—. Yo soy de la misma opinión desde hace años.

Y, ahora que la confianza estaba establecida, el tema de mi acompañante quedó zanjado.

—Has cometido un descuido, Emma —dijo Arabella más tarde—. No puedes permitirte otro traspié si no quieres que mi madre te descubra.

—Y ¿qué haría si descubriera la verdad? —pregunté.

—Te haría la vida imposible.

26 de junio

Teobaldo no ha parado de merodear por la buhardilla luciendo su mal humor. Ahora está sentado en la ventana del señor Pierce y llora.

El llanto de un gato es inquietante, recuerda al de un bebé abandonado o a algo místico.

Es casi tan insoportable como el de la prima Matilde. Cuando decide lamentarse, es un quejido salvaje, desde luego. Una vez, se me cayó un pastel de carne entero en el suelo de la cocina y no paró durante horas. Un vecino pensó que estábamos entonando un canto fúnebre.

Estoy divagando.

No me importaría tanto —lo del gato, quiero decir— si no empezara a maullar como un desesperado todas las noches a las dos de la madrugada y continuara sin interrupción durante una hora. Al parecer, le ha tomado un cariño excepcional a El Inquilino. Esto me ha llevado a evaluar mis propios sentimientos. Aunque no lloro su ausencia en mi ventana, no me había percatado de lo cautivada que estaba por las esporádicas notas que se deslizaban a través de la rendija en la pared que compartimos.

Tisbe no lo lamentará cuando Píramo regrese. Resulta que se está aclimatando a su tiempo tormentoso.

Por ahora, estoy aporreando la pared, rogándole a Teobaldo que se calle.

Así están las cosas.

El único atisbo de gran fortuna que ha salido de todo esto es que el primo Archibald —nada versado en gatos— cree que lo están atormentando por alguna acción pasada. (Yo podría referirle varias acciones actuales que merecen un par de tormentos o tres). Ha ido

a ver al Joven Hawkes tres de los últimos cinco días y, cuando está en casa, permanece encerrado en sus habitaciones.

¿Traducción?

Parece que mi malísima suerte está cambiando.

Parian me mira de reojo, como si yo fuera la causa de la angustia del primo Archibald. El hombre tiene un sueño tan profundo que no oye a Teobaldo y no se explica todo el alboroto.

Agnes ha jurado guardar el secreto.

—Intento darle a Teobaldo golosinas que le gusten, señorita Lion. Y se las come al instante. No consigo entender su mal humor.

—El gato echa de menos al señor Pierce, Agnes.

La joven se estremeció.

27 de junio

La mañana del Cónclave de las Jane Eyres ha llegado.

Mary —que ha recibido permiso de la Compañía Telefónica Edison para tomarse un día libre— vendrá esta mañana y prepararemos el salón de recibir para las trece Janes. Una vez que la estancia esté en orden y que Agnes se sienta cómoda en la cocina, tenemos pensado dedicar el tiempo que nos sobre a dar un paseo por el parque. ¿Dónde estará el primo Archibald mientras tanto?, cabría preguntarse. Parian va a tentarlo a salir de su habitación con la promesa de un día en la National Gallery, seguido de una Cena Ligera en The Langham. Mary y yo nos hemos unido para poder permitirnos este lujo y hemos comprado a escote las entradas tanto de Archibald como de Parian. La Cena Ligera ha sido una donación de Arabella, quien también ha distraído a tía Eugenia invitando a unos huéspedes a pasar unos días en Spencer House, unos huéspedes que mi tía estará poco dispuesta a presentarme.

Arabella es realmente divina.

Más tarde

El cónclave acaba de comenzar. Estoy sentada en un rincón del salón con mi diario para tomar notas: una observadora diligente. («Debiste de ser una Currer Bell maravillosa, querida. Una ayudante leal», me ha dicho una de las Janes mientras me daba unas palmaditas en la rodilla).

Y ¿a quiénes tengo sentados a ambos lados mientras dejo constancia de tan histórico acontecimiento? A la izquierda, a Jack Hollingstell, el primo ficticio de Mary (quien hasta ahora había estado

ausente de Londres por Razones Misteriosas), y, a la derecha, al duque de Islington (quien hace un momento, al ver que estaba utilizando mi diario como superficie dura para el papel en el que anoto, ha tenido la gentileza de cambiar de postura en la silla, evitar el contacto visual de forma deliberada y centrarse en las Janes).

Más tarde

Es muy tarde. Las Janes se han marchado, así como Mary, Jack y el duque del Desprecio. Aquí está mi adormilado pero resuelto relato de cómo ha llegado a suceder todo esto.

Una vez dispuesto el salón de recibir, y con Agnes en la cocina preparando los tentempiés, a Mary y a mí nos sobró tiempo para pasear por Regent's Park. Ella, que llevaba consigo sus gemelos de latón —el regalo que se les hacía a todas las Jane desde el inicio—, pensó que deberíamos refrescar nuestros conocimientos de ornitología.

¿Una hora de observación de aves fingida? Maravilloso.

Y así comenzamos, tras elegir uno de los senderos bordeados de árboles y con abundantes arbustos. No sabría decir si se trata de una práctica ornitológica habitual o no. Pero es lo que hicimos.

Estábamos hablando de El Inquilino...

Mary: ¿Qué tipo de negocio crees que te propondrá mañana cuando vuelva a casa?

Emma: El puesto de Bufón de su Corte.

... y yo me había llevado los gemelos a los ojos cuando, por una curva del camino, apareció una figura.

Entonces oí la temida voz.

—Señorita Lion. Volvemos a encontrarnos.

Me aparté los gemelos de la cara, y allí estaba el duque de Islington en todo su esplendor.

Para estar dando un paseo por el parque, lucía un aspecto bastante imponente, con el pelo cuidadosamente peinado y los ojos color avellana estudiándome con frialdad.

—Hola —respondí, sin saber muy bien qué armadura verbal requeriría aquel encuentro.

Miró el objeto que sostenía en la mano, y una expresión carente de sorpresa le invadió el rostro.

—Claro que sí, ¿cómo no iba a encontrármela en el parque con unos gemelos? ¿Acaso no hay nada que se salve de su mirada indiscreta?

—Estamos en plena expedición ornitológica —respondí en tono desafiante—. Mary —dije mientras me llevaba los gemelos a los ojos una vez más—, el espécimen que tienes delante se llama duque de Islington, también vecino de St. Crispian's. No cometas el error de tomarlo por una especie amistosa, por muy inglés que pueda parecer. Duque, le presento a la señorita Mary Bairrage, mi cómplice en todo.

El duque inclinó la cabeza hacia ella.

—Un placer conocerla, señorita Bairrage.

—El placer es mío, duque —contestó ella con una sonrisa ladeada.

—Llámeme Islington. Lo prefiero con creces, como la señorita Lion debería saber. Nos conocemos desde hace tiempo, ¿no es así?

—Desvió la mirada hacia mí una vez más—. Creo que... ¿desde hace cinco años? Desde el setenta y ocho, si no me equivoco. Así que, como ve, señorita Bairrage, la señorita Lion y yo compartimos todas nuestras confidencias, queramos o no.

—Somos amigos íntimos —respondí con un humor seco.

—¿No se supone que debería estar encerrada en alguna cripta

pagando por sus pecados? —preguntó Islington en tono ducal.

—Me desahuciaron —le espeté.

—¿Quiénes?

—Los muertos.

Mary, que lo sabía todo, se estaba divirtiendo de lo lindo.

—¿Pasea solo, Islington? —preguntó.

—Sí, a menos que quieran acompañarme ustedes.

No supe qué pretendía aquel perro tan bien educado con sus falsos modales, pero le eché un vistazo al reloj colgante de Mary.

—Por desgracia —respondí—, las Jane Eyres se congregarán en Lapis Lazuli House dentro de media hora.

—¿Las Jane Eyres?

—Las Jane Eyres —repetí—. Son un grupo de mujeres selectas que han prestado un gran servicio a los desafortunados de este mundo. Mary se cuenta entre sus destacadas filas.

—Así es —intervino Mary, que levantó la barbilla con esa seguridad que solo las Jane Eyres pueden poseer.

El duque tuvo la osadía de aparentar curiosidad.

—Entiendo. Entonces no las entretengo más. Buenos días.

Y continuó su camino por el sendero.

—No me habías dicho que era una criatura con sentido del humor —dijo Mary.

—Él tampoco me lo había dicho a mí —fue mi respuesta.

Entonces Mary se dio la vuelta y llamó al duque, cuya figura se alejaba cada vez más.

—¿Islington?

Él se detuvo, se volvió y me lanzó una mirada que decía: «Claro que sí, ¿cómo no iba a ocurrírsele a una de sus amigas llamarme así?». ».

—Mary, ¿qué haces? —siseé.

Fue En Vano.

—¿Le gustaría unirse a nosotras en Lapis Lazuli House? —preguntó Mary con malicia—. Es un cónclave histórico que tal vez no vuelva a repetirse. Habrá té y un surtido de dulces para comer. Por supuesto, tendría que sentarse con Emma fuera del círculo. No me cabe duda de que lo entenderá.

—No soy una Jane Eyre —respondió para demostrar que así era. Y entonces llegó su negativa. O esa era mi esperanza—. Me temo, señorita Bairrage, que... —Dudó, me miró y luego contestó—: Sería un gran honor para mí ser testigo de tal ocasión si la señorita Lion secundara su generosa invitación.

Mary me dio un codazo y yo —con el ceño fruncido— levanté los gemelos y estudié el rostro del duque a través de ellos.

—Supongo que podríamos admitir la presencia de un Islington en Lapis Lazuli House. Si se pone rebelde, lo encerramos en una jaula.

—Si le damos bien de comer, seguro que se comporta —respondió Mary, y sus palabras sonaron como si estuvieran bordeando una sonrisa.

—Esperemos que sí —respondí.

—Los Islington tienen muy buen oído —dijo el duque. Volvió sobre sus pasos mientras le echaba un vistazo a su reloj de bolsillo (el mismo que hizo acto de presencia en nuestro primer encuentro) y añadió con la voz cargada de un desafío intenso y majestuoso—: Y no se nos puede enjaular, señorita Lion. No lo conseguiría ni aun cometiendo el peor de sus actos.

—¿No pensaba usted que ya lo había cometido?

Tras lo cual me estudió un momento con los ojos entornados.

—En efecto.

Y así fue como me traje a casa al duque de Islington, como si fuera un cachorrito que me había encontrado en la calle.

28 de junio

Anoche me quedé dormida sentada al escritorio y solo recuerdo vagamente haber llegado a tientas hasta la cama para echarme. Esta mañana llueve y hace frío en mi buhardilla. Estoy envuelta en una manta y tengo otra alrededor de los pies. Bueno, ¿por dónde iba?

Un Relato del Cónclave. Continuación...

Cuando entramos en Lapis Lazuli House, los tres nos detuvimos por instinto, pues una melodía apacible y evocadora brotaba de la cocina. Agnes, creyendo que estaba sola, se había puesto a cantar. Era una balada alegre que terminaba de forma triste, con la joven doncella obligada a casarse con el hombre equivocado. Cuando terminó, dije en voz alta:

—Agnes, hemos vuelto.

Salió con una sonrisa por haberse pasado el día cocinando cosas dulces. Tenía el vestido cubierto de harina. Pero, cuando vio a Islington, se puso muy colorada y se llevó las manos al cabello color paja.

—Ay, Dios.

—Ay, duque, mejor dicho —respondí—. Agnes, este es el duque de Islington. Va a unirse a nosotras. Iremos al salón de recibir a esperar la llegada de las Janes. ¿Podrías servirnos un té temprano?

—Sí. Sí, no. O sea, sí. Tengo que cambiarme. Iba a hacerlo en este instante para estar presentable cuando las mujeres llegaran, pero no sabía que traería a alguien, y menos a un hombre... Bueno, excepto al señor Pierce, pero aún no ha regresado y pensé que me

daría tiempo a adecentarme para el servicio y no avergonzarla, sino hacerla sentirse orgullosa.

Se interrumpió para coger aire.

—Cielos, Agnes, no te preocupes tanto. Ve a cambiarte, tómate todo el tiempo que necesites.

Entonces miró al duque en busca de confirmación. ¡Figúrate! En mi propia Lapis Lazuli.

Como si su título tuviera autoridad dentro de estas paredes.

Jamás.

Hablaré con ella al respecto.

—A uno no le apetece tomar té justo después de regresar del parque, como es el caso —dijo él con gentileza—. Siempre prefiero disponer de un rato para ponerme cómodo. Me ha hecho un favor tremendo.

Y sonrió a Agnes con una consideración tan cordial que Mary y yo fuimos testigos de cómo Cupido tensaba el arco y le clavaba una flecha en el corazón a la muchacha; rápida e inmediata. Ella sonrió, hizo una reverencia, soltó una risita y volvió corriendo a la cocina.

—¡Cielo santo! —exclamé mirando a Islington—. ¿Suele tener ese efecto sobre las mujeres?

Mi pregunta lo tomó desprevenido y, por un brevísimo instante, pareció verdaderamente turbado. Sin embargo, se recuperó con facilidad y respondió:

—Solo en las jóvenes cocineras escocesas. Al parecer.

—No viaje al norte, entonces —dijo Mary—. Pondría todas las casas patas arriba.

Entramos en el salón justo cuando sonó el timbre. Mary asumió el gobierno de la estancia sin decir una palabra y fue a abrir la puerta mientras yo le indicaba a Islington que se sentara junto a mí en un rincón.

—Es mejor que nos mantengamos al margen —le expliqué cuando

se acomodó a mi lado.

El duque canalizó su diversión hacia una mirada de interés de un modo digno de admiración.

—¿Podría preguntarle quiénes son exactamente las Jane Eyres?

Así las cosas, le ofrecí un breve relato de la vida en Fortitude, escuela preparatoria para señoritas. Me escuchó sin interrumpirme mientras le hablaba de nuestra vida allí y compartía con él algunos percances divertidos y la importancia de nuestra primera edición en tres volúmenes de *Jane Eyre*.

—No puede imaginarse lo que Jane significaba para todas nosotras, atrapadas en aquel lugar con el tiempo como único guardián que nos permitiría salir. Y ahora se la han arrebatado a todas esas pobres chicas.

—¿Por qué no se limitan a facilitarles otro ejemplar? —preguntó.

—Es una cuestión de principios. Y de historia. La mitad del consuelo provenía de sentir cuántas veces habían leído aquel libro antes que tú... ¡y de ver la interminable lista de chicas que habían conseguido salir de allí! Ellas habían sobrevivido y sus nombres, aún escritos en las últimas páginas del libro, eran testimonio de que nosotras también resistiríamos y crearíamos una vida distinta por completo a aquella para la que nos habían preparado.

Las comisuras de los labios se le curvaron en la más efímera de las sonrisas.

—Así que ¿las Janes tienen que encontrar la manera de recuperar el *Jane Eyre* original de manos de la temible señora Wade?

—Esa es la esperanza.

La estancia iba llenándose de mujeres de todas las edades que se saludaban, que lanzaban exclamaciones. Me pareció que habían venido casi todas. Mary estaba aún contándolas cuando alguien se sentó en la silla de mi izquierda. Me volví y noté que la sonrisa que tenía en la cara bajaba varios grados de temperatura.

—Jack.

Y el apuesto reptil tuvo el descaro de mostrar los dientes al sonreír.

—Señorita Lion.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Me enteré de lo que estaba ocurriendo y pensé que me gustaría presenciar el evento.

—¿Le ha invitado Mary?

—No.

Una declaración Muy Reconfortante.

Y, luego, continuó:

—Mary me lo mencionó, pero me enteré de que iba a suceder por medio de una fuente muy distinta.

Una declaración Nada Reconfortante.

—¿Cómo es posible que se haya enterado?

—Mi trabajo se basa en el conocimiento, señorita Lion.

—Alarmante e Impresionante —contesté al ver que la última Jane había llegado y estaban colocando los muebles en círculo—. Hablando de conocimientos, creía que se había marchado de Londres.

—Volví ayer. Por suerte para usted. —Y, a continuación, añadió—: ¿Va a presentarme a su pretendiente?

En lugar de ofenderme por el término, respondí:

—¿Debo hacerlo?

El duque nos miraba por el rabillo del ojo y no había necesitado más de un instante para hacerse una idea clara de qué tipo de hombre era Jack. O, al menos, eso supuse, porque adoptó esa actitud distante que solo la aristocracia es capaz de perfeccionar de verdad.

Decidí mentir.

—Jack, este es Neville Cross. Neville, Jack Hollingstell.

Jack estiró el brazo por delante de mí y le tendió la mano.

—Es un placer conocer al duque de Islington en persona.

El duque no se la estrechó y Jack, sonriendo, giró la mano hacia arriba para mostrarle la palma. Allí estaba el reloj de bolsillo de Islington.

Este, hay que reconocerle el mérito, dejó escapar un sonido divertido y levantó el reloj de la palma abierta de Jack con un ademán seguro.

Fue entonces cuando Mary dio comienzo a la reunión.

Lo que siguió fue maravilloso y extraño a la vez. Como única Currer Bell presente, tomé notas con gran diligencia: dieciséis páginas enteras. Lo primero fueron las presentaciones, empezando por la primera Jane, que lleva una vida holgada en Mayfair, y terminando con la decimotercera, que se había desplazado hasta Londres con ayuda de su hermano y sin que sus padres lo supieran. Tenía los ojos rojos de tanto llorar y las demás Janes se unieron para consolarla compartiendo todas sus cuasicatástrofes.

—Ha sucedido lo que siempre supimos que sucedería —sentenció Mary en un momento dado—, y ahora debemos decidir qué hacemos.

Absorta como estaba en mis notas, apenas podía espiar a mis dos insólitos compañeros. Jack era todo comodidad regalada, totalmente recostado en la silla, con la barbilla levantada, los brazos apoyados detrás de la cabeza y observando el proceso con una media sonrisa y la vista aguzada. La postura del duque era más atenta, con una pierna cruzada sobre la otra, los brazos entrelazados y una mano levantada de tal manera que el pulgar se le hundía en la barbilla mientras que el índice le descansaba sobre los labios.

Cielos. Sin duda parece que no le quitaba ojo.

No era así.

Las Notas Abreviadas de la Sociedad Jane Eyre

La primera media hora fue una reunión improvisada sobre el propio libro. Resultó ser nada menos que deliciosa. ¡Qué cantidad de pasajes memorizados entre aquellas trece mujeres! Para sorpresa de todas las sorpresas, la cuarta Jane afirma que su compañera de cuarto (y Currer Bell) creía que ¡St. John Rivers habría sido más adecuado para Jane que el señor Rochester! La sensación de consternación generalizada sí fue adecuada.

La segunda media hora se dedicó a comparar las marcas del interior de los libros. Por Ejemplo: ¿quién era la responsable de la mancha de mermelada seca en la página setenta y tres? Nada menos que la hermana de la segunda Jane, que nunca podía leer sin estar comiendo ni comer sin estar leyendo. Por lo visto, ahora es una mujer corpulenta que vive en Bristol y tiene una biblioteca bien surtida. Todas coincidieron en que era una vida plena.

La tercera media hora se fue en el relato de la traición que había sufrido la decimotercera Jane; un momento solemne, desde luego.

La cuarta media hora fue una exploración de cómo recuperar el libro y restablecer la Orden de las Janes. Al igual que la quinta. Nadie propuso una forma de actuar que no se descartara al instante por un motivo u otro. Se plantearon todas las sugerencias posibles, pero, salvo que quemaran Fortitude hasta los cimientos, *Jane Eyre* iba a permanecer en el Cajón con Cerradura hasta el fin de los tiempos.

Fue entonces cuando Jack el Libertino se atrevió a interrumpir el círculo. Trece Janes se volvieron en silencio para mirarlo con desprecio. Casi sentí la necesidad de extender un brazo protector. El duque, que milagrosamente seguía sentado a mi derecha, frunció el ceño con interés.

—Mis queridas Janes —comenzó Jack con su sonrisa de felino

salvaje—, han tanteado el soborno, el incendio provocado y el chantaje como opciones viables para recuperar supreciado libro. Dado que todas ustedes son principiantes en el arte del engaño, ¿me permitirían ofrecerles una sugerencia que, tan avezado como estoy en todo lo escandaloso, me siento cualificado para llevar a cabo?

—¿Qué has pensado, Jack? —preguntó Mary.

—Es simple. Como marido de una antigua alumna de Fortitude, mi esposa y yo pedimos que nos dejen acceder a la escuela y nos las arreglamos para entrar en el despacho en cuestión con el cajón en cuestión. Una vez que se cree la distracción adecuada, fuerzo la cerradura, saco los libros y nos vamos. Sencillo y elegante.

—¿Pretendes que me haga pasar por tu esposa? —preguntó Mary con el ceño fruncido de preocupación.

—No, Mary. Tú eres una opción demasiado obvia. Ustedes mismas han dicho que el nombre de las Janes figura en el primer volumen. Tiene que ser una antigua alumna que no pertenezca al círculo sagrado del que ustedes forman parte.

Fue entonces cuando todas las miradas se volvieron hacia mí.

Creo que, de forma muy razonable, respondí:

—¡Por encima de mi cadáver fingiré ser su esposa! ¿Usted? ¿Mi marido? ¡Debe de estar loco de atar! ¡A la señora Wade le bastará con mirarle una sola vez para saber que la serpiente ha entrado en el jardín!

Desde donde se hallaba el duque, me llegó un levísimo ruido de asentimiento.

Sin embargo, las Janes... Todas sabían que eran inútiles en lo que a delinquir se refería, y Mary me sonreía de oreja a oreja, como si yo hubiera nacido para tal comportamiento.

Fue entonces cuando Jack, bajando la mirada hacia mí, se sacó

del bolsillo unos anteojos ridículos, se revolió el pelo hacia un lado y se ajustó mínimamente la corbata.

—Queridísima Emma —dijo en un tono dulce y adorable que Desde Luego No Era el Suyo—, qué dicha tan enorme poder ver al fin la escuela que tanto significó para ti. Señora Wade —se dirigió al duque—, he querido conocerla desde el día en el que Emma pronunció su nombre con reverencia por primera vez. Y aquí estamos. —En ese momento, la serpiente había desaparecido, solo quedaba un caballero tierno y un tanto desaliñado que tenía aspecto de haber pasado un tiempcito de más en la biblioteca de Cambridge. Jack estaba radiante—. Oh, ¿dice que Emma era bastante traviesa en la escuela? —Una risa refinada—. Los niños tienden a portarse mal, ¿no es así? Pero su instrucción, señora Wade, preparó a Emma para su papel de adoración servil, y es la mejor esposa que un marido podría desear. Se lo agradezco. Y solo hay que fijarse en estos terrenos. Fortitude, escuela preparatoria para señoritas, es aún más majestuosa de lo que imaginaba. Querida —me acarició con la mirada—, cuando lleguen, enviaremos aquí a nuestros hijos.

Al terminar, me agarró la mano y me la besó. Parpadeé. Luego, tras recuperar su propia personalidad en un instante, reveló que durante su pequeña actuación teatral no me había quitado solo el diario y la pluma estilográfica, sino también una horquilla.

Las Janes aplaudieron.

Jack hizo una reverencia.

Islington, a mi derecha, parecía suspicaz, pero, aun así, impresionado.

Vaya.

—¡La señora Wade jamás se creería una palabra! —argumenté.

—Se lo creerá, señorita Lion —respondió Jack mientras se quitaba

los anteojos—. Y saldremos de Fortitude con los preciados volúmenes. ¿Lo sometemos a votación?

La votación fue unánime.

Cuando el cónclave empezó a disolverse, Islington se despidió.

—Gracias, señorita Lion, por una tarde de lo más..., eh..., peculiar.

—La ha soportado con entereza —fue mi respuesta.

Él sonrió; luego adoptó una sutilísima expresión de preocupación.

—¿Va a viajar a solas con el señor Hollingstell?

—Son solo dos horas en tren, una excursión de un día. No hay grandes causas de alarma. Jack, pese a la turbiedad de todas sus empresas, no será nada que no pueda manejar.

El duque hizo un gesto de deferencia.

—Le deseo buena suerte en su empeño.

Y salió por la puerta.

Casi se oyó a Agnes suspirar desde la cocina cuando se marchó.

Creo que fue una de las tardes más extrañas en Lapis Lazuli House.

Más tarde

Acabo de oír el ruido de un carro deteniéndose delante de la casa. Cuando me he acercado a la ventana, he visto que una figura familiar descendía y empezaba a descargar sus cosas de la parte de atrás... Todo ello con esa peculiar cojera suya. El Inquilino ha regresado.

Se ha quedado inmóvil, ha vuelto la cabeza hacia atrás por encima del hombro como un ave rapaz y la luz se le ha reflejado en los ojos plateados. Cuando me ha visto acechando en la ventana, ha sonreído y ha asentido con la cabeza.

Le he devuelto el saludo con la mano.

Al cabo de unos minutos, lo he oído subir las escaleras. Teobaldo, del que habría jurado que estaba profundamente dormido en mi cama, ha cruzado la cortina en un abrir y cerrar de ojos, y, desde el otro lado de la pared, me ha llegado la profunda voz del señor Pierce al saludar a su protegido. Medio esperaba que me saludara a mí también, pero no me ha pasado ninguna nota a través de los tablones. Ha estado moviéndose de un lado a otro durante unos minutos y luego todo ha quedado en silencio.

Ahora El Inquilino está dormido, cansado de dondequiera que haya estado.

No esperaba una nota.

Salvo que sí la esperaba.

29 de junio

El campo en junio es absolutamente magnífico. Todo ese verde, tal como se ve a través de la ventana de cristal de un tren, tiene algo que te hace sentir como si fueras el personaje de un libro. El mío sería una tragicomedia.

Vivir entre tanta belleza... Mi confianza en Lapis Lazuli se tambalea. Lo justo.

Ya está, la he reforzado pensando en cerdos en el jardín campestre.

No tengo intención de satisfacer a mi banquero vendiendo la casa y mudándome a una más pequeña en el campo.

No obstante, ¿tener una casita de campo y Lapis Lazuli House?

Bueno...

Sería soportable.

Es media tarde y Jack y yo vamos cada uno sumido en nuestros propios pensamientos, con la primera edición en tres volúmenes de *Jane Eyre* colocada con gran esmero a mi lado.

Me ha complacido encontrar mi nombre al final del tercer volumen, seguido de las siete marcas que señalan las veces que leí la obra de principio a fin. Querido queridísimo libro.

¿Cómo se ha producido su rescate? No estoy del todo segura.

Es más, no tengo claro si quiero estarlo.

He pagado caro este viaje.

Cuando Jack y yo nos encontramos en la estación de tren, fue como si me hubiera topado con una persona del todo distinta. La farsa de hacía dos noches no era nada en comparación con aquel personaje tan bien construido de esposo culto, complaciente y un tanto extraño.

—Hola, querida —me saludó, y luego me cogió el paraguas y me

dio un beso en la mejilla.

—En serio, Jack —respondí.

—Siempre te quejas de que paso muchas horas dando clases en la universidad. Hoy voy a tomarme el día libre para estar contigo, así que sé buena y disfrutemos de este tiempo juntos. Cuando llegue el pequeño Jackie ya no tendremos tanta libertad, ¿verdad?

Su habitual sonrisa pícara me resultó tan ridículamente tierna que no pude evitar reírme y seguirle el juego.

El trayecto en tren fue bastante agradable. Lo pasé mirando por la ventana mientras Jack leía el periódico con detenimiento. No se salió del papel en ningún momento. Cada movimiento, cada vez que se aclaraba la garganta y se recolocaba los anteojos con el dedo corazón, era una interpretación sin igual.

En un momento dado, levantó la vista y dijo:

—¿Has preparado los sándwiches, cariño?

A lo que respondí:

—Oh, bizcochito, creía que ibas a invitarme a un almuerzo temprano en el Rose and Eagle. Me hacía muchísima ilusión.

Fue entonces cuando una levísima grieta resquebrajó la fachada profesional de Jack. La sonrisa le desapareció y le reapareció en el rostro tres veces en medio segundo. Se llevó la barbilla hacia el pecho, me miró por encima de los anteojos y dijo:

—¿Bizcochito?

A lo que respondí:

—Los términos cariñosos pueden ser muy particulares de cada pareja, ¿no te parece?

Un destello del Jack de siempre le iluminó los ojos.

—Sin duda lo son, mi hada de azúcar.

Estuve a punto de pellizcarle la nariz.

El almuerzo en el Rose and Eagle fue delicioso. Jack, al ver mi

determinación de «darme un buen banquete», pidió extra de todo. Y un buen banquete me di, la verdad.

—Vas a marearte en el tren —predijo.

—Jamás —repliqué—. Además, mi banquero me ha aconsejado que me aproveche todo lo posible de los demás. Forma parte de mi plan para ganar solvencia.

—Oh, no es necesario que te preocupes por los gastos, mi tartaleta de cereza. El deber de un hombre es el deber de un hombre. En esa cabecita tan bonita que tienes solo puede haber cosas igual de bonitas.

Fue en ese preciso instante cuando casi se comete un mariticidio en el Rose and Eagle.

Resultó que me había casado con un paleontólogo cuya especialidad era «Los Animales Extintos y la Iglesia Anglicana». Tiene varias teorías creíbles acerca de la posible relación entre ambos, y me descubrí rogándole que parara. Se sonrojó, sonrió y, después de rozarse las comisuras de los labios con la servilleta, dijo:

—Tienes razón, querida. Debería reservar tales reflexiones para mis clases. Bien, hablemos de esa antigua escuela tuya. Paremos allí para que pueda verla con mis propios ojos.

Y allí paramos.

Fortitude seguía tal como la había dejado tres años antes: intimidante y un tanto destartada. Las verjas de hierro —pintadas de marrón, sí, y la pintura se está descascarillando— estaban cerradas a cal y canto. Jack se apoyó en ellas con una sonrisa mientras decía algo acerca de la «integridad paleontológica del registro fósil» y, con apenas un movimiento ligero de los dedos y una pequeña piqueta de metal, la cerradura saltó.

—Parece que el jardinero se ha dejado la verja abierta —dijo—. ¿Lo intentamos, pastelito de frutas?

Los jardines me conmovieron. Debía de haber siete briznas de

hierba más que la última vez que estuve allí.

No tardamos mucho en hallarnos dentro del vestíbulo. La capacidad de Jack para fingir interés excede cualquier capacidad humana. Fue en el momento en el que se emocionó con el tipo de mortero empleado en las piedras y se volvió hacia mí con una expresión radiante cuando al fin comprendí por qué Mary estaba dispuesta a... Bueno, a tratarlo siquiera.

—Ven, golosina —dijo—. Veamos si la señora Wade está en sus aposentos.

Dichos aposentos estaban situados en el extremo sur del pasillo oeste, y no habíamos recorrido ni la mitad del camino que conducía a ellos cuando una voz gritó:

—¡Quién Anda Ahí!

Jack, al notar mi reacción de mastín —músculos tensos y propensión a morder—, me sujetó la mano enhebrándosela por el brazo y, con una sonrisa, gritó:

—El señor y la señora John Hollingstell, para ver a la señora Wade.

La puerta al final del pasillo se abrió con un chirrido y, para horror de los horrores, mostró una figura alta y corpulenta que se alzaba como un espectro bien alimentado.

—¿Quién? —Y luego, al verme—: ¡Oh, no!

—Hola, señora Wade.

—¿Qué hace usted aquí?! —gritó.

Para entonces, había agarrado el formidable paraguas negro que tenía cerca de la puerta y me lo estaba blandiendo en la cara. Era asombroso lo mucho que se parecía aquello a muchos otros días de colegio. Estuve a punto de darme la vuelta, convencida de que no iba a salir nada bueno de todo aquello, pero atisbar la llave que llevaba colgada al cuello en una cadena me animó a seguir adelante.

—Señora Wade, mi esposo y yo...

—¡Fuera, demonio! ¡Vuelve a las llamas del infierno!

Pero, en ese fatídico momento, Jack dio un paso al frente y, no sé cómo, de repente tenía el paraguas en la mano y los labios pegados a la de la señora Wade.

—Mi querida señora Wade, es a usted a quien debo agradecerle el haber moldeado una esposa tan dócil y dulce en mi nombre. De hecho, cuando no estoy dando clases en la universidad o tomando el té con el arzobispo de Canterbury, siempre puedo volver a un hogar acogedor mantenido con gran esmero por mi queridísima Emma. El arzobispo está muy impresionado. ¿Podemos pasar?

Y para dentro que fuimos.

La señora Wade tenía cara de querer protestar, pero no paraba de repetir:

—¿Dócil? ¿Dulce? ¿El arzobispo de Canterbury, dice?

—Té, sí, claro —contestó Jack, y nos tuvo a los tres sentados antes de que supiéramos siquiera qué había pasado—. El arzobispo está muy interesado en mis teorías sobre Los Animales Extintos y la Iglesia Anglicana. Ciencia y Fe, señora Wade. ¿Acaso no van de la mano? Sin duda, el arzobispo cree que sí. ¡Y seguro que usted también, siendo educadora de primer grado! Verá, le he hablado de usted como inspiración de la imperecedera felicidad de mi esposa.

Felicidad, claro.

Continuó hablando sin parar, haciéndole ojitos intelectuales a la señora Wade, y esta permaneció sumida en un estupor desconcertado mientras abría y cerraba la boca solo de vez en cuando. Porque ¿cómo se discute con el arzobispo de Canterbury?

No se discute, sin más.

Fue en ese momento cuando Jack desvió su atención hacia una mariposa gastada y raída enmarcada en la pared.

—¡Vaya, señora Wade, es un espécimen excelente! ¿Es usted lepidopteróloga? ¿Me permite echarle un vistazo? —Se levantó y no

dejó de hacer comentarios halagadores mientras la contemplaba a través de los anteojos. A continuación, pasó al segundo objeto de la habitación—: Emma de mis amores, fíjate en este precioso grabado de flores silvestres. Oh, señora Wade, es usted todo lo maravillosa que Emma me ha dicho que era. Esta estancia es el reflejo de una mujer refinada. De pensamiento elegante.

El problema era que ya había estudiado los dos únicos elementos decorativos de la habitación.

Me recosté en la silla y, arqueando una sola ceja, lo desafié a encontrar algo más que elogiar. Fue en ese momento cuando dirigió sus eruditas atenciones hacia el escritorio, el escritorio que tiene el Cajón con Cerradura.

—¡Señora Wade! ¡Qué gran obra de artesanía! Aquí es, deduzco, donde lleva a cabo su trabajo de inspiración y disciplina. Caramba, es una preciosidad. Y la superficie está muy bien alisada, como se recomienda. La muñeca, señora Wade, es el instrumento más esencial que tiene un hombre o una mujer de cultura. Piénselo. ¡La muñeca! He escrito una serie de artículos sobre el tema. —Entonces sonrió—. Usando la muñeca, por supuesto. La llamo «La Herramienta Indispensable».

Y, en ese momento, movió la muñeca a uno y otro lado y tiró al suelo una fotografía enmarcada.

Aquello sacó a la señora Wade de su estupor.

—¡Oh, cielos, mi padre! —exclamó.

Me puse en pie de un salto para recoger el malhadado retrato y, al levantarlo —por suerte, el cristal no se había roto—, se lo llevé a la pobre señora Wade. A aquellas alturas, hasta yo sentía una tremenda compasión por ella. Mientras la mujer inspeccionaba el estado de la fotografía, la voz de Jack me llegaba desde detrás del escritorio diciendo cosas como:

—Dios mío, qué desastre. ¿Se ha roto? Lo siento muchísimo.

Menudo lío.

Fue entonces cuando los ojos enrojecidos de la señora Wade comenzaron a desorbitarse, una señal reveladora que hacía mucho tiempo que había aprendido a interpretar como Muy Peligrosa. Era hora de huir; al diablo con el pobre volumen de *Jane Eyre*.

—Querido, creo que debemos irnos. La señora Wade es una mujer muy ocupada.

—Por supuesto.

Y apareció a mi lado enseguida, le besó la mano a la señora Wade y me empujó hacia la puerta sin darme tiempo siquiera a despedirme.

La señora Wade se quedó donde estaba, mirándonos de hito en hito y con el retrato de su difunto padre en las manos.

Jack continuó charlando animadamente mientras me guiaba hacia el exterior del edificio, a través de los jardines y hasta el otro lado de la verja, que cerró con firmeza a nuestra espalda.

—Bueno, querida.

—¡Jack! ¡Es usted terrible! ¿Y todo para qué?

Y con su sonrisa de felino salvaje, se sacó de la chaqueta tres volúmenes de una *Jane Eyre* bastante ajada.

—Para esto.

—¡Lo ha conseguido!

—Por supuesto, *pain au chocolat* —respondió volviendo a meterse en el papel.

Le pegué. Cogí uno de los volúmenes y se lo estampé con fuerza en la cabeza.

(Eso lo convierte en el tercer hombre en menos meses al que he agredido con un libro).

Luego, le di un beso en la mejilla.

Echamos a andar con gran prisa hacia la estación de tren.

—Ha sido la cosa más loca que he visto en mi vida —le dije

mientras atravesábamos un campo—. ¿Se da cuenta de que jamás podré volver a presentarme ante esa mujer?

—En cuanto se tome el té, todo irá bien.

—Jack, por mucho que admire su fe inglesa en que el té es capaz de solucionar cualquier problema, no creo que logre compensar lo que acabamos de hacerle pasar.

—¿El té? Por supuesto que no. Pero, mientras estábamos en su despacho, le he echado en la tetera un pellizco de un polvo que provoca alucinaciones leves. No seremos el sueño más extraño que haya tenido antes de que termine la tarde.

—¡Ha drogado a la señora Wade!

—Un poco. No me mire así. No le pasará nada. ¿Y usted? Relegada a las extrañas expresiones subconscientes de su mente. Dudará de su propio juicio y no se atreverá a creer que hemos venido de verdad. Es obvio que esa mujer no ha recibido una sola visita en todo el verano.

Y, ante eso, no me sentí solo enormemente culpable, sino también muy triste.

Le lancé una mirada asesina a Jack para mitigar la culpa abominable.

Él, a cambio, me lanzó su sonrisa de profesor.

—Enviaremos a nuestros hijos a esa escuela.

Le di un papirotazo en la oreja.

Una vez acomodados en el tren, Jack sentado frente a mí para el trayecto de vuelta, dije:

—¿Cómo es posible que Mary pueda permitirse sus servicios, señor Jack Hollingstell? He sido testigo de sus talentos y no me cabe duda de que se mueve en aguas peligrosas. ¿Por qué finge ser primo de Mary cuando estoy segura de que le paga mucho menos de lo que acostumbra a cobrar?

Jack, mirándome con expresión divertida, respondió:

—No te preocupes por eso, calabacita. Es mejor que las esposas miren para otro lado.

—Es usted una rata —repliqué. Luego, dado que Mary es mi mejor amiga, añadí—: No se le ocurra hacerle daño. Ni tocarla. Y no necesariamente en ese orden. ¿Me explico?

Y entonces me estudió durante un buen rato.

—Tengo la sensación de que no conviene enemistarse con usted, Emma M. Lion. Me comprometeré a mantener a Mary a salvo y..., bueno, intacta si me promete una cosa.

—¿Qué cosa?

—En algún momento del futuro, le pediré un favor. Debe decir que sí sin reservas. ¿Trato hecho?

El viaje en tren había adquirido un carácter faustiano en muy poco tiempo.

—Es un acuerdo absurdo —respondí.

En aquel momento, Jack se quitó los anteojos, se desató la corbata y, con unos cuantos retoques más, abandonó a mi dulce paleontólogo; sentado ante mí en carne y hueso, apareció el apuesto depredador.

—Creo que usted es más consciente que Mary de que me dedico a cosas peligrosas con gente peligrosa. Hágame esta promesa y me aseguraré de que Mary se mantenga al margen. Si no me la hace, no puedo prometerle que su amiga no se vea involucrada en algo que tal vez la haga sufrir. No la estoy chantajeando —agregó al ver la cara que puse—. No pretendo hacerle daño a Mary. Créame. Soy peligroso, no malvado. Lo más probable es que no le ocurra nada. Pero tengo los medios para garantizar su total seguridad.

—¿Unos medios que solo intercambiará por un favor?

—No puedo permitirme trabajar gratis, señorita Lion. No todos somos duques.

La referencia me alarmó y, tras pensarlo un momento, supe que

solo podía hacer una cosa.

—Le haré una contraoferta —respondí.

Ladeó la cabeza en un gesto de interés.

—¿Sí?

—Le prometo dos favores si...

—¿Dos?

Y se echó a reír.

Levanté el dedo como una maestra de escuela.

—He dicho «si». Si su protección se extiende a mis familiares y amigos; a Islington, por ejemplo. No permitiré que usted y sus ardides perjudiquen a quienes forman parte de mi círculo. ¿Le ha quedado claro?

—¿Y usted me ofrece dos favores a cambio?

—Sí.

—Son muchas personas por solo dos favores.

—Mi tía Eugenia conoce a Howard Vincent —repliqué—. Y, aunque tener a Scotland Yard pisándole los talones no interrumpirá cualesquiera que sean sus actividades, sí que resultaría de lo más inconveniente.

Entrecerró los ojos y sonrió.

—Acepto.

—Sellémoslo con un apretón de manos.

Y así lo hicimos.

Ahora Jack está recostado con comodidad, mirando por la ventana, con el lobo bien escondido bajo la piel del cordero, y yo estoy escribiendo, preguntándome en qué narices me habré metido exactamente.

30 de junio

He dormido de maravilla.

Cabría pensar que, después de haber hecho un trato con un personaje turbio —un demonio, posiblemente—, no sería el caso.

Todo el asunto del diario de Islington indicaba que me esperaban varias noches más de dar vueltas y más vueltas en la cama. Sin embargo, he dormido con una profundidad admirable.

Quizá fuera porque Jack me dio un beso de despedida en la estación de tren.

—No te preocupes, mi bizcochito esponjoso, no te pediré nada horrible.

A lo que le respondí:

—Le creo, hasta cierto punto.

—Sabias palabras.

Y se llevó la mano al sombrero y desapareció.

No pretendo decir que se esfumara con un ipuf!

Más bien, parpadeé y se perdió entre la multitud.

Bueno.

Si he atraído a un demonio a mi vida, al menos es un demonio encantador.

En cuanto al resto del día:

Este día de junio: *Una obra en tres actos*

Acto primero: Al despertar, descubrí que tanto el primo Archibald como Parian habían salido de casa.

—Ha vuelto al museo, señorita Lion, y tiene intención de pasar allí la mayor parte del día. Parian lo ha acompañado para llevarle el

batín, por si lo necesitara en algún momento —me dijo Agnes mientras me servía el desayuno.

—Qué alegría —respondí—. Y esta mañana ha salido el sol. Nuestra suerte se ha duplicado, Agnes. Quizá debiéramos ir al hipódromo y hacer unas cuantas apuestas.

Fue en ese momento cuando llegó una caja entera de pasteles con una nota adjunta.

Como símbolo de nuestro acuerdo.

—Ay, Dios —murmuré.

Agnes, cuya falta de decoro a veces rivaliza con la mía, leyó la nota.

—Pero ¿quién se la ha enviado, señorita Lion?

—Alguien que nunca te molestará. Espero —contesté—. Cómete un pastel, Agnes.

Luego, envolví a *Jane Eyre*, le di un beso y se la envié a Mary.

Acto segundo: El duque de Islington me ha hecho una visita. No se quedó mucho tiempo ni parecía estar de muy buen humor al principio.

Puede que Agnes, que revoloteaba con alegría de un lado a otro mientras nos servía el té, contribuyera a ello.

—He venido a ver si seguía viva después de sus proezas de ayer, señorita Lion —dijo cuando nos quedamos solos.

—Muy viva. Como ve.

Estaba sentado frente a mí en el salón de recibir, con una pierna cruzada con elegancia sobre la rodilla de la otra, sin un solo pelo fuera de lugar, sin una sola prenda raída, sin el menor atisbo en el rostro del humor que con tanta viveza había visto dos días antes. ¿Acaso todos los duques son tan cambiantes? Qué agotador.

—¿Y tuvo éxito? —preguntó.

Mi sonrisa fue respuesta suficiente.

—¿El tal señor Hollingstell?

—No tiene por qué preocuparse, Islington. Está totalmente a salvo de él.

Entonces un lado de los labios se le curvó en una sonrisa burlona.

—No era por mí por quien estaba preocupado, señorita Lion.

—¿Al sabueso le preocupa que el conejo pueda estar en peligro por culpa de un zorro?

Islington respondió con una versión distinta de su sonrisa burlona; una que, ay de mí, delataba un humor genuino.

—¿Le gustó mi Sala del Conejo, entonces?

—Sí y no. No me gusta sentirme la presa.

—He tenido muchos conejos en mi Sala del Conejo, señorita Lion. Usted no ha sido uno de ellos.

Y, sin más, se excusó y se marchó.

Vaya.

Acto tercero: Esta tarde estaba sentada a mi escritorio cuando oí a El Inquilino entrar en su buhardilla. Le envié una nota a través de la pared.

Bienvenido a casa.

POR EXTRAÑO QUE PAREZCA, ES CIERTO QUE TUVE LA IMPRESIÓN DE VOLVER A CASA. UNA SENSACIÓN POCO COMÚN.

Estaba a punto de salir al jardín trasero para sentarme a la sombra y comerme una cantidad enorme de pasteles con un té tardío. Con los ojos entornados, las malas hierbas parecen flores.

Acompañeme. Si se atreve.

Me pareció oírlo reír.

ME ATREVO.

Cuando el señor Pierce salió al jardín, estaba recién afeitado y lucía un cómodo traje de tarde de color marrón oscuro y estampado de espiga. No era un atuendo tan caro como el de Islington, pero estaba limpio y parecía confortable. Y, dentro de mí, algo que estaba torcido se enderezó.

No me lo esperaba.

Fue agradable. Me sentí como si un viejo amigo hubiera venido a visitarme.

Algo que no había vuelto a sentir desde...

Estoy divagando.

El señor Pierce se sentó en la segunda silla de mimbre, puesto que, obviamente, yo ocupaba la primera, y contempló la mesa repleta de pasteles.

—Cuando me invitó a comer una cantidad enorme de pasteles, no esperaba que lo dijera de una forma tan literal.

—Este regalo ha salido muy caro. Será mejor que no lo desperdiciemos. ¿Le apetece un té?

Y té tomamos. Tenía intención de preguntarle por la propuesta de negocio que me había mencionado antes de marcharse, pero no parecía haber lugar para ello. Nuestra conversación era muy de Junio y muy de Tarde, es decir, iba y venía como una abeja melífera.

Después de haber pensado tan a menudo en el señor Pierce en términos de tormenta lejana y paraje desconocido y salvaje, me sorprendió la calma de su voz en un jardín caldeado. Era casi hipnótica. Hablamos con soltura de cosas sencillas, como si estuviéramos retomando una conversación. Le hablé del jardín de mi tía en el campo y de los recuerdos que allí había formado. Él me

describió un jardín que había visto una vez en Marruecos, lleno de plantas exóticas, exuberante en el desierto. Le mencioné a mi amiga, la señorita March, que decía que Italia era el único lugar en el que había que estar en junio. Él me habló del único junio que había pasado en Italia. Le dije que su vida parecía más interesante que la mía. Se rio. Y fue entonces, y solo entonces, cuando el trueno lejano de su voz sonó más oscuro que el día.

Las sombras se habían alargado bastante cuando dije:

—¿Me mencionó una propuesta de negocio, señor Pierce?

—Ah, sí. —Cambió de postura en la silla, de manera que, en lugar de estar mirando hacia el jardín, se centró en mí—. Puede que no sea muy ortodoxo...

Me reí.

Aquí no hay nada que sea muy ortodoxo.

—... pero me gustaría preguntarle si el salón grande de Lapis Lazuli House se usa alguna vez. —Entonces, una sombra le titiló detrás de los ojos—. Me refiero a si lo usan seres vivos. No fantasmas romanos.

—La verdad es que no. El primo Archibald lo ha mantenido cerrado y yo no lo necesito en estos momentos.

Lo cierto era que mis finanzas no soportarían que celebrase una verdadera velada llena de invitados.

Y el salón de recibir es suficiente para todo lo demás.

Esto no lo dije en voz alta. No utilizar un espacio por decisión propia es mucho más elegante que no poder hacerlo.

—¿Consideraría alquilármelo? —preguntó.

Parpadeé.

—¿Alquilarle el gran salón? ¿Para ofrecer una recepción?

El señor Pierce sonrió. Y fue la primera vez que pillé por sorpresa el pequeño hoyuelo que se le formaba al hacerlo.

—No, señorita Lion. Lo utilizaría como estudio para hacer retratos.

Evidentemente.

A veces mi torpeza me asombra.

—¡Ah, claro! ¿Se ajustaría a sus propósitos?

—Creo que sí. La luz es buena en ese lado de la casa, que da al nordeste, y las ventanas son bastante altas. Hay mucho espacio. Está bien distribuido. ¿Se plantearía esa posibilidad? Pagaría bien por ello.

Qué orgulloso estaría el señor Penury.

—Creo que es un plan beneficioso para ambos —respondí con mi tono de voz más profesional—. ¿Quiere que vayamos a echarle un vistazo?

Cuando entramos en el gran salón, el señor Pierce descorrió todas las cortinas. La gente siempre habla de «descurrer» las cortinas, pero en realidad nadie corre ni en un sentido ni en otro. Las abren sin más. Bueno, pues el señor Pierce descorrió las cortinas. Los tres pares que había. Y lo hizo de una forma muy elegante. Si la fotografía le falla alguna vez, podría plantearse ser Descorredor de Cortinas Profesional.

Una vez que las cortinas estuvieron descorridas, se puso las manos en las caderas y caminó de un lado a otro examinando el suelo, el techo, la anchura y la longitud de la estancia.

—Sería ideal, señorita Lion.

—Solo le falta una puerta que lo comunique con Lapis Lazuli Minor, y eso tiene fácil solución —respondí.

Me miró.

—Yo también lo había pensado. Mi... salón está justo al otro lado de esa pared. Me facilitaría recibir a los clientes. Yo mismo podría encargarme de gran parte del trabajo. Y tengo un amigo que vive aquí, en St. Crispian's, que es experto en carpintería. Él nos indicaría la mejor manera de hacerla.

La curiosidad me venció, pues solté:

—¿Se refiere a su amigo el pirata?

El señor Pierce parpadeó y luego esbozó una sonrisa lenta.

—Es probable que se merezca ese nombre. Sí, el pirata. La puerta la pagaría yo, por supuesto, y también pagaría para que la desinstalara cuando... —hizo un gesto de lejanía— me marche de Lapis Lazuli Minor. —Y a continuación—: He mirado precios por toda la ciudad. ¿Por qué no le anoto los alquileres de las estancias de tamaño similar y le doy un tiempo para que piense cuánto le gustaría cobrarme?

—Me parece ideal —respondí.

En el gran salón no hay más que unos cuantos muebles, y el señor Pierce dice que los usará todos de buen grado. Un sofá de color ciruela oscuro, varias sillas y una preciosa mesa de madera oscura, con hojas de acanto talladas, que hace un tiempo retiraron del comedor para dejarle espacio a una más pequeña. El salón está pintado de un color amarillo pálido y las cortinas son de un rojo intenso.

—Puede pintarlo del color que desee. No tengo ninguna opinión al respecto.

—Sí —contestó mientras miraba a su alrededor—. Creo que lo haré.

—Bien.

—Bien.

Y, en espera de la decisión final sobre el precio, cerramos el trato estrechándonos la mano.

Eso son dos tratos en dos días.

Emma M. Lion, eres o una gran jugadora o una necia aún mayor.

El tiempo, como siempre, lo dirá.

BIBLIOTECA PARTICULAR *de* EMMA M. LION
Hasta la fecha

Obras completas de Shakespeare, de William Shakespeare
Ilustradas por Declan Lion

La Sagrada Biblia

Las comedias de Shakespeare. Íntegras
Regalo de Roland Sutherland

Querido lector:

Por feo que sea leer un diario ajeno, me gustaría dar las gracias a todos aquellos que hicieron posible que hayas empezado a leer el mío.

Gracias a la familia y los amigos de Beth Brower. Son numerosos y siempre la animan y creen en ella. Lo cual resulta muy agradable. Se siente especialmente agradecida por el tiempo que le han dedicado Caitlin, Jenesse, Kimberly, su madre, su padre, Rose y Alena; vuestras aportaciones significan mucho para ella.

Gracias, Angie, por escuchar este plan descabellado entre taza y taza de cacao.

A Rob no hay nada que agradecerle. Bueno, puede que algo sí.

Gracias, Tyson Cantrell, por permitir que tu encantador diseño adorne las cubiertas de mis diarios.

Gracias, Jennifer Lerud. Por tu brillante edición, tu generosidad y tu bondad. Duermo mejor sabiendo que Beth te tiene a su lado.

Gracias, Allysha Unguren, por tu talento y tu sabiduría. Por percatarte de las cosas. Y por tu forma de ser curiosa, singular y peculiar.

Gracias, Ben Unguren, por tantos trucos de magia. Y por limpiar la máquina de escribir de Beth. Y por poner tinta morada en las bobinas. Eres una rara combinación de analógico y digital en estos tiempos degenerados.

Gracias, Kip. Por hacer posible lo bueno. Y por ser el mejor. Beth será tonta si algún día deja de valorarte.

Un apunte sobre la osada Beth Brower, quien consideró que mostrar mis diarios al mundo era una buena idea. Vive con el ya mencionado Kip, su marido químico, y su gato, Spy Cat Grey.

A Beth le gustan los aromas cítricos, los libros, las alfombras tejidas a mano y pasear con independencia de la meteorología. Oye canciones sin parar. Está muy apegada a sus seres queridos y necesita ventanas que den luz y paredes en las que colgar obras de arte.

Beth Brower ha escrito los siguientes libros:

The Queen's Gambit

The Ruby Prince

The Wanderer's Mark

The Q

The Beast of Ten

Los diarios de Emma M. Lion

Puede encontrarse más información en su página web y en Instagram.

www.bethbrower.com

[@bethbrower](https://www.instagram.com/bethbrower)

Asimismo, es posible suscribirse a su newsletter y leer relatos cortos sobre los personajes de St. Crispian's en Substack.

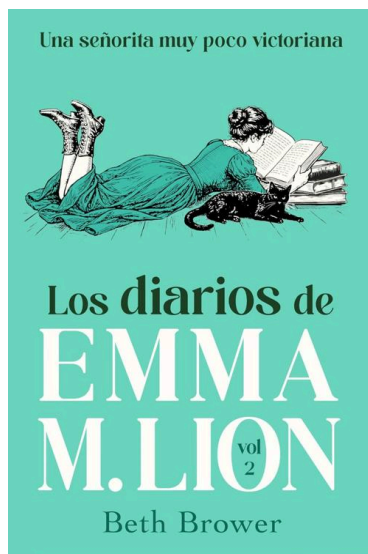
[Beth Brower Scribbles Away](https://bethbrower.substack.com)

bethbrower.substack.com

Atentamente,

EMMA

«Oí el ruido de su silla al arañar la madera, y, entonces, ocurrió algo que no esperaba. A través de los dos tablones sueltos que hay justo a la izquierda de mi escritorio, por donde se cuela la luz, entró un trozo de papel doblado. No es habitual que una se tope con momentos de intriga. Sin embargo, ahí estaba».



En 1883, Emma M. Lion acaba de regresar al barrio en el que se crio, St. Crispian's. Pero sus planes de llevar una vida tranquila y de estudio son saboteados por su excéntrico primo Archibald, su intimidante tía Eugenia y los peculiares habitantes del vecindario.

Armada con su ingenio, su espíritu indomable y su irónico ojo crítico, esta señorita muy poco victoriana da cuenta en sus diarios de su insólita vida en Lapis Lazuli House.

Beth Brower se graduó en Estudios Literarios y durante la escritura de las cuatro primeras novelas de *Emma M. Lion* trabajó como jardinera profesional. Actualmente se dedica a escribir St. Crispian's Gazette, una publicación online de carácter mensual basada en los personajes de *Los diarios de Emma M. Lion*, y las novelas que no dejan de golpear las puertas de su mente, porque ninguno de sus personajes tiene la paciencia suficiente para esperar su turno. Vive en Utah con su marido, su gato atigrado y los libros que ocupan todos los rincones de su casa.



Título original: *The Unselected Journals of Emma M. Lion, Vol. 2*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2019, Beth Brower

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2026, Ana Isabel Sánchez, por la traducción

Mapa: © 2026, Zoë Barker

Adaptación de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Diseño e ilustración de portada: David Mann

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:

seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87845-95-7

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinbooks

X: @sumadeletras

Instagram: @sumadeletrased

Spotify: penguinlibros

YouTube: penguinlibros

TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

     [penguinlibros](https://penguinlibros.club)

Índice

Los diarios de Emma M. Lion, Vol. 2

Personas de interés mencionadas con anterioridad

1 de mayo

2 de mayo

3 de mayo

4 de mayo

5 de mayo

6 de mayo

7 de mayo

9 de mayo

11 de mayo

12 de mayo

13 de mayo

14 de mayo

16 de mayo

17 de mayo

19 de mayo

20 de mayo

21 de mayo

22 de mayo

23 de mayo

24 de mayo

25 de mayo

26 de mayo

27 de mayo

28 de mayo

29 de mayo

30 de mayo

31 de mayo

1 de junio

2 de junio

3 de junio

4 de junio

5 de junio

6 de junio

7 de junio

8 de junio

9 de junio

10 de junio

12 de junio

14 de junio

15 de junio

16 de junio

17 de junio

18 de junio

19 de junio

25 de junio

26 de junio

27 de junio

28 de junio

29 de junio

30 de junio

Sobre este libro

Sobre Beth Bower

Créditos

Table of Contents

Los diarios de Emma M. Lion, Vol. 2

Personas de interés mencionadas con anterioridad

1 de mayo

2 de mayo

3 de mayo

4 de mayo

5 de mayo

6 de mayo

7 de mayo

9 de mayo

11 de mayo

12 de mayo

13 de mayo

14 de mayo

16 de mayo

17 de mayo

19 de mayo

20 de mayo

21 de mayo

22 de mayo

23 de mayo

24 de mayo

25 de mayo

26 de mayo

27 de mayo

28 de mayo

29 de mayo

30 de mayo

31 de mayo

1 de junio

2 de junio

3 de junio

4 de junio
5 de junio
6 de junio
7 de junio
8 de junio
9 de junio
10 de junio
12 de junio
14 de junio
15 de junio
16 de junio
17 de junio
18 de junio
19 de junio
25 de junio
26 de junio
27 de junio
28 de junio
29 de junio
30 de junio
Sobre este libro
Sobre Beth Bower
Créditos